

Blues de Trafalgar
JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ
DEL CORRAL

Nuevos Tiempos Siruela



José Luis Rodríguez del Corral

Blues de Trafalgar

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2011

Blues de Trafalgar

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Créditos

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2011

Reunido el miércoles 21 de septiembre de 2011, desde las 20:00 horas, en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón correspondiente al año 2011, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Pepe Monteserín, D. Xosé Bolado y D. José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretario D. Carlos González Espina, tras las oportunas de liberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar, por mayoría, el Premio de Novela Café Gijón 2011 a la novela *Blues de Trafalgar*, presentada a concurso con el nombre de su autor, José Luis Rodríguez del Corral.

El Jurado quiere destacar de la obra premiada su sólida estructura y el eficaz desarrollo de una trama absorbente que, partiendo de un suceso trágico del pasado, enfrenta a un grupo de amigos a un dilema moral que se proyectará sobre la vida de todos ellos. En el transcurso de la acción se mezclan temas de candente actualidad como la corrupción, el arribismo político y en general la traición a los ideales de la juventud.

Blues de Trafalgar

A mis primeros lectores: Auxi, Aitana, Isabel y Nicolás.

Y a todos los amigos con los que he compartido las playas de Trafalgar y Zahara

1

El levante ha saltado por la noche con la luna llena, ardiente como el aliento de un dragón que se arroja de improviso sobre la costa desarbolando cuanto puede, arrastrando todo lo que no está bien sujeto, despertando a familias enteras a golpes de puertas y ventanas. Encoge los perros haciéndolos gemir. Se apodera de Bolonia cubriendo de nuevo de arena sus ruinas, agranda los ojos de los caballos de la yeguada de Zahora, que yerguen las orejas y permanecen insomnes. Altera el letargo de los bueyes de San Ambrosio, quiebra ramas en La Breña, arrancando de cuajo por igual pinos viejos y recién nacidos. Se pasea triunfante por las amedrentadas poblaciones de La Janda desde Tarifa a cabo Roche, moviliza a los dementes y trastorna a los cuerdos, enfrenta a las parejas en la ardiente atmósfera de los dormitorios, levanta a las madres inquietas de madrugada para mirar a sus hijos. Recluye a los veraneantes en sus cuartos alquilados haciéndolos maldecir, sudando sin poder dormir tras puertas y ventanas cerradas. No hay una sola luz en la costa, ¿quién va a enfrentarse a él en mar abierto? Remueve viejos huesos en los abrigos de los acantilados, en las hendiduras de las sierras, en casas abandonadas, restalla látigos de fuego y arena como las Furias.

Oculto en mi refugio, en esta casa frente a la playa de La Aceitera, solo, aislado como el ermitaño de la baraja del tarot en su peña asediada por el mar y la noche, miro el destello del faro de Trafalgar, insomne y tembloroso en la turbulencia del viento. He vuelto a esta costa, después de tantos años, para saldar una vieja cuenta, para abrir una antigua herida que ha seguido sangrando en mi corazón. Hace mucho ocultamos cuidadosamente esa cicatriz repulsiva, la olvidamos y lo dimos todo por bueno. Jueces benevolentes de nuestras propias culpas. La tapamos pero no conseguimos cerrarla, al menos yo no pude, y el veneno que destilaba corrompió mi alma.

Si el tiempo cura es porque mata, mata personas, pasiones, recuerdos, pero hay heridas que sólo sanan cuando se las expone a la luz, cuando se les echa sal, aunque

escueza. Este libro es un acto de justicia, no una venganza. Es una confesión para que otros comprendan, recuerden... y yo pueda al fin olvidar.

De niño, como no sabía qué decir al confesarme, me inventaba los pecados. Aquella fue mi primera actividad literaria y seguí haciéndolo, inventándolos, cuando ya cometía pecados de verdad, pero esos, claro, no los confesaba nunca. Durante toda mi vida me he comportado de ese modo, imaginando historias falsas para evitar contar mi historia verdadera, a eso es a lo que quiero poner fin en estas páginas que son las primeras sinceras que escribo.

¿Cuándo comienza una historia? En las ficciones es más fácil, todo lo inventas y lo que tienes seguro es un punto de partida, lo nebuloso es el final, apenas entrevisto porque aún no ha sucedido ni siquiera sobre el papel. En una historia auténtica es al contrario, lo que tienes es el final, los hechos irrevocables, y lo difícil es encontrar el cabo de la madeja, situar en la malla inextricable de actos del pasado el comienzo de lo que fatalmente ocurrió después. Si no hubiera conocido a Teresa hace veinticinco años en la universidad, si nuestros caminos no se hubieran cruzado después con los de Julián y Federico, si hubiéramos pasado el verano en algún otro lugar y si aquella noche no hubiésemos subido a la sierra, Francisco Parra no habría muerto hace ya once años en San Ambrosio, en La Janda. Y a partir de ahí todo lo que vino después, cada uno de los acontecimientos que me han traído de nuevo a estas playas para escribir esta delación. He tardado en comprender que es preferible traicionar a los demás a traicionarte tú mismo. No es una lección sencilla, pero llegados a cierta edad ninguna lo es. La verdad que no se aprendió de joven porque parecía muy dura, ¡cuánto más dura resulta pasados los años! Tal vez Francisco habría muerto del mismo modo, porque era su sino, aunque jamás se hubieran cruzado nuestras vidas, o tal vez no. Quién sabe si lo que ocurre tiene que ocurrir de una u otra forma, con unos u otros actores, por fuerza o, por el contrario, el más mínimo desvío podría cambiarlo completamente todo. Lo que he aprendido es que esta duda no nos exime de responsabilidad.

¿Destino o azar? Al final, qué importa, todos somos sus víctimas. El viento no deja de soplar, no trae respuestas, sólo gemidos, calor, arena.

La estoy viendo salir de la biblioteca del Laboratorio de Arte, en la Universidad de

Sevilla, en el edificio de largas galerías que fuera la antigua Fábrica de Tabacos, la estoy viendo cruzar en cuatro pasos decididos el patio, bordeando la fuente bajo la mirada ciega de las grandes estatuas de escayola y pasar junto a mí que la detengo con cualquier pretexto. Teresa era como una de aquellas estatuas, alta, hierática, hermosa. Te contemplaba de igual modo, observándote desde el pedestal de su altura de miras para pesarte en la balanza de sus intereses, sin mayor emoción. Congeniamos porque la hice reír y necesitaba reírse, era demasiado seria. Muy aplicada, al contrario que yo, que me tomaba la carrera de filología a lo poeta. Teresa estudiaba antropología social por una periclitada vocación revolucionaria heredada de su padre, dirigente de uno de aquellos partidos raros del final del franquismo (trotskistas, maoístas, alguno de esos). Una Diana militante, puritana de izquierdas que se fumó conmigo su primer porro. Comenzaban los ochenta y en la universidad las asambleas habían sido sustituidas por las fiestas de la primavera. La democracia había desactivado la mecha revolucionaria y las drogas tomaron el testigo de la política en la carrera de relevos de la transgresión. Teresa hizo esa transición de mi brazo, aprendió conmigo a ser brillante y superficial, a «coger el punto», nos potenciábamos el uno al otro, satisfechos de poder tomárnoslo todo a risa y no creer en nada más que en nosotros mismos.

Desde el principio tuvimos una relación muy estrecha, pero aunque nos acostamos varias veces, éramos más cómplices que amantes, no llegamos a entendernos en la cama porque yo estaba tan preocupado por provocarle un orgasmo (una tarea angustiosa a veces) que no disfrutaba del mío. Salíamos a menudo juntos pero no formábamos una pareja. Creo que en su fuero interno debía de mirarme como la dama al criado gracioso de las comedias de enredo, depositaba en mí toda su confianza pero yo estaba lejos de llegar a la elevada consideración en que ella misma se tenía. La acompañaba a todas partes representando ese papel porque estaba fascinado por su belleza, por su osadía, por el ascendiente que lograba sin esfuerzo sobre los demás, pero sólo al principio estuve enamorado de ella. Se me pasó cuando comprendí su frigidez emocional, su falta de empatía, que a sus ojos yo sólo sería un espejo para reflejarla y nunca emitiría una luz propia. Sin embargo, me gustaba estar con ella, nos complementábamos y, aunque ligábamos cada uno por nuestra cuenta y cada cual tenía su círculo de amigos —en su caso el mundillo político que nunca abandonó, en el mío el literario donde trataba de ganarme una reputación—, siempre acabábamos buscándonos para compartir confidencias y colocarnos con una confianza de viejos amantes y un entendimiento de cómplices.

Teresa era una de esas feministas que prefieren estar con hombres a estar entre mujeres y apenas tenía amigas (yo era, en realidad, su mejor amiga), tal vez porque le gustaba ser el centro exclusivo de atención. Comprábamos a medias el hachís, un vínculo poderoso en aquellos tiempos en que el costo, el chocolate, la goma, el doble cero, el polen y mil eufemismos más, era el eje sobre el que giraban nuestros días. Íbamos en mi vespa a pillar a la plazuela de Santa Ana, al Pumarejo. Los jueves nos paseábamos por el mercadillo de la calle Feria, como los demás vacilones, mirando las cosas que vendían los gitanos, revolviendo los puestos de libros. Por la tarde, nos tumbábamos en el césped de Chapina, a la orilla del río. Teresa aprovechaba los fines de semana para estudiar y yo para escribir mis primeros cuentos y mis últimos poemas.

Un día apareció con Fede, un joven rubio que estudiaba arquitectura al que había conocido en un círculo ecologista, algo pijo y muy culto, hablaba de un modo pausado, dulce, escuchándose a sí mismo, a menudo se ponía un poco pedante pero me pareció un gran tipo. Quería hacer edificios inmersos en la naturaleza, lo sabía todo de cine, de fotografía, de arte. Por un tiempo pareció que Teresa había encontrado su príncipe azul, sin embargo no fue así. Tal vez, al contrario que en mi caso, porque se parecían demasiado y ninguno quería ser satélite del otro, así que en poco tiempo llegó a la misma situación de compañerismo en la que yo me encontraba y eso nos hermanó. Fede se sumó a nuestras compras de costo y nos convertimos en un trío, más en el sentido musical, porque íbamos a una, que en el sexual, porque cada uno follaba por su lado. Ninguno tenía piso propio, aún vivíamos con nuestros padres y ese era nuestro principal motivo de preocupación. A veces hablábamos de alquilar algo juntos, más para estar que para vivir, pero nunca nos poníamos a ello. Pasábamos las horas en el Farol Azul, una taberna donde alternaban intelectuales y flamencos, con dos o tres salas en las que uno podía sentarse durante horas con una cerveza y lo mismo oía un cante que una teoría filosófica siempre disparatada.

Allí conocimos a Julián, en la presentación de una revista que incluía un cuento mío. Me abordó para decirme que hacía vídeos y que mi cuento le gustaba para un corto. Por entonces el vídeo era una gran novedad, nos pareció genial, nos pasamos la noche con él haciendo planes para llevarlo a cabo. El cuento trataba del ataque psicótico de un opositor a notarías a causa de un consumo desahogado de anfetaminas y Fede, con su aspecto docto, haría de opositor. Naturalmente no llegamos a hacer nada, pero nos hicimos tan amigos de él que añadimos una cuarta pata a nuestra mesa.

No muy alto, pero recio, con bigote como si fuera mexicano, Julián era un tío lanzado que, cuando quería algo, se tiraba a por ello con todas sus fuerzas. Gozaba de una extraordinaria energía con la que enfrentaba cualquier obstáculo que hubiera en su camino. A mí me cautivó desde el primer momento porque complementaba mi anemia para la acción. Julián era un hombre de hechos, no de palabras, justo lo contrario que yo. Después del fallido intento del corto, se propuso hacer documentales en lugar de películas. Intercambiamos nuestros contactos para el hash, la maría, la coca, que con él asomó su patita blanca. Julián todo lo hacía a lo grande, no teníamos un duro pero él se comportaba como si a la vuelta de la esquina nos esperara con su bolsa abierta la fortuna. Y de hecho demostró su valía ofreciéndonos al poco alquilar un lavadero en la calle Feria. Justo lo que los tres queríamos y no habíamos sabido hacer.

Se trataba de un solo cuarto de techo bajo y unos doce metros cuadrados, según el ojo arquitectónico de Federico, que aún conservaba dos lebrillos antiguos de cuando se lavaba allí a mano la ropa. Se encontraba en la azotea de una casa húmeda y vieja, sin ascensor, a la que se subía por una escalera angosta con escalones de madera en el último tramo. Tenía fuera una precaria ducha y un lavabo. Dentro apenas cabíamos los cuatro, pero lo alquilamos. Iba a ser nuestro fumadero, nuestro club, un lugar para mirar las estrellas en las noches de verano. Lo cubrimos con esteras, lo llenamos de cojines y Fede se trajo su equipo de música, que era estereofónico, o eso decía él. Cada uno tenía una llave y aparecía cuando quería, con amigos, con un ligue, aquel era un lugar para no tener trabas. La azotea prácticamente era nuestra porque sólo había dos vecinos. Para follar había que reservar, eso sí, y la primera reserva fue para Teresa y Julián.

Probó con él como lo había hecho antes con Fede y conmigo y el resultado fue el mismo. Éramos tres hombres muy distintos y con los tres tuvo la misma actitud. Le gustaba seducir por el poder de la seducción pero, una vez que había confirmado su dominio, perdía interés: para ella el sexo era cuestión de alivio y el amor simple camaradería. En su manera de amar resultaba con diferencia la más masculina de los cuatro y, como cualquier convencional Don Juan, lo que había bajo el revuelo de sus conquistas era un gran vacío. Te persuadía para que le abrieras la puerta de tu corazón, pero cuando lo hacías, ella no entraba, se daba la vuelta.

Fue así como nos convertimos en la Banda de los Cuatro. Nos llamaban así porque éramos tres hombres y ella, como la banda de la mujer de Mao.

Para mediados de los ochenta dejamos la universidad: Teresa y Fede porque acabaron

la carrera, yo porque gané un premio literario con un libro de cuentos y pensé que para ser escritor era un estorbo empeñarse en estudiar filología. Sin embargo, eso no nos distanció. Acomodamos nuestros ritmos a las nuevas exigencias de la vida y el lavadero se alegró con el botín de nuestros primeros ingresos. Seguíamos viéndonos allí, lo usábamos de refugio en los malos momentos y para hacer fiestas multitudinarias en los buenos, también conservábamos la costumbre de comprar el hachís para los cuatro, así nos ahorrábamos algún dinero y manteníamos el vínculo. Fumábamos igual que antes, pero con menos descaro, sin aire de desafío callejero, como la costumbre «creativa» y doméstica de jóvenes profesionales en ascenso. Mientras tanto, los socialistas se asentaban en las poltronas, el país crecía, surgían posibilidades. Teresa empezó a virar de la extrema izquierda a la izquierda en el poder. Fede entró de meritorio en un estudio de arquitectura, el sueldo era bajo, pero sus proyectos en plan «arquitectura de la tierra» le iban creando fama, aunque sólo estuvieran por el momento sobre el papel. Julián empezaba a hacer pinitos de productor y a veces, por influencia de Teresa, cubría en vídeo los actos de la incipiente Izquierda Unida y de las juventudes del PSOE. A mí el premio me había aportado visibilidad, además de mi primer dinero, y mis cuentos aparecían en revistas, en antologías, recibía en las librerías un trato de joven promesa.

El lavadero lo conservamos varios años, hasta que nos pareció demasiado cutre, en vísperas de 1992. Allí se consolidó nuestra alianza, los cuatro contra el mundo en una asociación de mutuos intereses.

No sé en qué año fuimos a Zahara por primera vez, debió de ser en 1986 o 1987. Habíamos pasado los dos veranos anteriores acampados en plan tribu en Caños de Meca. Por entonces todavía caían las cortinas de agua y podía ducharse uno por las mañanas en una cascada natural. Comprábamos fruta en las tiendas de los alrededores y nos la llevábamos por cajas a las calas, donde la marea nos dejaba encerrados por la noche, alucinando con los ácidos que Julián compraba a los alemanes de Castellar, o quizá fueran holandeses, ¿quién se acuerda a estas alturas?, estrella roja llamaban a sus tripis, que tenían denominación de origen. Todo aquello se volvió un cutrerío insalubre, además ya estábamos en otro punto, jipis, sí, pero con dinero o, al menos, los modales del dinero. Éramos de izquierdas y queríamos ser ricos, siguiendo la corriente general del país, del que un ministro socialista decía que era el mejor del mundo para enriquecerse rápidamente. Nos considerábamos la juventud dorada del momento, aunque el oro fuera

una especulación en el horizonte. Por eso al año siguiente hicimos unos kilómetros más de lo que entonces era un viaje de dos horas y media o tres en coche desde Sevilla y alquilamos en Zahara, en la urbanización junto a Atlanterra, un apartamento con dos habitaciones para los cuatro.

Desde entonces volvimos todos los veranos, ya cada uno por su cuenta. Nuestras vidas se iban ramificando, añadiendo placeres y obligaciones y, aunque nos veíamos a menudo en Sevilla, era en vacaciones cuando renovábamos nuestra vieja alianza. Nosotros contra el mundo. Cada uno se buscaba su acomodo en función de su pareja o su soltería, pero siempre en contacto, sin despegarnos mucho, entre otras cosas porque seguíamos comprando las drogas en común. Julián montó un pequeño estudio de producción audiovisual y empezó a recibir encargos. Fede proyectó allí cerca, en Bolonia, el primero de sus edificios naturales, que estaban vivos, que respiraban, etcétera: en realidad, una adaptación ingeniosa de los chozos que siempre hubo en la comarca. A Teresa la nombraron algo gordo de las Juventudes Socialistas y empezó a disfrutar de su primer sueldecito. Yo gané otro premio, mi nombre empezaba a sonar en los ambientes literarios, trabajaba en las producciones de Julián, pero eso era a beneficio de inventario porque siempre ha sido tan rácano para los demás como generoso consigo mismo.

Nuestro objetivo era la montaña, es decir, las magníficas casas apostadas en la ladera de la playa de los Alemanes o, en su defecto, las que estaban a sus espaldas en el promontorio mirando al pueblo. Allí era donde queríamos estar, donde queríamos llegar. Mirábamos con curiosa envidia aquellas mansiones, muchas menos que ahora, casi siempre vacías o tan discretas que nunca se divisaba a sus afortunados propietarios. O casi nunca.

Un día vimos al alemán bajar a la playa desde su casa, cuyos jardines en terraza llegaban a la arena. Era un anciano de unos ochenta años con buen aspecto, erguido, bronceado y con algo de barriga, una leyenda que había dado nombre a la playa: se contaba que de joven, durante la segunda guerra mundial, estuvo destinado en aquel mismo lugar para espiar las embarcaciones aliadas que pasaban por el Estrecho. Se enamoró del sitio y volvió años después, en los cincuenta, y compró aquellos terrenos y otros en la falda de la Sierra de la Plata cuya venta le reportó una fortuna. Le acompañaba un joven del que nos preguntamos si sería su nieto, su novio o su esclavo,

pero que en cualquier caso velaba por él. No había nadie más en la playa y nos dirigió una mirada entre amable y desdenosa antes de darse un baño, tomar un poco el sol y volver, del brazo solícito del mozo, a su palacio encantado.

Zahara era entonces un sitio salvaje y exclusivo, nos fascinaba el búnker con su jardín de rocas, entre los Alemanes y Atlanterra, el faro del Caramiñal, la playa del Ejército (una cala grande de la que alguna vez nos echaron los soldados), el sendero arenoso que llevaba a pie a Bolonia, el gigantesco hotel abandonado con sus cientos de ventanas de hormigón como ojos vacíos mirando al mar. Las luces de Barbate en la noche, al otro extremo de la costa y más allá, internándose en la oscuridad del mar, el tómbolo de Trafalgar señalado por su faro, la misma luz intermitente que veo ahora, veintitantos años después, desde la espalda de esa línea de costa, cambiada sólo una letra, aquí, en Zahara, desde la espalda también de aquella época que ahora miro como un futuro truncado. No lamento la juventud, lamento la madurez que no alcanzamos o que alcanzamos al precio de traicionarnos a nosotros mismos. Lamento todo lo que se rompió, todo aquello a lo que apuntábamos, todo lo que podríamos haber hecho de resultar un poco mejores, sólo un poco.

Y el caso es que nos creíamos geniales: Julián produciría grandes películas con millones de espectadores, Federico levantaría edificios que respirarían, orgánicos como los árboles, yo publicaría novelas que me harían célebre y Teresa sería la primera mujer presidente de gobierno y cambiaría el país de arriba abajo. Tiendo a pensar que aquel verano se torció el curso de nuestras vidas y que por eso acabamos haciendo lo contrario de lo que entonces pretendíamos; sin embargo, a veces también pienso que no valíamos ni de lejos lo que creíamos valer y que de todos modos habríamos defraudado aquellas pretensiones.

Estábamos a favor de todo lo ilegal y, aunque empezábamos a formar parte de la «legalidad», aquello no nos incomodaba lo más mínimo. Actuábamos en plan *underground* al tiempo que avizorábamos un futuro de jugosas subvenciones y contratos. Sevilla se preparaba para la Expo y corría el dinero. De una manera u otra, todos lo aprovechamos. Teresa rentabilizó sus contactos políticos y consiguió un cargo en la organización, no muy importante pero bien remunerado; Julián se apoyó en ella para ofrecer los servicios de su productora y no paró de hacer vídeos; la «arquitectura de la naturaleza» le sirvió a Fede para entrar en la oficina técnica de la Muestra, en la comisión

dedicada a crear un microclima. Yo fui el único que no trabajé en la Expo, aunque podría haberlo hecho, de redactor con Julián, pero eso no me apetecía y no lo necesitaba. En 1991, tras dos libros de relatos, publiqué mi primera novela, que tuvo el éxito que no alcanzaron las siguientes. Era la historia de una pareja de jóvenes que no piensan en otra cosa que en drogarse y en follar, la escribí de una manera descuidada, tal como me venían las cosas a la cabeza, sin releer ni corregir, de oído, sin prestar atención ninguna a la ortografía... y los críticos dijeron que me había inventado un lenguaje otorgando rango literario al habla de grifotas y vacilones. La compararon con *El Jarama* y con el «cheli» de Umbral, pero no se trataba más que de hipérboles. Al cabo, al público le gustó porque era un melodrama: tenía episodios cómicos y un trágico final. En 1992 yo todavía flotaba en la nube del éxito y me invitaban a todas partes.

Con tanto ajetreo fue el año en que menos nos vimos, además nos dio por emparejarnos: Teresa con un político treinta años mayor que ella y casado, con el que vivía una relación clandestina; Fede con una niña pija de muchos apellidos y poco seso con la que mantenía algo parecido a un noviazgo formal; Julián con una descocada madre soltera que le divertía y le agobiaba a partes iguales, y yo con Elisa, una periodista mitad andaluza, mitad inglesa que pretendía traducir mi libro al inglés y convertirme en un fenómeno literario mundial. Entonces todo parecía posible, incluso algo tan descabellado como eso. No llegó a traducir ni cuatro páginas, pero nos enamoramos por el camino.

A los dos años de aquella gran borrachera aún duraba la resaca y la economía había entrado en depresión. Cada quien tenía su pequeño problema financiero o sentimental, o ambas cosas, porque suelen ir unidas. El amante de Teresa no se decidía a dejar a su mujer y eso la tenía negra. Además, con el fin de la Expo, sus ingresos se redujeron drásticamente, al fin y al cabo tenía sólo treinta años y había mucha gente esperando en la cola del poder. Fede trataba a su novia como si llevaran décadas casados, sólo se veían en las ocasiones obligadas y para que ella pudiera desahogarse echando un polvo; se había lanzado a la aventura de crear un estudio propio, pero de pronto la arquitectura ambiental ya no le interesaba a nadie. También había dejado de interesar mi novela tras su paso de meteoro por el firmamento literario. Me estaba cansando de Elisa, o ella de mí, y decidimos darnos un respiro. Se fue a Londres por asuntos de trabajo pero sin dejar claro si pensaba volver. Julián, por su parte, dejó embarazada a la madre soltera,

quien lo plantó inmediatamente y le puso un pleito como ya había hecho con el progenitor del primero de sus hijos. Aquello fue un palo, sobre todo emocional y, para reponerse, fiel a su estilo, decidió liarse la manta a la cabeza y alquiló una casa en todo lo alto de ese morro que quiere meter en el mar la Sierra de la Plata y nos invitó a pasar el mes con él, como si aquello fuera una extensión principesca del lavadero. Yo llegué la segunda semana, como Teresa. Fede ya estaba instalado. Era agosto de 1994, todos fuimos sin pareja, dispuestos a soltarnos la melena. Entonces ignorábamos que aquello era un adiós. Cada uno disfrutaba de una habitación propia con vistas y teníamos una piscina y una terraza formidables. Flotábamos sobre las olas en un velero de piedra, una isla privada, aérea, entre el cielo y el mar. Aún podíamos creer que estábamos empezando y ya habíamos puesto el pie en la cima, aunque nada hacía suponer que nos resultaría fácil mantenernos allí.

Todo ocurrió la noche de las lágrimas de San Lorenzo. Decidimos subir más arriba por la sierra a contemplar el cielo. Nos habían hablado de figuras rupestres en abrigos, cerca de la Silla del Moro. El camino hasta allí no estaba asfaltado y había que subir por un sendero de cabras, pero Julián acababa de comprarse un cuatro por cuatro y quería ponerlo a prueba. Todos íbamos provistos de linternas y, si encontrábamos un buen lugar para instalarnos, pensábamos tomarnos un tripi. La idea era mirar las estrellas fugaces, allí, sin una sola luz alrededor, con la sensación de maravilla que pudieran sentir los hombres primitivos que habitaron la montaña milenios antes que nosotros. Pero no hicimos nada de eso. Avanzamos en la noche dando tumbos por aquel carril de mala muerte y debimos de desviarnos porque en lugar de la Silla, que habíamos visitado una vez hacía dos años, llegamos a otro lugar.

Era un paraje rocoso y ralo, con unos arbustos polvorientos que daban la impresión de ser mechones quemados en una cabeza calva. Las peñas nos rodeaban fantasmales como un decorado iluminado por los faros del coche. El haz de nuestras linternas barría las sombras que se adensaban como un rebaño intentando protegerse. Un búho ululaba cerca, como si nos estuviese vigilando o quisiera advertirnos de algo. No le hicimos caso. Aquel era un lugar encantado, o eso nos pareció, y no tardamos en descubrir un abrigo entre las rocas. Parecía simplemente un recodo cubierto bajo una losa de piedra, pero escondía la abertura de una pequeña cueva tan baja que había que meterse a gatas. En la entrada, sobre la piedra, había grabado un hombre en un esbozo tosco: una línea para el

cuerpo, cuatro para las extremidades. Nos quedamos mudos contemplando aquel *graffiti* prehistórico, una muestra de que aquella oquedad en la cresta de la sierra había servido de escondite desde hacía miles de años. Pero no imaginábamos que aún sirviera para lo mismo. Julián entró primero, después entré yo. Ni a Fede ni a Teresa les agradaba mucho la idea de meterse por aquel boquete y nos preguntaron si había más dibujos dentro, con la esperanza de que les dijéramos que no. No contestamos, apuntábamos con las linternas una pila de fardos que ocupaban casi todo el espacio de la cueva. No dijimos una palabra, los dos sabíamos qué era aquello. Si no nos hubiéramos fumado varios pitillos y no hubiésemos llevado el olor impregnado en el cuerpo, nos habríamos dado cuenta antes de entrar: aquello era un alijo de hachís, cientos de kilos.

Salimos y les dijimos que se asomaran y enfocasen con las linternas. «¿Es lo que pienso?», preguntó Fede. Asentimos gravemente y, en un reflejo inconsciente y compartido, miramos a nuestro alrededor con aprensión, pero no había nadie, ni siquiera se oía al búho, sólo el cielo nos observaba cuajado de estrellas. De pronto nos echamos a reír. ¡Habíamos encontrado la cueva de Alí Babá! Nos metimos en el coche para que Julián preparara unas rayas. «¿Nos lo llevamos?» No sé quién fue el primero que lo dijo. Puede que fuera yo. Nos miramos unos a otros buscando la respuesta en los demás, pero todas las miradas llenas de excitación decían lo mismo: claro que sí.

No era infrecuente encontrarse algún fardo en la playa porque los narcos arrojaban el costo por la borda de las lanchas cuando los perseguía la Guardia Civil, pero aquello era otra cosa, se trataba de mucha más cantidad y no estaba allí abandonado sino escondido. No quisimos reparar en esa diferencia, no nos importaba. Nos sentíamos niños traviesos dispuestos a hacer una buena jugarreta. De algún modo, aquello nos pertenecía, era un premio del destino, un regalo que confirmaba nuestra buena estrella, cómo no pensar que nos estaba esperando, que era nuestro. Fumábamos hachís desde chavales, el hachís era una manera de mostrar nuestra rebeldía tanto frente al mundo caduco y convencional de los «carcas» como al no menos caduco y politizado de los «progres», una señal de identidad por encima incluso del placer que el cannabis proporcionaba, para eso nos juntábamos «con toda clase de delincuentes», como dice la canción, nos fingíamos marginales aunque tuviéramos buenas familias, buenas casas y buenos trabajos, adoptábamos sin ambages la jerga de la drogadicción y el contrabando, entre meneos rocanroleros, jipíos flamencos y vivas a Silvio y a Camarón. Queríamos ser transgresores en todo, cantábamos a coro que sólo nos gustaba lo ilegal y lo inmoral y aquel mundo

turbio, gozoso, clandestino, nos proporcionó el hábito de la transgresión. ¿Cómo íbamos a abandonarlo precisamente en aquel lugar, en aquella montaña que era para nosotros el emblema de todo a lo que aspirábamos? ¿Por qué no íbamos a tomar lo que no era nuestro si nos creíamos con derecho a todo? Sabíamos que cometíamos un delito, pero eso no nos arredró. Suponíamos que era peligroso, pero eso nos estimuló, nos proporcionó la emoción de una aventura. Por toda la costa debía de haber escondrijos como aquel, todas las noches partían de África, allí enfrente, a unos cuantos kilómetros por mar, embarcaciones cargadas de polen prensado y oscuro como el chocolate.

Creo que fue Teresa la que sugirió que nos lleváramos sólo un fardo, con eso tendríamos de sobra para fumar durante meses y convidar a todos los amigos. Total, qué íbamos a hacer con lo demás. «Venderlo», contestó Julián. Conocía a unos tíos de Bilbao que distribuían por el norte a gran escala. Era gente de fiar, nadie sabría nunca por ellos que nos lo habían comprado a nosotros. ¿Cuál era la diferencia entre llevarnos uno o veinte? El dinero nos vendría bien a todos y lo único que hacíamos era robar a unos traficantes que ya estaban forrados. La noche nos rodeaba y nos protegía, no había viento; ante nosotros, cientos de metros más abajo, el mar estaba en calma salpicado por las luces solitarias de algunas barcas de pesca. Desde allí no se divisaba la playa, donde, a buen seguro, habría hogueras de la gente que se reunía a contemplar las estrellas fugaces. No había nadie en kilómetros a la redonda.

Lo hicimos. No fue por el dinero, aunque desde que pensamos en él comenzamos a necesitarlo, sino por la adrenalina que se desencadenó en nuestros organismos mientras cargábamos los fardos en el coche con una energía maníaca. Estábamos tan nerviosos que ni los contamos, aunque calculamos que debían de pesar unos veinte kilos. Rasgamos uno y aquello olía a gloria, era pura goma, el mítico doble cero. Regresamos por el camino de cabras sintiéndonos los protagonistas de una película de miedo, veíamos figuras extrañas, fantasmagorías en las luces dislocadas de los faros que bailaban con el traqueteo del vehículo y convertían cualquier matojo en un tricornio de la Guardia Civil. En cualquier momento temíamos que se encendieran por sorpresa los faros de algún otro coche, que nos cortaran el paso, pero llegamos eufóricos a nuestra mansión alquilada sin un solo contratiempo. Entonces no sabíamos que aquel era nuestro adiós a la irresponsabilidad de la juventud, el último petardo de la traca.

Hace ya tiempo que amaneció y el levante no ha dejado de soplar, como si lo

impulsara un dolor cuyo alarido no permite desmayo alguno, pero yo sí necesito un descanso, me duelen la espalda, el hombro, el corazón o lo que me quede de él. Salgo a dar un paseo cruzando el páramo lleno de brezales hasta la playa de La Aceitera con su alambrada rota y su búnker destruido. Vacía, porque no hay nadie que se oponga a la violencia del viento que me arroja arena a los ojos, me abofetea, me zarandea como un matón a su víctima haciéndome perder el equilibrio. Pero me resisto y avanzo echado hacia delante hasta encontrar el refugio precario de un tosco murete de piedra. El mar está picado, lleno de festones blancos, turbulento y gris como las nubes que pasan como si las arrastrarán de los pelos. Amo esta fuerza indomable, este paisaje dramático, frontera entre dos mundos, aislado entre las sierras y el océano, modelado por el viento, la soledad y el contrabando. Hoy las carreteras lo han allanado todo, pero cuando rugen el levante, esta tierra fronteriza, despoblada, se muestra en su inequívoca naturaleza salvaje, convoca leyendas de huesos blancos de ahogados, gritos de naufragio mezclados en la vasta respiración del mar, tesoros ocultos que vienen del moro, sórdidas gestas de los héroes del narco. La arena se me cuele en las ropas, en los ojos, en las narices, en los oídos, me levanto y vuelvo caminando inclinado, prestando una forzada reverencia al dios del lugar, abro y cierro la puerta de mi solitaria vivienda, me quito la ropa y me siento ante mi escritorio, dispuesto a seguir mirando hacia el pasado para convertirme en una estatua de sal.

2

Los primeros días contuvimos la respiración, apenas salíamos de casa y teníamos que obligarnos unos a otros para hacer una vida normal, bajar a la playa, ir a comprar al pueblo, comportarnos como si aquello no hubiera ocurrido. El alijo estaba en el garaje cubierto con unas lonas, cuatrocientos kilos. No hizo falta que lo pesáramos, cada uno de los veinte fardos contenía veinte tabletas envueltas en plástico, todas iguales. Julián llamó a los vascos al día siguiente de aquella noche aciaga. Seguíamos viviendo aquello con la emoción de una película, el hachís era verdaderamente bueno y relajaba nuestras defensas ante el peligro evidente de aquella locura. Los vascos llegarían en una semana, se quedarían con todo salvo dos kilos que reservaríamos para nuestro consumo, pero a ese respecto teníamos que actuar con discreción, sin dar el cante. Cuando Julián nos dijo el precio al que había llegado nos temblaron las piernas y tuvimos que sentarnos y fumarnos un buen canuto. Ochenta millones de pesetas, veinte para cada uno. Era una pasta considerable, no se nos había pasado por la cabeza que fuera tanto. La cifra era formidable y, además, como nos repetíamos, no le habíamos hecho daño a nadie, nadie saldría perjudicado. Como no pasaba nada anormal, nos fuimos relajando, estábamos a salvo, a nadie se le ocurriría pensar en nosotros. Cada uno fantaseaba ya con lo que haría con aquel dinero que a todos nos venía como el agua de mayo. Aquello iba a solucionarnos la vida.

Por entonces yo tenía la costumbre de comprar el periódico cada mañana. Una mala costumbre porque te enteras de cosas que ni deseas ni te conviene saber. Nada más levantarme lo primero que hacía era bajar al pueblo, esperar a que abrieran un establecimiento entre librería y bazar, que era el único que disponía de prensa, y sentarme a desayunar con noticias frescas que me entretenían mucho porque me afectaban muy poco. Aquel día de resaca pasaba las páginas mientras daba cuenta de una

buena tostada con jamón cuando me impactó un titular: **JOVEN DE ZAHARA SECUESTRADO POR NARCOTRAFICANTES**. Se trataba de una crónica corta, el espacio que se le da a las noticias que no tienen mucha importancia pero pueden llegar a tenerla. Francisco Parra, de diecinueve años, hijo de una viuda que malvivía con una paga miserable, había sido secuestrado por la banda de narcos para los que trabajaba porque había desaparecido un alijo de hachís a su cargo. Reclamaban a la familia, su madre y una hermana, la droga o el dinero que valía y, en tanto no lo obtuvieran, retendrían al muchacho. La madre, como no podía pagar, había acabado acudiendo a la policía.

La crónica la firmaba Diego Arce, un periodista que me había entrevistado en más de una ocasión y con el que congeniaba bastante. Leí aquello varias veces y apagué un cigarro que no recordaba haber encendido sobre la tostada de jamón que había dejado sin darme cuenta en el plato. Fueron tres gestos mecánicos, sin intervención de mi voluntad. La brasa chisporroteó y me quedé mirando aquella incongruencia horrible, la colilla humeando sobre la loncha, como un símbolo de horror y de ruina.

Cuando volví a casa sólo se encontraba en ella Federico. Teresa y Julián habían bajado a la playa a darse un chapuzón mañanero. Se alarmó al verme el rostro desencajado y temió lo peor. Le enseñé el periódico y lo primero que sintió fue alivio al ver que no se hacía a nuestro robo la más mínima alusión. Le reproché su egoísmo y me miró como si estuviera loco.

–A ese muchacho lo han secuestrado por nuestra culpa, ¿no te das cuenta? –insistí.

–Eso no lo sabes con seguridad –respondió–. Puede ser por otro asunto, por otro alijo.

Casi me eché a reír: Federico quería negar la realidad. No quería afrontarla. Teresa y Julián llegaron en ese momento, sonrientes, felices, pero se les cambió la cara al ver las nuestras.

–¿Qué pasa? –preguntó Julián.

Le alargué el periódico. Lo leyó atentamente. Su reacción fue parecida a la de Fede.

–Esto no nos compromete –eso fue lo que dijo, lo único en que pensó.

–¡Cómo que no! –le contesté–. Acabarán por dar con nosotros. Esto es un marrón de los gordos, ¿es que no lo veis?

–Que es un marrón está claro, pero ¿por qué van a dar con nosotros? Esto lo que demuestra es que nadie sabe quién se llevó el alijo.

–¿Y si ocurre una desgracia, y si lo matan, eh? ¿Qué pasará entonces? Seremos responsables de su muerte.

Habíamos empezado a gritar sin darnos cuenta, pero esas palabras crearon un súbito silencio. Los miraba y notaba cómo se endurecían sus semblantes, podía adivinar lo que estaban pensando.

–Díselo tú, Teresa, a ver si a ti te hacen caso.

Esperaba que ella, la campeona de los oprimidos, se pusiera de mi parte, pero me lanzó una mirada inquietante, fría.

–¿Y qué propones que hagamos?

La pregunta me pilló por sorpresa. La verdad es que no lo había pensado, respondí con lo único que se me ocurría.

–Pues devolverlo. Devolver el alijo, ¿qué si no?

–¿Devolverlo? ¿Cómo? ¿A quién?

Antes de que pudiera responder intervino Julián.

–Nos estamos poniendo demasiado nerviosos. ¿Por qué iban a matarlo? Eso no les reporta ningún beneficio. Ahí pone que lo retendrán. Lo están asustando nada más. Lo más probable es que lo suelten después de darle una paliza o que lo libere la policía.

–¿Eso crees? ¿Eso crees de verdad o es lo que te conviene creer?

Teresa se interpuso entre nosotros.

–Escucha, Andrés, lo devolvemos, de acuerdo, ¿a quién, a la Guardia Civil? Entonces lo incautarán y nos detendrán a los cuatro. Acabaremos en la cárcel.

Aquel chaval le importaba un carajo, sólo pensaba en ella misma, como los demás.

–O algo aún peor... –terció Fede-. ¿O es que crees que los que han secuestrado a ese no irán a por nosotros?

–Lo peor que nos puede pasar es que perdamos la cabeza. Debemos seguir con lo planeado, no hay otra opción –insistió Julián-. Pronto llegarán los vascos y se lo llevarán, no es gente con la que se pueda andar con bromas. Lo de ese muchacho se arreglará, ya lo verás, Andrés. Acabaremos riéndonos de todo esto.

Riéndonos, eso dijo.

–¿No pensáis hacer nada, nada? ¿Vamos a dejarlo correr y ya está?

–¿Qué piensas hacer tú? –contestó Fede en un tono amenazante impropio de él. Me miraba como a un enemigo.

No le respondí y me fui dando un portazo. No podía soportar seguir mirándolos a la

cara. Teresa salió detrás de mí. Estuvimos hablando mucho rato. Estaba claro que no debíamos haberlo hecho, nunca debimos habernos llevado el alijo, pero, ahora, ¿cómo podíamos remediarlo? Si lo dejábamos correr lo más probable era que a aquel chico no le pasara nada, nada grave; en cambio, si confesábamos, todos nosotros, incluido el chico, terminaríamos en la cárcel. Aquello acabaría con la carrera política de ella, también con la de arquitecto de Fede y mandaría al traste a la productora de Julián. Estábamos empezando y tiraríamos nuestras vidas por la borda, habíamos sido unos inconscientes, de acuerdo, pero no nos merecíamos algo así. Ya encontraríamos el modo de compensar al chico y a su familia más adelante. Resultó muy convincente, pero fue el miedo lo que hizo que me callara la boca y que a pesar de mis protestas hiciera lo mismo que ellos. Yo tampoco quería ir a la cárcel, mi indignación se frenaba al llegar ahí, a las celdas hacinadas por aquel mundo marginal cuyas costumbres habíamos adoptado tan alegremente. Me dejé convencer sin querer admitirlo. Teresa me echó al cuello un lazo de excusas, aunque yo negara moviendo la cabeza, y tiró de él para hacerme volver al redil. Fede y Julián habían estado hablando entre ellos, comprendían mi postura, en realidad pensaban como yo, no eran unos desalmados. Aquel muchacho las estaría pasando canutas, pero ¿qué podíamos hacer? Fuera lo que fuese, tendría que ser juntos, no podíamos ir en esto cada uno por su lado. La decisión que tomáramos tendríamos que asumirla todos y debíamos tener en cuenta que sería irrevocable. De una manera o de otra nunca podríamos echarnos atrás.

Estuvimos hablando toda la noche, exploramos todas las posibilidades, llamar a un abogado, dejar el alijo en la puerta de aquella familia, abandonarlo de modo que lo encontrara la Guardia Civil. Y para todas y cada una de esas cosas y para las demás que mencionamos había algún imponderable, algún obstáculo. Insensiblemente fuimos descartando todas aquellas que podían darnos a conocer, después aquellas que pudieran suponer un riesgo y así, poco a poco, nos convencimos de que retener al muchacho (ya evitábamos la palabra secuestro, tan desagradable) era sólo un medio de presión que acabaría sin más consecuencias. Aquella noche bebimos y fumamos sin tasa, porque los hábitos son tan poderosos con el miedo como con la alegría, discutimos con odio incipiente y nos juramos entre lágrimas amistad eterna. Y finalmente nos fuimos a dormir sin haber resuelto nada.

En realidad aquello fue un teatro, una farsa por parte de los cuatro, todos estábamos

aterrados y ninguno dispuesto a asumir aquella responsabilidad: ellos lo tenían claro, instintivamente, desde el primer momento, y yo necesitaba que me convencieran, descargar mi culpa en el grupo para seguir creyéndome inocente, para sentirme mejor que ellos. A ellos no se les escapó ese burdo mecanismo psicológico y desde entonces se sembró la semilla del rencor entre nosotros.

Teresa, la activista social, la que luchaba siempre al lado de los más débiles, la que durante años se había arrogado el derecho a dictaminar el bien y el mal según la estrecha moral del compromiso, ahora no quería comprometerse. Ella, tan solidaria, que siempre nos recordaba que había que ponerse en el lugar del otro, fue la menos dispuesta a ponerse en el lugar de aquel desdichado al que habían secuestrado por nuestra culpa. Le aterraban las consecuencias de lo que habíamos hecho, se inventó que había participado a regañadientes, arrastrada por nosotros, en realidad no quería, de pronto era «la chica del grupo», una víctima de nuestra testosterona. Así se daba ella misma la absolución, aquel fue su modo de quitarse aquel peso de encima y arrojarlo sobre los demás.

Federico, Fede, tan cerebral, tan lento que siempre teníamos que avivarle el discurso, comprendió con instantánea rapidez las consecuencias de cualquier paso en falso y con la misma celeridad optó por esconder la cabeza debajo del ala. Su actitud displicente ante la vida, una sucia corriente que pasaba por debajo de su altiva nariz, no necesitaba subterfugio alguno para afirmar su egoísmo. No se creía el centro del mundo sino su cúspide, todo giraba no a su alrededor sino a sus pies, todo lo miraba desde arriba, como si no fuera con él, pero estaba más que dispuesto a aprovecharse de aquello que tanto despreciaba. Su pose de diletante de izquierdas en absoluto le impedía alargar la mano codiciosa permitiéndole en cambio situarse por encima de la melé. Podía lamentar lo que le sucedía a aquel muchacho encuadrándolo desde luego en la general injusticia de la vida, pero no estaba ni de lejos dispuesto a salvarlo condenándose él mismo. En el fondo, él, un contemplativo, un exquisito, había hecho aquello arrastrado por los demás, sobre todo por Julián, por mí, a él jamás se le habría ocurrido mancharse las manos de esa manera. Esa era también su disculpa.

Julián, en cambio, era un hombre de acción. Pensaba poco y hacía mucho. Se remitía siempre a los hechos, a los que consideraba una consecuencia de la voluntad, buena o mala. Que la vida es una lucha era un axioma al que su espíritu enérgico respondía con jubilosa afirmación. Él podía prever mejor que ninguno las consecuencias a las que podía dar lugar el paso que dimos aquella noche: donde el resto vimos aventura y transgresión,

él vio dinero. Aquel secuestro era, desde luego, algo no deseado, lamentable, pero imprevisible y ya no podíamos echarnos atrás, habíamos ido demasiado lejos. Julián estaba dispuesto a seguir el camino de su ambición asumiendo los daños colaterales que pudieran producirse. Al fin y al cabo, esa no había sido su intención.

Es cierto que ni él, más calculador, ni los demás pensaban que aquello pudiera acabar en tragedia y que yo, tan aprensivo al principio, me dejé persuadir de que así sería, que el secuestro era sólo un farol que acabaría en cuanto se convencieran de que no obtendrían nada a cambio de cumplir sus amenazas. Todos teníamos un poderoso motivo para callar y una excusa para seguir adelante. Y eso fue lo que hicimos.

Al día siguiente, bajé al pueblo y Teresa me acompañó. Yo no quería estar presente cuando llegaran los vascos, estaba lleno de malos presentimientos, todo me olía a chamusquina, y ella no quería dejarme solo, no fuera a hacer una locura como presentarme en el cuartelillo. Si venía conmigo era para vigilarme. Fuimos a desayunar, era temprano y apenas había gente en las calles, se había colgado de mi brazo y a veces apoyaba su cabeza en mi hombro, sus gestos daban a entender que quería que la protegiera, apoyarse en mí, pero en realidad me aferraba para que no me escapara. De hecho, si no me hubiese acompañado aquel día, tal vez... No quiso que comprara el periódico, en realidad yo tampoco lo deseaba, tenía miedo de lo que pudiese encontrar, pero dio lo mismo, porque desayunando en una terraza encontramos al periodista, el mismo Diego Arce que había redactado la noticia del secuestro. Me saludó muy efusivo y le presenté a Teresa sin saber cómo disimular mi turbación. Debí de ponerme blanco porque me preguntó si me pasaba algo. Teresa salió al quite, habíamos tenido una noche tremenda. «Claro, vosotros, los jóvenes», contestó Arce palmeándome la espalda. Alto, desgarrado, tendría unos diez o doce años más que nosotros pero hacía tiempo que cultivaba modales de generación perdida. Había sido revolucionario en su tiempo y conocía al padre de Teresa de aquellas batallas. Nos invitó a sentarnos con él, yo dije que no y Teresa dijo que sí. Sabía quién era, habíamos hablado de él durante la noche, quería sonsacarle. Ella no temía que le apareciera la culpabilidad en la cara. Me senté entre ellos a regañadientes, aparentando una tremenda resaca.

—¿También de veraneo? —le preguntó Teresa.

—No, he venido por un asunto del periódico y voy a aprovechar para quedarme uno o dos días, a ver qué pasa.

–¿Qué pasa con qué?

–Con el secuestro –¿Un secuestro?

–Sí. Hacéis bien en no leer el periódico estando de vacaciones, pero es lo último que ha ocurrido en este paradisíaco lugar, un secuestro –Pero ¿a quién...?

Hablaban ellos dos y yo los oía con creciente sentimiento de pánico. Arce estaba encantado con Teresa y nos puso al corriente de todo. El asunto había saltado a la prensa porque la policía no tenía la más mínima pista de quién había secuestrado al chaval, había más de veinte grupos distintos operando en la zona, algunos nuevos y completamente desconocidos, así que pensaban que haciéndolo público presionarían para lograr su liberación.

–Pero ¿eso no es peligroso? ¿Y si se mosquean y le hacen algo?, no sé...

Teresa interpretaba bien su papel y Arce no parecía encontrar en su curiosidad otro interés que el de una aficionada a los sucesos.

–Siempre hay un riesgo, claro. Puede pasar cualquier cosa, la policía está a ciegas, pero no es normal que estos asuntos acaben en muerte, lo usual es que se alarguen semanas, a veces meses, extorsionando incluso con pequeñas cantidades a los familiares, hasta resarcirse en algo la deuda para terminar soltándolo hecho un guiñapo. Hacerlo público puede acelerar ese proceso porque la familia no va a poder pagar nada. Son pobres de solemnidad.

–¿Los has visto? –aquella pregunta era lo primero que decía desde el entrecortado saludo del principio. Me pareció que Arce me miraba algo intrigado antes de responder, quizá fuera imaginación mía, pero la patada que me dio Teresa por debajo de la mesa no tenía nada de imaginaria.

–Sí. Un desastre. El padre, pescador, murió hace cinco años y a la madre le quedó una paga de mierda y desde entonces limpia por horas, pero sólo tiene trabajo en verano y poco más. Además del chaval tiene una hija de dieciséis años, una chica seria, con pinta de buena estudiante. Hablé con ella casi más que con la madre, una mujer destrozada que no hacía más que llorar. Ellas sabían que su hermano trapicheaba pero no sabían con quién. Lo que sí era seguro es que él no se había quedado con aquella droga, la habría escondido en algún sitio y otros se la habían llevado y ahora era él quien estaba pagando el pato.

Yo lo escuchaba con ojos bajos, procurando no delatarme, reprimiendo las ganas de

vomitara. Teresa estaba inmutable. En ese momento trajeron nuestros cafés y tuvimos unos minutos de respiro. Arce aprovechó para encender un cigarro.

—Esta conversación con la hermana, la historia de esta familia, no he querido publicarla todavía. Me la guardo para un reportaje. Estoy esperando a ver cómo se resuelve el caso, pero, si se alarga, lo saco igual. Es una historia fuerte, emotiva, ¿no os parece? Además, a partir de ahí surge otra pregunta, ¿quién se ha llevado el hachís?

Por un momento creí que lo sabía todo y se estaba burlando de nosotros, temí que nuestras caras se resquebrajaran allí mismo. A Teresa se le había ido la sangre del rostro en un instante, pero Arce no dio muestras de percatarse de nada. Se recostó en su silla muy satisfecho de su perspicacia.

—Pues alguien que sabía dónde estaba, ¿no?

Teresa tenía presencia de ánimo, le había vuelto el arrojo con la misma celeridad con la que se le había ido.

—Es lo más probable, pero la chica dice que ha hablado con todos los amigos de su hermano y está segura de que ha sido alguien de fuera. De todos modos, quienes hayan sido no lo van a decir, eso seguro.

—Vaya historia. ¿Y tú crees que soltarán al muchacho al final?

A Teresa le salía muy bien hacerse la tonta, pero yo no me atrevía a decir palabra.

—Sí, yo creo que sí. Eso espero. Aunque el desenlace de la historia es lo que puede convertirla en un drama o en una anécdota. Ya veremos. Y no quiero decir más, que hay aquí un escritor. ¿Y vosotros qué, estáis pasando el mes?

—Sí, hemos alquilado una casa —Teresa hablaba con naturalidad, pero yo sí advertí un ligero temblor en su voz, apenas perceptible por quien no la conociera—. Pero ya no nos quedan más que dos o tres días y volvemos a Sevilla. ¿Verdad, Andrés?

La pregunta fue inoportuna. Desvió hacia mí la atención cuando trataba de levantar la taza de café, pero me temblaba tanto la mano que tuve que dejarla en el plato.

—No me encuentro bien —acerté a decir, rezando para que a Arce no le pareciera raro.

—Es que ayer te pasaste un taco —Teresa me echó un capote—. Bueno, tenemos que irnos.

Remató la frase con un gesto de conmiseración hacia mi persona. Arce nos miraba entre asombrado y divertido, al menos no parecía receloso.

—Bueno, Andrés, ya veo que te sienta peor tomar drogas que escribir sobre ellas. No creas que no me alegro.

–Sí, sí –contesté, al tiempo que nos levantábamos. Arce quería que quedáramos por la noche, naturalmente le dijimos que no podíamos, que no pensábamos salir.

Cuando nos dimos la vuelta, sentí su mirada clavada en mi espalda. Pasamos todo el día en la playa, inquietos, casi sin hablarnos, dando largos paseos por separado. Cuando regresábamos a la casa, nos cruzamos con una furgoneta en la entrada. Ya todo estaba hecho.

El dinero estaba aún en la cocina, donde habían estado contándolo en presencia de los compradores mientras se tomaban unos vinos. Los ochenta millones de pesetas, en billetes de cinco mil, formaban una masa imponente que casi desbordaba la amplia mesa. Hoy sería menos, mucho menos, pero entonces... eran ochenta tacos de doscientos billetes cada uno. Una imagen que abrumaba. El vino y la emoción habían subido la sangre a las caras de Fede y Julián, quienes a duras penas trataban de disimular una sonrisa. Teresa y yo nos quedamos pasmados. Creo que, en aquel silencio, todos pensamos lo mismo, que nos pertenecían veinte de aquellos tacos. Al menos eso fue lo que pensé yo. Sabía que aquello iba a pasar, pero verlo no era lo mismo. La codicia amortiguó mis escrúpulos, les proporcionó nuevas excusas (ni siquiera la policía pensaba que aquello pudiera acabar en muerte, soltarían al chico en unos días, tal vez fuera un bien para él, al apartarlo de ese mundo, etcétera). Con mi actitud había manifestado que no quería saber nada de aquello, así había puesto mi conciencia a salvo, pero ya que estaba hecho y corría el mismo riesgo, ¿por qué no beneficiarme como los demás?

–¿Qué, ahora te muestras más dispuesto, no?

El tono de Federico no era amable. Parecía que me hubiera leído el pensamiento, supongo que se notaba en mi cara la misma excitación que veía en la de ellos.

–Lo hecho, hecho está –le respondí.

–Eso es lo que venimos diciendo desde el principio, precisamente –el tono de Julián también era duro, se quejaban de que los hubiera dejado solos con los vascos y se hubiese andado con tantos melindres mientras ellos se preocupaban por salir bien de todo aquello–. Pero vamos a dejarlo. ¿Alguna novedad?

Me quedé callado como un mierda, no supe qué contestarle. Teresa les contó la conversación con Arce. No se extendió en detalles como el dolor de aquella madre que no dejaba de llorar, sólo refirió lo importante: que la policía creía que todo acabaría en una buena paliza y un gran susto, como había sucedido en otras ocasiones, y que la

hermana y el periodista se preguntaban quién se habría llevado el alijo, pero eso a la policía no parecía importarle ni mucho ni poco y ellos no sabían nada, no tenían ni idea.

–Y nunca lo sabrán, a no ser que alguno de nosotros lo diga –concluyó Julián dirigiéndome una mirada inequívoca. Iba a contestarle, pero se me anticipó Fede.

–Oye, ¿por qué no nos sentamos en el salón? Tener a la vista estos billetes me está mareando.

Era un tono conciliador, debíamos abordar aquello tomando una copa, como amigos, sin acritud. Teresa asintió de inmediato, yo también, sintiéndome estúpidamente un traidor por haber tenido un poquito de conciencia pero no la suficiente, y eso era lo que les molestaba, con mi actitud afeaba su conducta pero hacía lo mismo que ellos y también yo estaba dispuesto a beneficiarme. Además, temían, al verme tan afectado, que me fuera de la lengua. Pero ahora, allí, con aquella fortuna en nuestras manos era el momento de comprometerse por completo, sin dejar dudas. Eso era, en sustancia, lo que querían decirme. Primero habló Federico, me reprochó en buenos términos que pensara que ellos no estaban tan preocupados como yo porque no era cierto, sólo que no lo manifestaban del mismo modo. Desgraciadamente la única posibilidad de salir bien de aquel asunto era seguir hacia delante, todo lo demás nos arruinaría la vida.

–Si ese día no hubieras comprado el periódico, no nos habríamos enterado de nada y estaríamos ahora tan felices –intervino Julián–. Sé que piensas que soy un insensible, pero no es verdad. Sé que ese chaval las está pasando canutas, pero no podemos remediarlo con un mal aún mayor. Además, ese es el mundo en que se mueve, no somos sólo nosotros.

Claro, el chaval tenía su parte de culpa por juntarse con narcotraficantes. Eso fue lo que pensé, pero no lo dije. Me serví un chupito de ron y me lo tomé de un trago.

–Si hubiera sido por mí, seguramente no tendríamos ahí ese dinero –les dije– y es verdad que lo quiero tanto como vosotros. Ya da igual lo que piense. Ahora sí que no podemos volvernos atrás, pero no puedo dejar de sentirme fatal al pensar en... –Pues no lo pienses –saltó Teresa–, no lo pienses, Andrés, porque te volverás loco.

–No puedo dejar de pensarlo. ¿De verdad puedes sentirte bien haciendo esto, de verdad puedes no pensarlo, Teresa?

–¿Y qué diferencia hay? No, Andrés, yo no me siento bien, pero aprieto los dientes porque es lo único que puedo hacer para no tirar mi vida por la borda. Tú te sientes mal, bueno, ¿y qué?

–Es mejor que nos calmemos –de nuevo medió Julián, en su papel de hombre razonable–. Teresa tiene razón, Andrés, ¿acaso piensas renunciar a tu parte?

Esa era la pregunta. Y yo sólo tenía una respuesta.

–No.

–Pues entonces dejémonos de tonterías. Esto es serio, nos jugamos muchos años de cárcel si nos pillan.

–¿Cómo puedes pensar que me da igual? –Teresa, ya más tranquila, seguía rumiando mis palabras–. Pero ¿qué podíamos hacer? Por lo menos ahora, con ese dinero, podemos, no sé... Era evidente que se resentía del aguijón, que mis palabras, el primer reproche directo que le dirigía, habían hecho aflorar una culpa que había pretendido esconder en lo más hondo.

–¿Qué quieres decir? –le pregunté.

–Bueno, podríamos compensarles por todo esto que están pasando. Dejar que transcurra un poco el tiempo y enviarles algún dinero de forma anónima.

Era una manera «política» de enfocar el asunto, muy propia de ella. Pagábamos una multa y ya podíamos disfrutar de aquel dinero sin escrúpulos. Nos estaba ofreciendo una coartada moral para acallar nuestras conciencias. Una solución de compromiso que todos aceptamos, yo el primero. Pero antes de hablar de eso, Julián insistió en que todos debíamos jurar por lo más sagrado que jamás revelaríamos a nadie nuestro secreto, ni a amantes, futuras esposas o esposo, amigos, socios, padres, a nadie. A Fede le parecía que el juramento era innecesario, lo que hacía falta saber era si todos lo teníamos igual de claro. Yo manifesté solemnemente que estaba de acuerdo y que ya no había por mi parte ninguna duda, quedarnos con el dinero y ayudar a la familia era lo mejor que podíamos hacer y nunca, en ninguna circunstancia, contaría a nadie lo que habíamos hecho. Lo juré. Fue suficiente, cada uno con sus palabras vino a decir lo mismo y nos abrazamos y unimos nuestras manos para sellar aquel pacto.

Después descendimos a los detalles, cada uno pondría dos millones en compensación para el chaval, pero no lo haríamos hasta transcurrido un año, cuando se hubieran quietado las cosas. Durante ese periodo debíamos ser cuidadosos y no dar muestras de gasto excesivo. Había que ingresar en los bancos pequeñas cantidades para no llamar la atención de Hacienda. Y por fin volvimos aliviados a la cocina y pudimos mirar aquella masa de billetes sin ningún tapujo. Cada uno cogió su parte y, aunque no hubo gritos de júbilo, la satisfacción era patente en todos los rostros. Yo llevé la mía a mi cuarto, veinte

tacos de un millón cada uno, en aquellos billetes de color morado con la cara del rey. Lo estuve contemplando un buen rato, acariciando la expectativa de aquella riqueza, todo lo que podría hacer: viajar, mudarme, comprar libros, discos, vivir. Después lo guardé en una de mis maletas y eché ropa por encima. Al precio de aquella «multa» que no era sino el de una promesa que nunca se cumplió, había encontrado una indigna paz conmigo mismo y por primera vez desde que leyera aquella noticia pude dormir de un tirón, sin pesadillas.

3

Tal vez los recuerdos más fieles, los menos engañosos, son precisamente aquellos que no quieres recordar, esos teñidos de intensa vergüenza, de miedo, que has ocultado sepultándolos bajo una espesa capa de olvido, en una mezcla de indiferencia y absolución. Sin embargo, siguen ahí, intocables e intocados, más vívidos que ningún otro y, cuando alguna evidencia o algún conjuro o sólo un roce los sacan de su sepulcro en la memoria, no llegan descarnados, fantasmales, como algo lejano, sino reales, intensos, como si acabaran de suceder. Un súbito relámpago que te fulmina, un aguijón que se te clava hasta que puedes reaccionar y arrojas de nuevo esa hiriente luz a las sombras de las que sabes que volverá a salir tarde o temprano. Qué distinto es el recuerdo de la felicidad, mucho más vago.

Durante muchos años logré enterrar lo sucedido aquellos días, pero cuando afloró lo hizo como algo presente, de ayer mismo, y ahora lo revivo como si acabara de ocurrir.

Acordamos que apuraríamos los tres días que nos quedaban de vacaciones fingiendo una completa normalidad, sin ningún movimiento precipitado. Al día siguiente, fui por el periódico, solo en esa ocasión, sin Teresa, temiendo encontrarme a Arce como el día anterior, pero afortunadamente no lo vi, tal vez habría vuelto a Sevilla. Repasé el periódico desayunando, como otro ocioso más, pero no había nada, ni la más mínima mención. A pesar de haber dormido bien, aún guardaba un mal presentimiento y temía lo peor. Respiré hondo y pude comer algo, por primera vez en las últimas cuarenta y ocho horas. Pasé un día tranquilo, melancólico, como si estuviera convaleciente. Todos estábamos más o menos igual, como si todo hubiera pasado. De algún modo creí que así era, tampoco al día siguiente ocurrió nada. Fue al tercero, el día en que volvíamos a la ciudad, cuando la imagen de aquel muchacho ensangrentado me golpeó desde la portada del periódico. Sabía desde el primer momento que acabaría así, lo sabía y no hice nada

por impedirlo. No pude leerlo hasta pasado un buen rato. Si entonces se hubiera presentado Arce, se lo habría contado todo. No sé cuánto tiempo estuve con el periódico entre las manos, sin atreverme a volver a mirarlo.

ACABA EN TRAGEDIA EL SECUESTRO DE LA JANDA, ese era el titular. Un guardia forestal había encontrado el cadáver en un barranco cerca de San Ambrosio, en la linde del pinar. Aún no se había efectuado la autopsia, pero todo indicaba que el joven había muerto al despeñarse mientras trataba de huir de sus captores con las manos esposadas a la espalda. La Guardia Civil había localizado en las cercanías el lugar en que estuvo secuestrado, un caserío en el corazón de la sierra, con trazas de haber sido abandonado precipitadamente por sus ocupantes.

En el interior del reportaje, que ahora gozaba del dramatismo de la muerte, Arce ampliaba detalles y recreaba la entrevista con la madre y la hermana aportando fotografías de ambas y de un muchacho agraciado y sonriente, irreconocible en aquel cuerpo destrozado entre las piedras. El titular era un dedo acusador, una flecha que ignoraba que había dado en el blanco. Aún conservo aquel artículo, lo he guardado durante todos estos años.

¿QUIÉN MATÓ A FRANCISCO PARRA?

Ayer, a mediodía, los movimientos de una bandada de buitres llamaron la atención de un guarda forestal del Parque de La Breña. Los siguió hasta un lugar conocido como el Barranco del Lobo y encontró allí el cuerpo sin vida de un joven con las manos esposadas a la espalda. Se trataba de Francisco Parra, natural de Zahara de los Atunes, de diecinueve años de edad. Llevaba muerto algo más de veinticuatro horas después de permanecer ocho días secuestrado.

El pasado 21 de agosto, Francisco no volvió a su casa a dormir. Aunque no era algo demasiado raro, su madre, Josefa, tuvo un mal presentimiento. Sabía que su hijo andaba con malas compañías y la desgracia había castigado demasiado cruelmente el hogar de los Parra como para no temer por una ausencia. Hace cinco años falleció su marido en un accidente en la mar. Era pescador. Ella quedó al cargo de dos hijos sin más medio de subsistencia que una pensión mínima. Ana María, la más pequeña, que tiene ahora dieciséis años, una joven seria, buena estudiante, muy distinta de su hermano, que creció falto de la autoridad paterna, rebelde, sin afición a los estudios ni otro horizonte que la principal industria de la zona: el tráfico de hachís procedente de Marruecos. Aunque Josefa trató de apartarlo de ese mundo, todos sus esfuerzos fueron en vano. El dinero fácil unido a la necesidad es una combinación irresistible para muchos jóvenes de una comarca con un índice elevado de desempleo. El «trabajo» de Francisco consistía al parecer en recoger y ocultar alijos que las planeadoras arrojaban de noche a la playa a favor de la marea.

Pero algo salió mal en el último cargamento, porque desapareció a pesar de que sólo Francisco sabía dónde estaba oculto. Una llamada de teléfono informó a Josefa de la situación de su hijo. Un hombre con voz amenazante le anunció que Francisco los había traicionado y que tendrían que darles dinero, todo lo que tenían si querían volver a verlo. Exigió, cuando ella le dijo que no tenían nada, que vendieran la casa en que vivían y le aseguró que lo retendrían todo el tiempo que fuera necesario. No dejó de advertirle que la vida de su hijo correría peligro si avisaban a la policía.

La casa de la familia Parra es una modesta vivienda de dos plantas que no tendrá más de ochenta metros cuadrados y difícilmente alcanzaría el coste del cargamento desaparecido. Sin ella, madre e hija se quedarían sin lo único que tienen, un techo bajo el que vivir. Lo habría hecho todo por su hijo menos eso, así que no encontrando otro medio de satisfacer el rescate, acudió a la Guardia Civil.

Los secuestros de este tipo son relativamente frecuentes y, por lo común, acaban de manera incruenta. Una buena paliza sí, torturas incluso, hasta que los mafiosos se convencen de que su víctima no puede decirles lo que quieren saber y después sólo quedan semanas o meses de espera, en tanto tratan de paliar sus pérdidas buscando quién pague un rescate por su cautivo. Como en este caso nadie podía pagar y el secuestro podía eternizarse, la Guardia Civil decidió hacerlo público para persuadirles de que no obtendrían nada y presionarlos con los problemas que las pesquisas traerían a su organización. Por eso este periódico lo publicó en primicia hace varios días. ¿Fue una medida acertada?

El teniente del puesto de Zahara mueve la cabeza, estamos en el Barranco del Lobo mientras que la jueza levanta acta para que se pueda proceder a retirar el cadáver. A pesar del funesto desenlace, defiende su actuación. La muerte no ha sido deliberada por lo que parece. Hasta puede que el joven tuviera la desdichada idea de huir cuando lo trasladaban para liberarlo. ¿Quién sabe? Tal vez las circunstancias exactas de este crimen no se conozcan nunca. La Guardia Civil no tiene pistas de sus autores ni del alijo desaparecido. Son muchas las incógnitas en este caso plagado de elementos equívocos. Los secuestradores que lo golpearon salvajemente y le ocasionaron la muerte no lo asesinaron, tampoco lo hicieron los que robaron el alijo que él guardaba, pero son tan responsables como los primeros de su trágico final. Quedan, en esa casa humilde señalada por la desdicha, una mujer destrozada para lo que le reste de vida y una adolescente que carga ese peso sobre sus espaldas empezando a vivir. ¿Quién mató a Francisco Parra?

Yo tenía la respuesta para aquella pregunta. Nosotros, nosotros lo hicimos, debería haberlo gritado en plena calle, yo en mayor medida que los demás, por haber sido más consciente del crimen que estábamos cometiendo. En la fotografía la madre alzaba la cara y las manos crispadas al cielo, como preguntándole a Dios si aquello era justo, la viva imagen del dolor, pero aún me impresionó más la adolescente que miraba directamente a la cámara. Serena, hermosa a pesar de las ojeras y la desolación que afloraba en su rostro. En su mirada no había odio, tampoco dolor, sino tristeza, una tristeza más allá de cualquier llanto, de todo consuelo, tan honda que parecía que aquellos ojos no volverían jamás a reír. Era la mirada resignada de un viejo en el rostro de una niña. Algo en ella, su lastimada inocencia, la expectativa de su joven vida, se había despeñado con su hermano en el barranco y ya nunca volvería.

No podía conducir y volví andando a casa, ajeno a cuanto me rodeaba. Estaba vacío como si el golpe me hubiera entumecido el alma, anestesiándola para no aullar de remordimiento. No les hice reproches, no dije nada. Estaban sentados almorzando en la cocina, habían estado preocupados por mí, me dijeron antes de que dejara el periódico sobre la mesa. A sus rostros asomó el pánico al ver la fotografía de aquel cuerpo destrozado y Teresa no pudo reprimir un grito. Después hubo unos momentos de silencio absoluto, como el de un animal que teme estar cogido en una trampa y contiene la respiración. Por fin Julián alargó la mano y comenzó a leer para sí el relato de nuestra infamia, el precio de aquel dinero que teníamos en el bolsillo. Teresa tenía la mirada perdida, Fede escrutaba el rostro de Julián esperando que dijera algo, una palabra de alivio, ya que no de absolución. Ninguno había alzado la mirada para enfrentarse a la mía. En ese momento no sentía animosidad hacia ellos, estaba demasiado aturdido, pero no podía mirarlos a la cara, me di la vuelta y oí la voz de Julián a mis espaldas: «Ha sido un accidente». Yo salí a la terraza, oía el murmullo de sus voces buscando excusas, acababa el verano y el viento era frío, de poniente, la mar plácida destellaba bajo el sol como en la más convencional postal de vacaciones. Estábamos en la cima del mundo, pero no habíamos podido hundirnos más profundamente en la mierda. Me senté falto de fuerzas, la frivolidad de todo aquello me abrumaba, la piscina, las tumbonas orientadas al sol, los atardeceres con *gin tonic* y porros, las conversaciones sobre arte y política de las sobremesas, la sofisticación provinciana con la que nos sentíamos superiores a los demás y solidarios con los pobres, el lenguaje de pasotas que seguía empleando para escribir infructuosamente una nueva novela. Todo era insustancial, todo mentira, todo yo era una mentira y ellos también. Jamás volveríamos a ser amigos. Fueron llegando de uno en uno, sentándose alrededor en silencio. Teresa habló al rato de Irene, una amiga que conduciendo borracha se había estrellado contra un coche que venía en dirección contraria. Los dos ocupantes del otro vehículo, una pareja de novios, perdieron la vida, ella se rompió una pierna. Irene sabía que era la causante de aquella desgracia, pero tras pasar el bache, siguió adelante. Lo nuestro no era distinto, así lo veía ella, como si no hubiéramos hecho otra cosa que conducir bebidos, como si esa fuera nuestra única responsabilidad.

–Un accidente –repitió Julián–, un espantoso accidente.

–Tendremos que vivir con esto, como Irene con lo suyo, como todos. Tendremos que acostumbrarnos a vivir con esto –añadió Fede.

Todos esperaban que yo hablara.

–¿No vas a decirnos que tenías razón? –me preguntó Julián.

Negué con la cabeza.

–Ya no importa, ahora sí que no importa. Ahora sí que no podemos hacer nada. No debéis temer que nunca salga de mis labios una palabra de esto, es demasiado horrible, yo lo he hecho, como lo habéis hecho vosotros, que cada uno lo lleve como pueda.

Teresa me tomó una mano, pero yo se la solté.

–Lo haremos como convinimos –dijo–. Dentro de un año. Seguro que les vendrá bien.

No me molesté en responderle. Me levanté y lo mismo hicieron ellos. Nada más teníamos que decirnos y nada que hacer allí. En menos de una hora todos salimos huyendo, cada uno por su lado, hacia Sevilla.

Hace rato que se hizo de noche en esta casa solitaria batida por un viento que no ha dejado de soplar. Me rinde el sueño sobre estos folios que escribo a mano, de mi puño y letra, como debe ser en una confesión. El faro asoma vigilante en mi ventana, con dos barridos de luz, corta y larga, a intervalos regulares como una espada rasgando la oscuridad. Salgo fatigado a mi pequeño jardín, el levante inclina las ramas del acebuche y del laurel que me dan sombra durante el día, no deja que se oiga el rumor del mar. Acodado en la verja que me separa de esta landa marina, llena de arbustos de brezo y matojos de espinos, levanto los ojos al cielo borracho de estrellas, pienso en lo poco que es nuestro tiempo medido en luz y no en arena. Y a pesar de eso, qué larga puede hacerse la vida. Cómo sabe traernos de vuelta en la marea de los años, a pesar de la aceleración con que el pasado nos huye, precisamente aquello que creíamos enterrado para siempre.

4

Estuve menos de una semana en Sevilla antes de marcharme a Londres con Elisa. De pronto la echaba de menos: la indiferencia con la que la había tratado en los últimos meses cedió a la necesidad de refugiarme en alguien, de marcharme lejos, de huir hacia algún otro lugar por no poder huir de mí mismo. Ya nada se podía hacer, eso era lo que me repetía insistentemente para aliviar mi culpa. Hasta entonces, si ellos o al menos Teresa me hubieran secundado, habría estado dispuesto a entregarme, pero la responsabilidad era demasiado grande y rezaba porque nunca se conociera mi participación en aquel asunto. Las culpas se llevan mejor a solas. Debía tomarlo como lo tomaban los demás y procurar que mi vida fuera mejor en adelante.

Las mismas palabras, los mismos argumentos que tan cínicos me parecían en boca de ellos, en la mía me sonaban razonables y yo mismo me engañaba como el mayor de los hipócritas, convenciéndome de que era un irresponsable, no un criminal. Aun así, no podía dormir si no caía borracho y todas las noches me despertaba con sudores fríos, muerto de miedo. Teresa me visitó dos veces para saber cómo me encontraba. Ni Fede ni Julián se pusieron en contacto conmigo y fui yo quien los llamé para decirles que me iba al extranjero pero que volvería pasado un año. No quise leer los periódicos, apenas salí de casa. El dinero lo oculté en la de mis padres, en unas cajas de libros que había dejado en el trastero. Me quedé con una parte, para las necesidades inmediatas. En aquel momento me resultaba imposible escribir y tuve que renunciar a una columna semanal que tenía en el periódico y dejé sin entregar dos artículos que, en consecuencia, no cobré. Además, mudarme a Londres significaba abandonar todos los trabajillos que me mantenían y mi novela ya no me reportaba al año más que unos cuantos miles de pesetas. No quería usar aquel dinero, pero lo necesitaba.

Elisa me recibió con los brazos abiertos. Desde el primer momento notó que algo había cambiado en mí, pero no me preguntó nada, comprendió que estaba destrozado y

que su tarea era ayudarme a recomponer los pedazos. Vivía en un apartamento en Curtain Road, en Shoreditch, que por entonces iniciaba su despegue como barrio alternativo. El clima frío, la lluvia y la novedad de calles y gentes fueron apaciguando mi ánimo. Llevaba vida de convaleciente, no hacía nada, ni pensaba en escribir, sólo leía o me quedaba sumido en un estupor de marihuana que Elisa compraba regularmente para ambos o daba paseos, al principio cortos, sólo por los alrededores, después más largos, durante horas en esa inacabable ciudad.

Elisa era hija de un profesor de español y debía su nombre a Garcilaso, aunque en Inglaterra todo el mundo la llamaba Liz y yo acabé haciendo lo mismo. España era su especialidad como periodista y traductora, sobre todo Andalucía, donde había pasado todos los veranos desde niña. Cuando nos conocimos trataba de establecerse en Sevilla, pero le resultaba más fácil ganarse la vida en Londres como *free lance* de revistas de lo más variado: gastronomía, música, incluso inmobiliarias con oportunidades en Mijas y cosas así, y alguna literaria, donde publicaba reseñas de novedades editoriales españolas. También le llegaban algunos encargos de traducción en los que yo procuraba ayudarla. Nunca le conté la verdad de lo que había sucedido, pero se lo dejé entrever con medias palabras. Sabía que había conseguido dinero ilegalmente, por algún trapicheo de droga, y creía que había perdido a un amigo, a alguien muy importante para mí. A ella nada de eso le importaba, más que sórdido le parecía romántico. Estaba encantada de tenerme allí, de mostrarme su ciudad y presentarme a sus amigos, le parecía un milagro mi sustancial contribución a su maltrecha economía. Cada noche insistía en arrastrarme a la inauguración de alguna de las galerías, las librerías, las enotecas, los clubes y las *boutiques* que florecían como setas en Hoxton y Shoreditch y yo me excusaba siempre que podía y me quedaba en casa. Mi inglés no era tan bueno como habría deseado y a menudo perdía el hilo de las conversaciones, tan animadas como poco interesantes para mí. No tenía cuerpo para tanta fiesta.

Me dedicaba a no hacer nada e, incapaz de concentrar la voluntad en ningún empeño, pasaba las horas y los días en los museos o caminando por Londres de jardín en jardín, pasatiempo que me gustó tanto que me propuse visitarlos todos, a sabiendas de que son tantos que me resultaría seguramente imposible. Me consolaba pensar que aquella tarea podría durar años, tiempo era lo único que tenía. Elisa me urgía a escribir y, aunque comprendía la necesidad de un período de silencio en lo que ella llamaba «proceso creativo», insistía en que debía ir soltando la mano en textos menores, cosas de Londres

para revistas o diarios españoles o una guía, antes de revolucionar definitivamente la novela. Tenía una confianza en mí completamente absurda. Que estuviera tan ciega con respecto a mis posibilidades se debía a que estaba enamorada, desde luego, pero también a que le gustaba el papel de descubridora de talentos y había hecho una apuesta por el mío. No quería que le fallara, pero pedía un imposible.

El estilo que había usado hasta entonces, lleno de expresiones coloquiales y descaro juvenil, me resultaba insoportable. Ya no podía escribir con esa despreocupación, con esa irresponsabilidad: la inocencia que lo permitía había quedado enterrada en Zahara y no tenía con qué sustituirla. Me preciaba de escribir contra la retórica, pero cuando quise abandonar la jerga y la inmediatez del habla, comprobé que la escritura era un oficio más difícil de lo que había supuesto y que todo aquel atrevimiento se debía a la bendita ignorancia. No sabía cómo hacer fluir en conjuntos armoniosos las palabras, reptaba por cada frase tratando de acompañarla con las demás en un ejercicio atroz, una tortura autoimpuesta a la que me sometía lo menos posible a pesar de los ánimos, consejos y puyas de Elisa. Escribir, además, ¿sobre qué? Había perdido toda confianza en mí mismo porque se había hecho trizas la estima en que me tenía. ¿Qué importaba lo que pudiera decir alguien como yo?

En ese estado de ánimo, pasé el año, más sereno y melancólico conforme transcurrían los días, y finalmente llegué a un pacto conmigo mismo: volvería a Sevilla, cumpliríamos lo acordado y entregaríamos el dinero a aquella familia, después dejaría todo eso atrás y empezaría en Londres, con Elisa, una nueva vida sin reservas ni penas inútiles. Durante ese tiempo apenas tuve contacto con ellos, en una o dos ocasiones hablé con Teresa y ninguna con Fede o Julián. Les sorprendió que volviera, que quisiera remover el asunto. Ninguno pareció entusiasmado con la idea de vernos. Sevilla me pareció pequeña, gritona, sucia, inmersa en la habitual ola de calor de principios de julio. Eché de menos Londres desde el primer día. Nos vimos cuando ya llevaba una semana en la ciudad, prácticamente oculto en casa de mis padres. Todos estábamos incómodos, habíamos quedado en casa de Fede, en la que se notaba un cambio evidente a mejor, como en la ropa de Teresa o en el teléfono, uno de los primeros móviles, que llevaba Julián. No quería fijarme en esos detalles, no quería detestarlos, no más de lo que ya me detestaba a mí mismo. Yo les resultaba molesto porque era patente que no había olvidado, que me negaba a olvidar. Desconfiaban de mí y yo también desconfiaba de ellos, pero la conversación era cortés y por momentos disipaba los celos; les conté por encima la

vida que llevaba en Londres, ellos me hablaron de que había sido un año muy duro antes de contarme sus planes de vacaciones a lugares exóticos, cada uno por su lado, para desconectar de verdad, pero cuando abordé el pacto que habíamos hecho de entregar dinero a la familia, el ambiente, que no había llegado a ser cálido, se heló por completo, llegó de repente a su punto álgido, el más frío. Nadie decía nada. De pronto hablaron los tres casi a la vez. Tenía que dejar aquello atrás de una vez por todas. Era peligroso y estúpido. ¿Cómo lo haríamos sin correr ningún riesgo?

–Yo lo he invertido todo –dijo Julián–, así que tendría que pedirlo prestado.

Acababa de decir hacía un momento, como el que no quiere la cosa, que se iría unos días a las islas Fidji.

–Deberías dar gracias a Dios de que hayamos salido bien de esta y no insistir en que nos busquemos problemas –masculló Federico.

–¿Qué pretendes? ¿Ir allí y dejar el dinero en la puerta? ¿Ponerle un giro? Y, aunque logremos hacerles llegar el dinero sin que nos descubran, ¿no crees que llamarán a la policía? Hasta ahora piensan que el robo fue algo entre bandas rivales. Si hacemos eso, les revelaremos que es cosa de aficionados. No veranea en Zahara tanta gente y son muy pocos quienes estaban tan cerca y lo tenían tan fácil. Empezarán a buscar y darán con nosotros. Darán con nosotros. Eso hay que olvidarlo, olvidarlo para siempre, ¿lo oyes?, para siempre.

Teresa estaba al borde de la histeria. Fede la tranquilizó mientras me lanzaba una mirada asesina y Julián, más suave, dijo que no podíamos hacerlo, no por el dinero sino por la seguridad. Tenían miedo, mucho miedo y un único deseo: dejarlo atrás, olvidarlo para poder entregarse al disfrute del botín obtenido. Comprendí que por más que insistiera no los convencería y, cuando dije que entonces no me sentía incluido en el pacto que habíamos hecho, amagando con romper la baraja, se rieron de mí. Ninguno me creía capaz de acudir a la justicia y perder la linda vida que llevaba en Londres para ir a parar a una cárcel los próximos años. Sabían que no era mejor que ellos y tenían razón. Tan sólo me puse en ridículo lanzando aquel farol. Les aseguré que entonces lo haría yo solo y tampoco me creyeron. Nos despedimos entre semblantes hoscos. Pasaron años antes de volver a vernos.

La mayor parte de la noche la pasé pensando en lo que debía hacer y llegué a la conclusión de que no podía quedarme con aquel dinero ni tampoco podía prescindir de él, ¿de qué iba a vivir...? Llegué a un término medio. Entregaría a la familia la mitad, sólo

así podría quedarme con el resto. Esa fue la transacción a la que llegué con mi conciencia. Al día siguiente, metí diez millones en una bolsa de deporte, dos más de los ocho que habíamos acordado poner entre todos, y me dirigí a Zahara en un coche alquilado. En el reportaje de Diego Arce había una fotografía de la casa y, en el pie de foto, la calle en la que se encontraba, en un extremo del pueblo, cerca de la desembocadura del río. Aparqué en una calle contigua, con una salida fácil al puente por el que se accede al pueblo. Reconocí la casa comparándola con la del reportaje y, cuando estuve seguro, me aposté en un bar que había en la esquina. Ya había empezado la temporada y no llamaba la atención. Llevaba allí más de una hora fingiendo leer el periódico sin perder de vista la puerta cuando la chica llegó por la acera de enfrente caminando hacia su casa con una bolsa de la compra. La reconocí de inmediato, la veía en mis pesadillas casi todas las noches con su mirada fija, desesperanzada. Sólo pude observarla un momento, parecía abstraída, de pronto volvió la cara hacia mí, justo antes de entrar en su casa. Apenas fue un instante. Esperé unos minutos, las ventanas siguieron con las persianas corridas, tras la puerta había un pequeño zaguán y otra puerta de forja y cristal opaco. Entré, dejé la bolsa en el suelo, llamé al timbre y salí. En la calle no había nadie en ese momento, doblé la esquina, subí al coche y conduje sin parar hasta Sevilla.

Pasé un miedo espantoso y sólo en el camino de vuelta pensé en cuántas cosas podrían haber salido mal. Todo había ocurrido, sin embargo, a pedir de boca. Quería creer que aquella muchacha con pinta de juiciosa aprovecharía el dinero y no acudiría a la Guardia Civil, que lo requisaría e iniciaría una investigación. Confiaba en que le sirviera para ir a la universidad, por ejemplo, pero eso seguramente nunca lo sabría. Me sentía aliviado de un gran peso, ligero. Había lavado mi conciencia, que es lo que necesitaba. Yo por lo menos había tratado de hacer algo, al contrario que ellos. Me sentía reconfortado. Aquella noche salí por primera vez desde que había llegado a la ciudad. Fui a mis sitios de costumbre, abracé a un montón de amigos, me reí a carcajadas, llamé a Elisa, ya casi borracho, para decirle que la quería y que en dos días estaría de vuelta.

Al día siguiente me levanté temprano dispuesto a aprovechar la jornada. Me acerqué a los dos periódicos que tenía entonces la ciudad para ofrecer mis servicios. En uno había estado publicando una columna semanal durante varios meses, pero mi ausencia había durado demasiado y Sevilla padecía una depresión. Estaban echando gente, así que me desearon suerte, ya veríamos más adelante. Me fui a la competencia, el diario

mayoritario y carca en el que antes ni se me habría pasado por las mientes escribir. Tenía allí algunos conocidos, entre ellos Diego Arce, con el que temía y deseaba encontrarme a partes iguales, pero afortunadamente no estaba en la redacción. Un amigo me llevó hasta el subdirector, quien me escuchó y me despidió muy cortésmente insistiendo en que se pensarían mi propuesta: una guía de Londres para andaluces con miras a publicarla por entregas. A Arce lo vi después, por la tarde, en una librería a la que había entrado a aprovisionarme de lecturas que no encontraba fácilmente en las librerías del Soho o del Strand que frecuentaba.

Si hubiera podido, seguramente lo habría evitado, pero oí su voz a mi espalda cuando estaba absorto ante los títulos de una mesa de novedades.

—Ahí debería haber un libro tuyo, Andrés.

Supe que era él antes de volverme, ya no temía traicionarme y lo saludé con cariño. Le conté que vivía en Londres y me dijo que ya lo sabía, que había preguntado por mí. No quise saber por qué y desvié la conversación hacia los libros que teníamos delante, hablamos de unos autores, de otros, de que yo llevaba dos años sin publicar, algo que no quise atribuir más que a la pereza ayudada por la inseguridad. Eran causas más que suficientes, según él, que llevaba años luchando contra lo mismo. Había publicado también una novela hacía casi una década y había disfrutado de sus minutos de fama, pero después no había sido capaz de concluir ninguna otra. Era todo demasiado largo, demasiado falso, un tremendo empeño para contar a la postre una mentira. El ejercicio del periodismo le ofrecía en cambio historias inmediatas y mucho más interesantes que las que a él podían ocurrírsele. En esta conversación habíamos salido de la librería y estábamos en la terraza de un bar cercano tomando una cerveza.

—Como el secuestro aquel en Zahara, el pasado verano, cuando nos vimos, ¿te acuerdas? —claro que me acordaba—. Pues me extraña, porque llevabas una resaca de caballo. ¿Te enteraste de cómo acabó todo?

Le dije que había leído su reportaje, que sabía que había acabado mal.

—Sí, el chaval murió... o lo mataron entre unos y otros. Al final, nada se supo. Lo de esa madre y su hija partía el corazón. Es una de esas historias que te decía, te las ofrece la vida sin necesidad de imaginarlas y sólo hay que saber leerlas comprendiendo que no puedes hacerlo por entero, porque están incompletas y porque se prolongan en el tiempo como si no tuvieran fin.

No sabía si aquellas alusiones eran directas o sólo formaban parte de una divagación

literaria. Estaba alerta y al mismo tiempo relajado, en una conversación amistosa sobre las novelas y la vida.

–¿Y qué pasó con ellas, la madre y la hija? –le pregunté–. ¿Siguió la historia, volviste a verlas?

–Sí, he vuelto a lo largo del año en dos o tres ocasiones. Me he convertido en... un amigo de la familia. Bueno, la madre es una mujer que ya no volverá a vivir, tan sólo espera la muerte. La hija se ha hecho cargo de la casa. Una muchacha extraordinaria, Ana María, le gusta mucho leer y dibuja muy bien. Podría llegar lejos, pero no va a tenerlo nada fácil, no tiene un duro y además cuida de su madre, en Zahara. La verdad es que le he cogido cariño...

De modo que se llamaba Ana María, en el periódico sólo figuraban sus iniciales. Arce seguía hablando, no parecía que tuviera sospechas, me contaba aquello sin segunda intención.

–Ayer mismo me llamó. Le había ocurrido algo muy bueno, pero no quiso contármelo por teléfono. No imagino qué puede ser. Iré a verlas el fin de semana y así me doy una vuelta por la playa.

Así que había recibido el dinero y si no lo comentaba por teléfono es que no pensaba acudir a la policía. Como aseguraba Arce, Ana María era una chica lista. Pedí dos cervezas más. Me alegraba ver que alguien como él pudiera aconsejarla, que la hubiese tomado bajo su protección. La conversación volvió de nuevo a la literatura, a las relaciones entre la verdad y la realidad, entre la mentira y la ficción, que no son equivalentes y se entrecruzan a veces unas con otras, la mentira en la realidad, la verdad en la ficción. Conversamos hasta tarde, Arce disertaba incluyéndome entre los jóvenes, pero yo me sentía mucho más viejo que él, como si hubiera cumplido cien años.

Al día siguiente, volví a Londres pensando en que me despedía de una etapa de mi vida y empezaba una nueva que no guardaría relación con la anterior, con aquella tragedia que creía dejar definitivamente atrás y con todo lo que había conducido a ella. Quería reinventarme, ser otro, recuperar una inocencia que sólo podía resultar un engaño, una impostura.

5

El levante ha dado una tregua y la gente aprovecha para ocupar la playa en sus extremos, al abrigo del faro y en Zahora, donde se agrupan las sombrillas rojas del chiringuito. Aquí en La Aceitera apenas hay nadie, los muretes que la gente levanta con piedras para defenderse del viento son hoy inservibles y unos cuantos nudistas protagonizan la escena adánica y vulgar de los sexos al sol. Yo también estoy desnudo, tumbado sobre el pareo con el que después habré de cubrirme para volver a casa, sin pudor por mi incipiente barriga, por la ruina de mis cuarenta y siete años. Me he quedado tan solo que veo doble y hablo conmigo por dos. Bajo a la playa por la mañana temprano y a última hora de la tarde o cuando el viento lo permite, como ahora, ya casi mediodía. Desde que vine aquí a escribir esta historia, creo que no he cruzado una palabra con nadie.

Cuando mira uno atrás y ha vivido lo bastante, asombra lo elementales que son las reglas del juego de la vida y con qué ingenuidad lo jugamos sin embargo, otorgándole un misterio que sólo está en nuestra imaginación. El miedo y el dinero, eso explica todo. La cobardía y la codicia provienen al cabo de un mismo egoísmo, jugamos a ser gente sin muchos escrúpulos y, cuando llegó la hora, se demostró que no teníamos ninguno. Ahora soy un hombre muy distinto del joven que hacía nudismo en esta misma playa o poco más allá, en las calas de Los Caños o en Zahara, al final de los Alemanes, con un cuerpo flexible y delgado, hace quince, veinte años. Distinto también del hombre que volvió a Londres hace once, dejando atrás la juventud como una piel de serpiente, dispuesto a iniciar una nueva vida, deseando en vano ser otro, al tiempo que era incapaz de comprender lo mucho que había cambiado y en qué me había convertido.

Abandoné los paseos por los jardines y traté de centrarme en escribir una novela al tiempo que acompañaba a Elisa en sus múltiples actividades sociales. Me sentía un

renacido e iba a todas partes con una sonrisa beatífica en la cara: entregar aquel dinero me había redimido a mis propios ojos y pensaba en mis compañeros con virtuosa indignación mientras gastaba sin mayor escrúpulo la parte que me había quedado. Todo aquello no era sino una fuga, una evasión, pretendía alejarme de un hombre que ya no era y emprendí una huida hacia ninguna parte. De pronto empecé a escribir varias páginas al día y me mostraba más suelto entre los amigos de Elisa, fotógrafos, pintores, escritores, con los que mantenía conversaciones étlicas hasta altas horas de la madrugada. Nos acompañaba un permanente olor a marihuana, porque entre mis propósitos de enmienda ese no llegó a figurar más que unos breves días y Elisa era una fumadora entusiasta. Mi inglés mejoró sustancialmente y poco a poco dejé de sentirme un visitante y de prestar atención a edificios, parques y museos para convertirme en un londinense más, otro expatriado. Todas las noches había sitios a los que ir y todos los días mil cosas que hacer, aunque ninguna de provecho.

Procuraba reservar las mañanas para la escritura. Escribía sobrio, con la excepción de un té verde muy cargado, al contrario que en Sevilla, donde lo hacía de noche buscando la inspiración en el hachís. Me volví correcto donde antes era anárquico: si antes escribía lo que acababa de oír por las calles, en los bares, ahora buscaba mi alimento en los libros y aquellas frases mías que habían sido indóciles y sucias pero vivas se volvieron agradables y limpias pero muertas, como un encaje de piedra sobre una tumba. Hasta entonces había escrito por intuición verbal, como si fuera un médium del lenguaje que me rodeaba, dejándome llevar por la exageración y la truculencia para componer mis historias. Y mi metamorfosis en un escritor «serio» o, por decirlo de mejor manera, mi intento de convertirme en un autor racional, determinado, resultó un fiasco. Estaba (y estoy) muy lejos de ser un Flaubert. Podía haberme dado cuenta a los cuatro días, pero tardé cuatro años.

Elisa lo supo mucho antes. La suya fue una decepción prolongada, acumulativa, que empezó minando su confianza en mí como escritor para abarcar todo el conjunto de mi persona. Ella era vital, enérgica, se había enamorado de un joven descarado y brillante, de un buscavidas con talento, pero yo no era ya nada de eso: en un santiamén había pasado de joven promesa a vieja gloria y mi osadía juvenil desapareció en aquellos días de pánico y vergüenza. Se había hecho añicos la imagen que tenía de mí mismo y no sabía recomponerla más que tratando de pintar los trozos de rosa. Durante cinco años arrastramos aquella situación, lo que tardó en acabarse el dinero que nos mantuvo unidos

mientras duró por conveniencia y comodidad. Al final, convivíamos como buenos vecinos, salvo cuando recordábamos que éramos amantes, lo que sólo servía para hacernos sufrir. Elisa era una mujer estupenda y creo que me quería de verdad, al menos al principio, lo cierto es que yo nunca la quise, no de ese modo que transforma y conmueve. Ella fue una muleta en la que me apoyé para no venirme abajo por completo. Ella creía que llevaba en volandas a un dios... hasta que el peso hizo que se diera cuenta de que soportaba a un inválido.

Por entonces me hice amigo de Marcus, un jamaicano que nos hizo una estantería. Marcus era un carpintero rasta que merecía el nombre de ebanista por lo bien que trabajaba la madera, pero su clientela se veía muy disminuida porque su aspecto desaliñado inspiraba poca confianza y sólo podía trabajar fumando grandes canutos de hierba. Marcus tenía un taller que le servía también de domicilio, en Raven Row, donde me instalé provisionalmente tras separarme de Elisa. Lo convencí de que se especializara en muebles para libros, no sólo librerías, que requerían ir a casa del cliente y otros engorros, también atriles, facistoles, anaqueles de mesa situados sobre un eje, ruedas de libros, marcapáginas en láminas de madera y otros muchos ingenios que buscaba en la galería de imágenes del Museo Británico. También le ayudaba en el taller y me dedicaba a vender por las tiendas. Llevaba un catálogo con fotografías y también algunas muestras en una maleta, marcapáginas, estuches de madera liviana para regalos y nuestra estrella de ventas, un atril plegable con asas para ponerlo en los brazos del sillón. Entraba en todas las librerías, galerías o tiendas de regalo que encontraba para ofrecer nuestros productos y trabajos a medida. Peinaba las distintas zonas de Londres sistemáticamente, en metro y a pie, calle a calle. Lo que vendía era original y por primera vez en mi vida fui insistente. No tardamos en hacernos con una clientela. Marcus tenía manos de artista y, como otros carpinteros, alma de filósofo. A él le gustaba estar en su taller, trabajando y escuchando música, le resultaba angustioso el trato con los clientes, así que le venía de perlas tener un socio como yo, necesitado de actividad, de ocuparse en algo. Aquella era la primera vez que trabajaba en mi vida y tenía cuarenta y dos años.

Aquel empeño me ayudó a recuperar la cordura, tiré a la basura aquella novela pedante y dejé de esforzarme en escribir y de considerarme un escritor. Había purgado mi culpa durante años de negación de la realidad y volví a mi ser, no al que era ni al que

había fingido para soportarme sino al de un hombre ya maduro y pateado por la vida que intentaba salir adelante. Llevaba una existencia afanosa y plácida, como suele ocurrir en Inglaterra. Cada vez teníamos mejores clientes, tiendas de más fuste y encargos más especializados, así que en pocos meses pude mudarme a un cómodo apartamento cerca del taller, para dejar sitio a Luisa Amalia o, sencillamente, Marly, la novia venezolana que se había echado Marcus gracias a nuestras conversaciones en español y cuyas conmociones sexuales hacían temblar el edificio.

Retomé la afición por los jardines para llenar el ocio de los fines de semana. Soy muy mal fotógrafo, pero llevaba una cámara y un cuaderno en el que apuntaba cualquier sensación, cualquier pensamiento que me pasara por la mente. Y de ese modo empezaron a venirme palabras nuevas a la mano, sin yo buscarlas, y empezó a gestarse un libro. No había olvidado lo sucedido en Zahara, pero ya no era un agujón. A menudo me preguntaba qué habría sido de aquella muchacha, de Ana María, y en más de una ocasión estuve tentado de llamar a Arce para preguntarle por ella, pero no lo hice.

En diciembre de 2003 murió mi padre. Fue algo repentino, un infarto. Volé a Sevilla lo más rápido que pude y me quedé hasta después de Navidades. Creo que sentí menos su muerte, natural, a una edad avanzada, que la de aquel muchacho. Más que causarme dolor, la muerte de mi padre me entristeció, no por él, que había vivido feliz por haber sabido no extralimitar sus expectativas, sino por mí, por mi definitiva madurez: yo era el siguiente en el frente de las generaciones, en primera línea de fuego. Al funeral acudió mucha gente, rostros envejecidos que no veía desde hacía años, antiguas amistades y enemistades. Teresa y Julián acudieron cada uno por su lado o eso me pareció. No habíamos vuelto a vernos en todos esos años. Teresa me abrazó y derramó unas lagrimitas, emocionada por volver a verme, eso me dijo. Estaba cambiada, más gruesa, aunque lo llevaba bien por su altura. Bajo el cariño superficial, vi recelo en sus ojos o tal vez sólo lo imaginé. Se movía con lentitud, muy consciente de sí misma y de los murmullos que levantaba a su paso. A Teresa la acompañaba su antiguo amante, el senador socialista ya enviudado y que ahora era su pareja oficiosa, porque no se habían molestado en casarse. A su sombra, ella aún se las apañaba para mantenerse como una joven promesa y aparecía a menudo en los periódicos y en televisión, pero yo podía percibir hasta qué punto había envejecido su mirada, opaca, vuelta hacia sí misma. Me mantuve correcto, pero no amistoso, de hecho noté con asombro que aunque en mi

fue interno me había convencido de que era estúpido guardarles rencor, su presencia me resultaba profundamente desagradable y me costó un auténtico esfuerzo adoptar una expresión cortés. Me retuvo unos instantes, estrechando el abrazo, como si quisiera recuperarme, pero se apartó de mí al notar mi frialdad dirigiéndome una furtiva mirada de reproche antes de correr su turno en la cola del pésame. Con Julián me pasó lo mismo poco después, pero él no hizo amago de abrazarme, me tendió la mano y yo se la estreché, no tenía motivos para hacer otra cosa, pero me repugnaba su contacto, la ostentación de su riqueza, patente hasta en un momento así, su cateto Rolex de oro, su traje oscuro demasiado caro, el acabado general de triunfador con el que se mostraba al mundo. Julián estaba considerablemente más gordo, siempre había sido chaparro y se le notaban más los kilos, pero conservaba la expresión osada y saludable. Se disculpó en nombre de Federico, quien estaba fuera de Sevilla y no había podido acudir. No se emocionó, me dijo que lo sentía y que se alegraba de verme después de tanto tiempo. Si buscaba mi complicidad, no la encontró y se despidió con una sonrisa burlona, como diciendo: «¿Dónde quedaron tus escrúpulos? Te haces la víctima y eres el peor de todos».

A Arce, en cambio, me alegró verlo y, aunque apenas pudimos hablar entonces, quedamos para el día siguiente. Acudí a la cita con más curiosidad que otra cosa. Deseaba saber qué había sido de aquella muchacha, en qué había empleado el dinero, pero no quería preguntarlo de sopetón. Arce me puso al tanto de los cotilleos literarios, de las vicisitudes de amigos comunes y yo esperaba el momento adecuado disimulando lo poco que me interesaban aquellas noticias. De pronto, pasó a la crónica política y me comentó que había visto a Teresa en el funeral, «tu amiga de Zahara», dijo acompañando sus palabras con una mirada significativa que no supe bien a qué atribuir, quizá a que suponía que era un ligue de aquel verano. «Un valor en alza, pero es de las que suben pisoteando cabezas con zapatos de tacón», añadió. Me eché a reír, más por nervios que por otra cosa.

–Sí, no me extraña. La verdad es que ahora tenemos poco contacto. Oye, ahora que has dicho Zahara, he recordado aquella muchacha, la de la última vez que hablamos.

–Tienes buena memoria, de eso hace ya no sé cuántos años. ¿Cómo te va en Londres, Andrés?

¿Había un tono sobrentendido en esa alusión a la memoria? ¿Y por qué se salía por la

tangente con lo de Londres? Sin saber adónde quería llevarme, le respondí que bien y le di detalles, de mi trabajo, que le pareció prodigioso, del piso que acababa de estrenar.

–Verás, esa muchacha por la que me preguntas, Ana María, ha estudiado Bellas Artes estos años y acaba de irse a Londres con una beca.

Abrí la boca y la cerré moviendo la cabeza, absolutamente desconcertado. No sé por qué pensaba que habría estudiado Magisterio o Graduado Social, algo así, que ejercería en algún pueblo, y tal vez la tenía a cuatro pasos de casa. Podía cruzarme con ella por la calle sin reconocerla.

–Eso... Eso está muy bien –acerté a decir por toda respuesta–. Y ¿cómo...?

–Es una historia que no sé si debo contarte, porque ella me hizo prometer que jamás se lo diríamos a nadie, pero ahora... creo que ya no importa.

–Puedes contarme lo que sea, Diego. Yo no...

–Lo sé, lo sé. Pero creo que tienes un interés literario en el asunto, por algo se te debe de haber quedado en la mente, ¿no?

No podía decirle que la literatura no tenía nada que ver con mi interés y tuve que contemporizar.

–En principio te confieso que sí. Toda aquella historia que me contaste, lo que salió en el periódico, y ella, tal como la describiste... me pareció un buen tema para una novela y le di algunas vueltas, pero he abandonado la literatura, ahora sólo escribo sobre jardines, así que ya es sólo, bueno, curiosidad.

–Lo que mató al gato. A mí me pasa casi al contrario, me acerqué a esa familia por interés humano, porque su historia me conmovió, pero ahora, como sólo puedo tantearla con la imaginación, estoy pensando escribirla como una novela.

Le dirigí una mirada de interrogación sin tapujos, ¿estaba jugando conmigo? Él, sin embargo, no se lo tomó de ese modo.

–No te pongas celoso, no lo haré –prosiguió–. ¿Y sabes por qué? Porque soy una persona poco imaginativa, confío en los hechos, demasiado, y si no los tengo...

–No, no son celos –sonreí aliviado–, no creo que yo la escriba tampoco. Prefiero escribir sobre flores y plantas o estatuas, también son hechos y mejor conocidos.

–Bien, de todos modos no te dejaré con la intriga.

Yo no se lo había pedido. Ya me había dicho cuanto necesitaba saber, que aquella joven a la que le habíamos destrozado la vida había logrado salir adelante, pero él quería contarlo y no pude impedirselo.

–Un día, hará seis o siete años... –se detuvo, como si de pronto reparara en algo que acababa de pensar–, coincidiendo precisamente con tu última visita... –y me miró a punto de caerse del guindo, pero no lo hizo, debió de parecerle inimaginable–. Pues alguien llamó a la puerta de la casa de Zahara donde Ana María vivía con su madre, dejó una bolsa con diez millones de pesetas y se fue antes de que pudieran verlo. Era parte del botín por el robo que condujo a la muerte de su hermano y una prueba de que quienes lo habían cometido un año antes no eran de una banda rival, unos delincuentes, sino gente que se lo había encontrado por casualidad, tal vez unos veraneantes.

Hizo otra pausa, yo era uno de esos veraneantes. Arce tenía delante la solución del enigma y vi en sus ojos que aquella posibilidad aparecía por primera vez en su mente como algo factible, pero era sólo una suposición que no podía comprobar, una sospecha con la que sólo podría ofenderme, así que él no dijo nada y fui yo quien rompí el silencio.

–Podría haber sido yo mismo –dije con naturalidad, sonriendo– o cualquier otro de los miles que había en ese momento en Zahara. También hay que tener valor para una cosa así, yo no habría sido capaz.

Lo dije con toda la sinceridad de un mentiroso, porque era cierto que nunca lo habría hecho solo, tampoco los otros: esas son cosas que se hacen en grupo, diluyendo en el conjunto la responsabilidad de cada uno, dándose ese valor que te ves obligado a mostrar ante los demás y que no tienes ante ti mismo.

Él también sonrió, como bromeando por las dudas que acababa de concebir sobre mí, incluso aliviado de no tener que pensar eso de alguien que consideraba un amigo, pero yo sabía que la sospecha había arraigado en su mente. Siempre lo había tenido delante, y habiéndolo ya entrevistado...

–Sí, podrías haber sido tú... No te creo capaz de una locura tan grande, pero sí de sentir arrepentimiento y tratar de paliarlo de algún modo. Estoy seguro, sin embargo, de que no habrías sido tan rácano. Le dejaron diez millones de los cien que por lo visto valía el alijo, un diez por ciento es lo que costó lavar una conciencia, o varias, por la muerte de un joven, casi un niño.

–La verdad es que es muy poco –dije con tristeza por la mezquindad de todo aquello–. Sin duda se trataba... de unos miserables. Y, en cualquier caso, ¿ese dinero sirvió para algo? –pregunté agarrándome a aquel clavo ardiendo.

–Bueno, se podría decir que sí, que sirvió para algo. Desde luego no evitó que la

madre muriera a los pocos meses. Se murió de pena, creo yo, y también por no convertirse en una carga que impidiera volar a su hija, como esas personas que más que por una enfermedad se van porque saben que deben irse. La casa se vendió, pero casi todo se lo quedó el banco, aún no estaba pagada la hipoteca, y con lo que quedó y la limosna de los ladrones, ella pudo trasladarse a estudiar a Sevilla.

–¿No tiene más familia? –pregunté, aunque sabía que mientras menos supiera de ella más fácil sería olvidarla.

–No. Bueno, una tía que vive en Barcelona y a la que no ve desde hace quince años. Pero lo lleva bien, es independiente, tiene carácter.

–Si no fuera precisamente por eso, por la edad, diría que estás colado por ella.

Esas palabras eran una pequeña maldad, pero se lo tomó bien.

–Y lo estoy, pero emocionalmente, no la miro como a una mujer, más bien como a una hermana menor o una sobrina. Quizá por autoprotección, no creas. Son demasiados años. Me preocupo por ella y la aconsejo en lo que puedo. Le gusta mucho leer y a veces escribe algún poema, sobre todo dibuja y pinta muy bien. Tiene un don. La beca no es de mucha cuantía, prácticamente le cubre el curso y poco más, pero estaba decidida a irse a Londres, porque aunque tenga que trabajar media jornada, es mejor que quedarse aquí con una beca más cómoda o preparándose una oposición. Es valiente, sabe que tiene que enfrentarse sola a la vida. No es una chica muy alegre, es más bien taciturna, le da muchas vueltas a las cosas, pero eso poco importa, porque cuando sonrío, luce el sol.

Volví a verla caminando por la calle con la cesta de la compra, una chica de pueblo, con ropas modestas y gafas, más guapa que fea, pero sin nada destacable. ¿Cuánto habría cambiado? La voz de Arce me sustrajo de esa visión con unas palabras que me desconcertaron por completo.

–Quiere conocerte.

–¿Cómo? –exclamé, aunque quería decir por qué.

–Leyó tu novela y le gustó mucho, le dije que te conocía y que vivías en Londres, así que ahora que va para allá, me preguntó si podría quedar contigo o pasarse a verte. En realidad, cuando falleció tu padre, estaba pensando en llamarte, por comentártelo y, no sé, quizá puedas echarle una mano en esa ciudad que no conoce, en caso de que lo necesite. Aunque no sé si quieres recibir admiradoras.

–Hace mucho que no recibo a ninguna –le dije para contemporizar. No sabía qué

contestarle. Traté de eludir la cuestión, no quería conocerla porque eso significaría mentirle y ese era un trago por el que no quería pasar—. Me temo que no soy ya el tipo que escribió esa novela. Seguro que la defraudaría.

No permitió que fuera más allá en la negativa.

—Bueno, le daré tu teléfono y, si te llama, tú ya te entiendes con ella.

A eso no podía decir que no. De cualquier forma, no me faltarían excusas para esquivarla. Recibirla y que me ofreciera su admiración o su amistad me parecía un ejercicio de cinismo para el que no me sentía con fuerzas. La conversación derivó felizmente hacia el nuevo periódico de la ciudad, en el que Arce trabajaba desde hacía un año. Ahí podían abrirse oportunidades para mí, eso me dijo, y me animó a visitarlo al día siguiente para presentarme al director, pero no fui. Me quedé hasta Nochebuena para pasarla con mi madre y la familia cada vez más numerosa de mi única hermana. Después volví a Londres.

6

Durante semanas oí con aprensión el teléfono y no respondía antes de haber fabricado alguna excusa (un súbito viaje, un enclaustramiento total), por si se trataba de ella, pero nunca era ella. Acabé por contestar con ansiedad deseando que llamara. Después recobré la cordura y me sentí aliviado. Por último, con el paso de los días y el comienzo de la primavera, relegué aquella amenaza que podía volverse tentación y si bien no llegué a olvidarla, sí la metí debajo de la alfombra para no verla. Desde mi separación de Elisa, sólo había mantenido relaciones esporádicas, evitando cualquier continuidad, pero en aquellos días empecé a salir con Michelle, una amiga de Marly, la novia de Marcus. Íbamos los cuatro al parque los domingos y salíamos viernes y sábado por la noche. ¡Deliciosa Michelle! Sólo le gustaba follar, bailar y tomar el sol. Según ella el clima inglés no predisponía a ninguna de las tres cosas y había que adoptar una actitud militante al respecto. Había que aprovechar cada rayito... La amistad de Marly y de Marcus y esas tres aficiones era lo único que teníamos en común. Bien es verdad que la primera en buena parte y la segunda por completo las renové gracias a ella. Hacerle el amor era agotador y exultante, nunca he tenido entre mis brazos una amante más ansiosa y más dulce. Sin bailar llevaba una década, desde lo de Zahara más o menos, aunque antes me gustaba mucho, y gracias a Michelle el baile volvió a ser para mí una liberación muscular y espiritual y limpió resortes de mi organismo paralizados desde entonces. Michelle era caribeña, antillana, hacía collares y zarcillos de piedras semipreciosas que vendía en puestos de Portobello, Camden y otros mercadillos. Solíamos vernos en mi casa, ella tenía alquilado un apartamento diminuto que compartía con una amiga. Hablaba mucho, parloteando sin sentido y sin esperar respuesta por mi parte. Para ella la poesía se reducía a la letra de las canciones y quizá tuviera razón. Leer tenía que ser estupendo, me decía, pero le resultaba absolutamente imposible estar tanto tiempo quieta y se admiraba de que yo me pasara así, sin más, horas y horas. Los museos, por supuesto,

estaban llenos de cosas muertas y, en el cine, sólo soportaba comedias, cuanto más tontas mejor, en las que sus risas contagiaban la sala, o melodramas en los que se echaba a llorar a moco tendido. Me gustaba estar con ella, entrar en trance bailando juntos, que me calentara la cama mientras yo revisaba mis notas sobre jardines, despertar a su lado las noches en que se quedaba a dormir. Tenía diez años menos que yo. Creo que esperaba que la invitara a mudarse conmigo y estaba dispuesto a hacerlo, pero no quería precipitarme, estaba demasiado acostumbrado a mi comodidad de solitario.

Ana María llamó a mediados de mayo. Me quedé tan sorprendido que al principio no acertaba a comprender quién era. Su voz juvenil, femenina pero ronca como la de un muchacho, me dejó confuso y tuvo que repetirme dos veces el nombre de Arce. Balbucí alguna palabra de reconocimiento, mientras ella me decía que mi novela era una de sus preferidas y que mi amistad con Arce... Hablaba con determinación, sin titubeos. Le dije que sí, que Arce me había hablado de ella, y tosí para disimular el temblor de mi voz, añadí que estaba resfriado, en previsión de que me solicitara un encuentro inmediato, pero no lo hizo. Se alojaba en una residencia en Nothing Hill que sufragaba su beca. Se iba haciendo a la ciudad y al idioma. Tenía mucho interés en conocerme, aseguró, y cuando le di largas con diversos pretextos, lo aceptó sin problemas al tiempo que le quitaba importancia, como dando por hecho que de un modo u otro tendríamos que encontrarnos. Casi todo lo dijo ella, con un extraño aplomo. Colgué tras alguna expresión de cortesía, dejándolo todo en el aire. Tenía que evitarla, eso era lo mejor. La idea de recibir su admiración sólo podría avergonzarme, aquella voz aún adolescente, dijera lo que dijese, me recordaría que yo era un canalla. Y más aún si se comportaba conmigo con la ingenua devoción con que miramos a los escritores cuando somos jóvenes. ¿Cómo aceptar eso de la hermana del hombre que dejé matar? Tenía que olvidar aquello, definitivamente, y me prometí ser descortés, desagradable incluso, la próxima vez que llamara, convencido de que lo haría. Aquella seguridad en su voz indicaba que era una chica tozuda.

Por entonces los blogs acababan de hacer su aparición, algo que yo ignoraba porque aunque tenía ordenador y conexión, eso que llamaban navegar por Internet me parecía aburrido. Una de mis clientas, sin embargo, era una internauta apasionada. Grace tenía una tienda de artículos de jardinería y le hacíamos un tipo de mueble entre estantería y

aparador, con cajoncitos, donde podían ponerse tanto libros como guardar semillas o colgar las tijeras de podar. Solía enseñarle las fotografías que tomaba de los jardines de Londres y le traducí los textos que las acompañaban, pues yo los escribía en español. Grace era una mujer de unos cincuenta años, regordeta y sonriente como un hada madrina, toda entusiasmo y generosidad. Le gustaban mucho mis reflexiones y hasta las fotografías y yo le pedía ayuda a menudo para identificar flores y arbustos que me resultaban desconocidos. No dejaba de insistirme en lo interesantes que eran los blogs y en que yo debía tener uno. Cuando alegué mi torpeza ante las pantallas y mi escasa disposición para pasarme horas ante ellas, se ofreció a hacerlo ella misma, siempre que le proporcionara los textos también en inglés. No me gustaba traducirme a mí mismo, pues mis notas eran más literarias que informativas, pero acabé cediendo a su insistencia y creó un rudimentario blog patrocinado por su establecimiento.

Jardines de Londres tuvo un éxito inmediato, las bitácoras eran un fenómeno reciente, iniciaban su expansión, y había un público ávido de participar en aquella novedad. Las visitas se contaban por miles y generaban todo tipo de comentarios y hasta subieron las ventas de la tienda. De todos modos, eso ocurría sin afectarme ni alterar mi rutina: todas las semanas «hacía» un jardín, pero a menudo volvía a los que más me habían gustado, a mis preferidos, para verlos desde otro punto de vista. Podía hacerlo desde la perspectiva de uno de los árboles del lugar o narrando las historias, en algunos casos verdaderas y en otros imaginadas, de los bancos dedicados a la memoria de seres queridos. También adoptaba la voz de viajeros de distintos países, gentes que veía en esos mismos jardines y a los que inventaba una biografía. No había método alguno, tampoco un recorrido.

Por aquellos días de primavera estaba fascinado por mi último descubrimiento, un pequeño jardín privado llamado Phoenix Garden, un increíble remanso silvestre junto a una de las calles más concurridas de Londres, Charing Cross. Allí no se podía entrar con drogas ni con perros, rezaba un cartel a la entrada. Tampoco se usaban pesticidas, sólo abonos naturales, algo evidente en el zumbido de toda clase de insectos y en el aroma denso, meloso del aire. Había escrito ya en dos ocasiones sobre ese jardín pero no lo había desentrañado por completo y seguía volviendo a él siempre que visitaba las librerías de la zona. A pesar de ser pequeño estaba admirablemente dispuesto para que ofreciera un trazado sinuoso y ramificado que desembocaba en un montículo verde bajo

el que había un banco de madera oculto a la vista en el que podías tumbarte como si estuvieras en medio del campo, rodeado sin embargo por millones de personas.

Un día que fui a Blackwell para ver los libros de una editorial, para mí desconocida, que nos había ofrecido publicar el blog en su catálogo, pasé al Phoenix, extasiado ante la luminosidad de una de esas mañanas que, por ser tan raras en esa ciudad, resultan sublimes. Recorrí todo el trazado atento a los cambios desde mi última visita y, cuando llegué al final, al escondido banco que consideraba mío, lo encontré ocupado por una joven con el pelo recogido en una boina que leía absorta un libro. Nunca había encontrado a nadie en ese banco y me extrañó, también me desagradó, aunque componía una hermosa estampa: la lectora. Iba a darme la vuelta y sentarme en otro sitio del jardín cuando pensé que podía escribir sobre ella en una especie de homenaje a todas las personas que en cuanto hace un poco de buen tiempo salen con sus libros a leer bajo el sol y, en lugar de irme, me senté a su lado.

Quien lea estas líneas ya sabrá que era Ana María, pero a mí ni se me pasó por la cabeza. Habían pasado varias semanas desde su llamada y mi inquietud se había disipado. Tampoco era realmente consciente de que mis vagabundeos por Londres se habían convertido en un asunto público. Yo estaba muy lejos de suponer que aquel encuentro no era casual. Trataba de atisbar el título que leía cuando me miró dirigiéndome una sonrisa burlona y me sentí pillado en falta. Era joven, guapa y supongo que debí de mirarla con la sonrisa boba que se nos pone a los hombres en esos casos.

—Por fin nos conocemos —me dijo en español sin abandonar la sonrisa, pero la mía se me borró de la cara porque supe al instante quién era. Por su voz más que por su aspecto: ya no llevaba gafas y la niña triste de la fotografía del periódico, a la que vi durante unos segundos ante la puerta de su casa un año más tarde, estaba oculta tras la apariencia de una joven llena de vida que se echó a reír con desenfado al ver cómo había cambiado mi expresión del arrobado al desconcierto en un segundo.

—Perdona que me ría, pero es que... tu cara. No quería... Perdona, soy Ana María, la amiga de Arce.

Además de asustado, me sentí ridículo, sonreí como pude mientras trataba de recomponerme.

—Ah, sí, sí, claro, me habló de ti. Es que... no esperaba que me hablaras en español y así de pronto me has pillado por sorpresa.

No sabía qué disculpa ofrecer a mi extraña reacción. Se me ocurrió eso porque era

verdad. Detecto a los españoles a la legua y los evito siempre que puedo, pero ella no lo parecía, podía ser de cualquier parte, es decir, de Londres: Ana María era una londinense más con el pelo negro apareciendo en rizos bajo la boina y la piel blanca, como de cera, un abrigo azul con botones blancos, una bufanda naranja.

–Sí, como llevo aquí ya unos meses, me he mimetizado con el ambiente.

–Ya, ya veo... Y qué casualidad, ¿no? –quería aparentar desenvoltura y no podía estar más torpe. Hasta se me trababa la lengua, pero lo que me dijo me dejó sin habla.

–De casualidad, nada. El otro día me pareció que eras un escritor huidizo, pero yo no estaba dispuesta a que te escaparas y he seguido tu rastro hasta encontrarte.

–¿Mi... rastro?

–Pues claro, si ha sido muy fácil. Tan sólo he tenido que leer tu blog. Y esperarte en tu lugar favorito.

–¿Y por qué has hecho eso?

–Bueno, me gustó mucho tu novela y eres amigo de Arce, vives aquí en Londres, como yo ahora; además veraneabas en mi pueblo, ¿no? Ya sabes lo chica que es Zahara, seguro que nuestros caminos se han cruzado alguna vez, ¿no crees? Sentía curiosidad por todo eso y no me rindo fácilmente.

La alusión a Zahara no me hizo dar un respingo, pero casi. ¿Se trataba de alguna especie de mensaje? ¿O no era sino lo que parecía, una muchacha aficionada a los libros que deseaba conocer a un escritor? De todos modos, qué más me daba, nada tenía que perder, ni la vergüenza, o quizás sólo eso.

–Me temo que te has tomado muchas molestias para nada.

–No, qué va. Este sitio me encanta. Vengo a diario desde hace una semana.

–No me digas. Creo que voy a defraudar tanto interés.

–Yo estoy segura de que no. Antes no lo estaba, pero después de verte... Me resultas, no sé..., familiar, como si ya nos conociéramos. ¿Crees que puede una fiarse de las apariencias?

–No, no lo creo, y menos en este caso.

–¿Y eso por qué?

–No sé qué apariencia tengo, pero seguro que es falsa. En cuanto escritor, al menos.

–Yo en cambio creo que como escritor eres transparente. Puede que en tu vida haya un misterio, al fin y al cabo todo el mundo los tiene, pero en tu escritura no.

¿Estaba jugando conmigo? ¿Por qué decía que nos conocíamos? ¿Por qué hablaba de

un misterio en mi vida? Mientras tanto sonreía animada, disfrutando de llevar la iniciativa, obviamente encantada de haber escapado del pueblecito marinero de los cojones y estar allí, en el vórtice de millones de acontecimientos, tratando de tú a tú a un escritor que le llevaba veinte años.

—¿Algún misterio en mi vida? —dije—. Sí, claro que sí, secretos, alguno habrá. ¿Por qué dices que mi escritura es transparente?

—Por lo repentina. Tanto tu novela como lo que escribes ahora tomando como pretexto los jardines son instantáneas, creaciones del momento en las que no hay previsión ni cálculo alguno. Tus personajes llegan, se van y llegan otros, pero ninguno concluye la historia que cuenta. Todo sigue en un presente desde el que no se puede tomar perspectiva para percibirlo en conjunto, con sus hilos hacia el pasado y el futuro. Es en ese sentido en el que digo que es transparente, sincero.

Desde luego no tenía un pelo de tonta, ese era mi mayor problema como escritor precisamente: siempre que trataba de ampliar el campo, el encanto de escribir se evaporaba como un perfume y sólo quedaba un trabajo agotador e ingrato para el que no me sentía capacitado.

—Sí —reconocí—, así es, más o menos, pero tal como lo has dicho, no sé si es un elogio o una crítica.

—Bueno, las dos cosas, la vida no es en blanco y negro, ¿no te parece?

—Según, según qué vida. ¿Y tú, qué me dices de ti? No vamos a hablar sólo de mí.

Me resultaba atractiva e inquietante, como si, en efecto, supiera de mí tanto o más que yo de ella, pero eso era imposible. De cualquier modo, Ana María estaba dispuesta a sorprenderme.

—No sé... ¿Recuerdas tu novela, el principio de tu novela? Seguro que sí. Yo también, me lo sé de memoria: «Yo no creo en Dios —dijo Cristino—. ¿Sabes por qué? Porque Él no cree en mí».

Me gustó oír aquellas palabras ya casi olvidadas en su voz fresca y ronca, de hecho me emocioné, pero no comprendía qué tenía que ver eso con ella.

—Yo soy como ese Cristino en el que Dios no cree, como esos a los que Dios no mira con ese único ojo que es el de la riqueza, la fama, la felicidad, esa luz que te distingue y te salva. Como los sin suerte que siguen adelante sin creer en ese Dios ingrato, creyendo sólo en ellos mismos y sólo a veces. Yo no creo en un mundo en el que sólo soy una sombra, pero tengo que vivir en él.

–A la sombra quizá se viva mejor, sin que ningún Dios te mire.

–Bueno, en eso estamos.

Seguimos hablando un buen rato. Estudiaba en el Saint Martins College of Art, en King's Road, un lugar magnífico por lo que contaba y donde estaba aprendiendo mucho. La beca le cubría el importe del máster y el alojamiento, así que los fines de semana trabajaba de refuerzo en un *pub*, pero no me dijo por dónde. Debía de vivir como los pajarillos, de agua. El libro que tenía en las manos era una colección de relatos de un autor italiano, Dino Buzzati. Le dije que de ese autor había leído *El desierto de los tártaros*, pero no los relatos e insistió en prestármelo y, aunque me negué, insistió de modo que acabé aceptándolo, con la promesa explícita de volver a vernos para devolvérselo. La aprensión que sentía hacia ella se había disipado a pesar de las alusiones equívocas que creía haber entrevisto en sus palabras y que no atribuí sino a mi paranoia. Lo cierto es que deseaba verla de nuevo.

Se fue dejándome a solas en el jardín con una sensación agridulce, con un vacío en la boca del estómago. Volví a casa con el libro en el bolsillo del abrigo. Durante el resto del día estuve distraído, no dejaba de pensar en ella, de recordar nuestra conversación. Michelle notó mi retraimiento, hizo mil diabluras para animarme... y lo consiguió.

A la mañana siguiente me levanté de buen humor, me sentía limpio, fresco. Michelle se había quedado a dormir y reposaba entre dormida y despierta a mi lado. Le gustaba remolonear en la cama, le costaba despertarse y abandonar el «lindo mundo de los sueños», en su propia expresión. Michelle era hermosa, con pestañas grandes y piel color café con leche. Le di un beso en la mejilla y trató de atraparme, pero me zafé, no quería perder un minuto del día que comenzaba. Hacía tiempo que no me sentía tan bien y sabía por qué era, la conversación con Ana María me había convencido de que algo al menos había salido bien de todo aquello, que el dolor que había causado se había paliado en parte al ayudar a aquella joven que poseía un talento fuera de lo común. Me sentía redimido, al fin mi cuenta estaba saldada, o eso creí aquella mañana grisácea y feliz y también los días que siguieron. Michelle notó mi cambio de ánimo, eso la complacía porque yo estaba más alegre, mejor dispuesto, pero al tiempo sabía que la causa no era ella y eso la inquietaba.

Yo deseaba que Ana María llamara de nuevo, pensaba a menudo en qué estaría haciendo, dónde se encontraría. Quería volver a verla, ya no la temía o, mejor dicho, ya no me temía a mí mismo. Ella nunca sabría el papel terrible que había jugado en su vida. Tampoco que el dinero que le había permitido llegar hasta allí era la expresión de mi arrepentimiento. Todo al fin y al cabo era ya agua pasada, de nada serviría contarle la verdad y negarle mi amistad era una cobardía mayor que engañarla. Al fin llamó, a las dos semanas más o menos, y me preguntó si ya había leído el libro. Lo cierto es que lo había olvidado tras dejarlo sobre mi mesa y traté de disimularlo, pero me pilló la mentira. No eran muchas páginas, así que me comprometí a leerlo aquella misma tarde y quedamos en que nos veríamos al día siguiente en el Phoenix Garden, en nuestro rincón.

El libro se llamaba *Los siete mensajeros y otros relatos*. Tenía un marcapáginas en el

comienzo de uno de ellos, no me había fijado hasta entonces. Me pregunté si sería casual o me estaba señalando ese relato en concreto. De todas formas, decidí empezar por ahí en vez de por el principio. El cuento se llamaba «La chaqueta embrujada» y fue el único que leí. No podía ser casualidad, el marcapáginas estaba puesto a propósito, quería que lo leyera, por eso había insistido. Trataba de un hombre que compra una chaqueta de la que puede sacar un billete cada vez que mete la mano en el bolsillo y no importa cuántas veces meta la mano, siempre encuentra un billete, pero ese dinero «milagroso» tiene un coste: cada vez que saca dinero y en la misma cuantía en que lo hace, se produce un robo, acontece una ruina, se comete un crimen, catástrofes tanto mayores cuanto lo son las cantidades que saca de la chaqueta. A él no le afectan, sin embargo, sólo es el beneficiario indiferente de esa fortuna labrada en la desgracia ajena.

¿Cómo no reconocerme en ese personaje? ¿No era eso lo que yo había hecho? Lo sabía, ignoraba cómo podía haberlo averiguado, pero ella lo sabía, y ese relato era su manera de decírmelo. Las alusiones que me inquietaban en nuestra conversación eran todas ciertas: Zahara, un misterio en mi vida... Sí que había estado jugando conmigo, pero ¿por qué? Ana María era muy lista, aquel relato era su manera de abofetearme sin poner la mano, de herirme con un puñal más afilado que cualquier reproche, pero también de hacerme saber que me comprendía más allá del odio y el desprecio que debía inspirarle.

El protagonista del cuento decide quemar al final la chaqueta diabólica, satisfecho con lo que ya tiene y aterrado por las consecuencias de continuar. Cuando le está prendiendo fuego, oye una voz a su espalda: «Demasiado tarde, demasiado tarde» y con la chaqueta desaparece el dinero y todo lo que obtuvo con él y todo lo que hasta entonces había tenido. Se queda sin nada, en la ruina, más escarmentado que sabio. También eso me había pasado a mí: aquella riqueza manchada de sangre había sido mi ruina moral durante años. ¿Debía de pensar que con aquel relato llegaba la acusación y el perdón al mismo tiempo, aunque fuera «demasiado tarde»? ¿Cuál era su mensaje y qué quería, si es que quería algo?

Aquella noche le dije a Michelle que prefería estar solo, no estaba de humor para otra cosa. La pasé fumando y bebiendo, escuchando música triste, deshojando la margarita de mi vida cuyo último pétalo decía que no, que ya era tarde. Tarde tal vez incluso para confesar, aunque era lo único que podía hacer, lo que le debía más que ninguna otra cosa

y, en cualquier caso, con lo único que podía pagarle. Aunque de poco serviría pasados tantos años. ¿Y Arce, lo sabría también? Pensé en Teresa, en Federico, en Julián, tan ajenos, tan seguros de haberlo dejado todo atrás, tan satisfechos de haberse salido con la suya. No dejaba de evocar a Ana María, de representármela en la memoria, oyéndola hablar, reír con el hombre que sabía responsable de la muerte de su hermano, buscando a toro pasado un doble sentido a sus palabras. ¿Qué quería en realidad? ¿Por qué no me había escupido directamente a la cara? En algún momento me quedé tan profundamente dormido que no me desperté hasta una hora antes de nuestra cita. Se me pasó por la cabeza no acudir, dejarlo correr y mandar el libro por correo, quizá con una carta, pero sabía que ella no se conformaría con eso, ni yo tampoco.

Cuando salí a la calle, caía la pertinaz llovizna londinense, mi rostro resultaba taciturno y gris hasta para el metro, tan atestado a esas horas que llegué unos minutos tarde. Apenas había una o dos personas en el Phoenix, la lluvia había cesado, al menos de momento, pero aún flotaba en el aire del jardín como un rocío y dejaba en el ápice de las hojas gotas que se resistían a caer, con forma de lágrimas. Me esperaba en nuestro rincón, estaba de espaldas, con la misma boina y la misma bufanda de la vez anterior, pero llevaba una gabardina negra en lugar del abrigo. Sobre el banco había extendido un periódico gratuito para poder sentarse evitando la madera mojada.

En realidad, tenía poco que decirle: para las mentiras hacen falta muchos circunloquios, a la verdad le bastan pocas palabras. Se volvió hacia mí y me saludó con un gesto, sus ojos me miraron serios y en sus labios había una sonrisa entre el reconocimiento y el sarcasmo.

–¿Qué te ha parecido el libro? –me preguntó mientras se sentaba sobre el periódico.

Aquella pregunta era una burla, pero su tono era amistoso, como si quisiera quitarle hierro al asunto. Le contesté que sólo había leído un cuento, el relato que ella quería que leyera.

–¿Desde cuándo lo sabes? –le pregunté sin rodeos.

–Desde aquel día. Yo volvía de la plaza hecha polvo. Quería morirme. Te vi de lejos, estabas sentado medio de espaldas en el bar, podía ver tu perfil, hojeando el periódico. Una buena camisa, las piernas cruzadas, pertenecías a ese mundo de riqueza y cultura del que yo estaba excluida y que contemplaba envidiosa cada verano. Me pareciste guapo, por eso no quise volver la cara al pasar frente a ti, pero sentí tu mirada siguiendo cada uno de mis pasos. Cuando llegué a la puerta, me volví y te miré, tú no me habías

quitado el ojo de encima, tenso, y desviaste la mirada. Después, cuando oí el timbre y encontré el dinero, supe que habías sido tú. ¿Quién si no? Me asomé con la bolsa en la mano y ya no estabas en el bar. Aquel día rezaba para que ocurriera algo que me sacara de aquella vida miserable, ni siquiera sabía qué, porque no veía ninguna salida. Y entonces... Lo primero que pensé fue que eras un ángel, pero después caí en la cuenta de que sólo podías ser un diablo, un diablo al que le quedaba un poquito de conciencia. Lo cierto es que aquel dinero cambió mi vida. Sin él, no sé qué habría sido de mí.

Recordaba ese momento en que me miró, aquel día de principios de verano, no lo había olvidado, pero nunca pensé que ella pudiera recordarlo.

—Claro que no sabía quién eras. No le conté a nadie que te había visto, ni a mi madre ni a Arce. Tres años después, cuando ya mi madre había muerto y yo estaba estudiando en Sevilla, Arce me regaló tu novela, presumiendo de conocer al autor y allí, en la contracubierta, estaba tu foto. Te reconocí al instante pero no le dije nada: él te aprecia y esto tenía que ser entre tú y yo. Estaba segura de que acabaría conociéndote.

—Muy bien. Aquí me tienes. ¿Qué es lo que quieres?

—La verdad. ¿Qué voy a querer? ¿Dinero? ¿Temes eso?

Ni se me había pasado por la cabeza.

—No, no es algo que tema, quizá porque no lo tengo.

—Porque ya no lo tienes, quieres decir, porque te lo has gastado.

—Sí, pero no era tanto como tú supones. Yo sólo tenía una cuarta parte.

Asintió como si no le sorprendiera.

—Arce siempre decía que no podía haberlo hecho una sola persona. Demasiados kilos, demasiado atrevimiento. Nunca supimos lo que pasó. En aquellos días horribles habría dado cualquier cosa por tener una respuesta.

La verdad... ¿Qué otra cosa podía darle?

—Fuimos cuatro. Nos lo encontramos por casualidad. Nos lo llevamos por travesura, si se puede emplear esa palabra infantil para un acto como ese... O por juego, más que por interés, sin pensar que aquel robo podría tener consecuencias para nadie. De todos modos, a los dos días ya teníamos comprador, uno de nosotros disponía de esos contactos. Iban a darnos mucho dinero, más de lo que habíamos pensado, en realidad no lo habíamos pensado, al menos yo no. Un día o dos antes de que vinieran a comprarnos el alijo, leí en el periódico lo del secuestro de tu hermano. No hicimos nada, creo que es inútil referir lo que hablamos, lo que... No hicimos nada, por miedo, por interés... Ya qué

importa. Nos convencimos de que todo se arreglaría, vendimos el hachís y nos repartimos el dinero.

—¿Cuánto?

Me sorprendió su pregunta, pero era justa: la cantidad agravaba la infamia en cada billete, como en el cuento de la chaqueta.

—Ochenta millones de pesetas, unos quinientos mil euros de hoy. Lo repartimos equitativamente, veinte para cada uno. Y después, al día siguiente, nos enteramos de la muerte de tu hermano. Y tampoco hicimos nada, porque nuestro robo se había convertido en un crimen y ya no había vuelta atrás. Huimos... y creo que desde entonces he seguido huyendo.

—¿Y por qué volviste un año más tarde para dejarnos aquella... indemnización? ¿Debo llamarla así?

—Sí, con sarcasmo incluido. Habíamos quedado en hacer llegar a tu familia parte del dinero, como compensación, sí, antes de saber que el final sería tan trágico. Y también acordamos dejar pasar un año para que se aquietara un poco todo, para correr menos riesgos. No volvimos a hablar del asunto, ni de nada en realidad, pero yo volví al año para cumplir con nuestro trato. Ellos no quisieron poner su parte, dos millones cada uno, y por eso... por eso fui yo.

—Pero dejaste diez, no ocho.

—Sí, dejé la mitad de lo que me había correspondido. No pude, no quise renunciar a la otra mitad, aunque debería haberlo hecho, tú la has aprovechado mejor que yo. A mí me pasó como al de la chaqueta. Esa es la verdad.

Se quedó pensativa unos minutos. El zumbido de los insectos, incansables en el aire húmedo, se confundía con el ruido en sordina del tráfico.

—No, esa no es la verdad —dijo al fin—, sólo es un resumen. Eso es una sinopsis, sólo la trama. La verdad es otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí, la verdad es más honda, más completa, la verdad es decirlo todo, contarlo. Lo que te pido, lo que te exijo a cambio del daño que nos causaste es que lo escribas con nombres y apellidos, de verdad, con todo lo que pasó, lo que dijisteis y lo que hicisteis cada uno. Y lo que ha hecho cada uno después. Quiero saber si ellos, tus cómplices, esa mujer que sé por Arce que te acompañaba aquel verano... quiero saber si han quemado

la chaqueta como tú o si siguen sacando dinero. No pagaron entonces, pero quiero que ahora por lo menos paguen con la vergüenza.

Permanecí callado, no quería remover o revivir todos aquellos sentimientos dañinos, quería un punto final, no un punto y seguido ni un punto y aparte. Podía decirle que no, sencillamente. Ya le había dicho la verdad, no tenía por qué perjudicarme haciéndola pública, ignoraba qué problemas legales podrían derivarse de aquello a pesar de los años transcurridos. Una cosa era confesar ante ella y otra muy distinta hacerlo ante un juez. Notó mi reticencia, pero no me presionó. Había empezado a lloviznar de nuevo sin que ninguno nos diéramos cuenta. El jardín respiraba a nuestro alrededor con mil sonidos tenues.

—¿Sabes lo que pensé al leer ese cuento, además de en ti? —prosiguió ante mi silencio, indiferente a la lluvia que mojaba sus mejillas con gotas diminutas como cabezas de alfiler, realzando su expresión emocionada, ávida—. Que sacamos dinero de la chaqueta cada vez que lo hacemos de un cajero. Y no podemos evitarlo, eso es lo terrible, por eso no te guardo rencor.

—Lo he lamentado siempre, desde entonces, lo he lamentado todos los días. Te lo juro. Esa es la verdad.

—Lo sé. Lo supe al verte el otro día, no tenías el aspecto que luce un triunfador, no parecías ser un cínico. Si no hubieras sentido remordimiento, no habrías dejado el dinero. La muerte de mi hermano es lo que me ha permitido llegar aquí. Así de puta es la vida. No nos llevábamos bien. Francisco era inculto, machista, violento. Mi madre siempre se ponía de su parte. No me di cuenta de que lo quería hasta que pasó aquello. Y es curioso, pero... si nada hubiera sucedido, tal vez a mí me habría ido peor. De alguna manera, yo también he acabado beneficiándome de su muerte.

—No debes pensar de ese modo, habrías hecho tu vida de cualquier forma. Fuimos otros los que nos aprovechamos de aquella desgracia, no tú.

—¿Hacer mi vida, con un hermano traficante de droga, una madre enferma, en un pueblo de dos mil habitantes y sin un duro? Sí, tal vez... Por entonces tenía un novio que ahora es pescadero. Pude llevar el dinero a la Guardia Civil, contarle lo del hombre sentado en el bar, seguro que habrían dado contigo, pero no lo hice porque temía que lo decomisaran y yo lo necesitaba para escapar de aquella perra vida. Eso pesó más que averiguar lo que había pasado, más que la justicia o la venganza. De esa manera me convertiste en tu cómplice. Llevamos años compartiendo este secreto.

–¿Cómplices? –exclamé sorprendido–. Jamás lo habría mirado de esa manera. Tú deberías odiarme.

–Nunca te he odiado, o quizá sí, un poco, cuando supe quién eras, que vivías aquí, libre, rico, al menos a los ojos de un pobre, pero es difícil odiar a alguien a quien al mismo tiempo estás agradecida y por eso traté de comprenderte, para no tener que odiarte.

Aquello me arrancó una sonrisa, triste, pero una sonrisa. Había pensado tanto en ella, en su mirada de incomprensión en aquella fotografía del periódico, más allá del dolor, con ojos agrandados por el espanto. Esos mismos ojos que me miraban ahora sin patetismo, más serios que tristes, pensativos, en los que el dolor había dejado paso a una irónica amargura pero en los que la pena aún brillaba como un rescoldo sepultado bajo el hielo. Me conmovieron sus palabras porque suponían un perdón que anhelaba hacía mucho, pero aún más me conmovió aquella mirada serena en su rostro juvenil lleno de vida que entraba en mi alma para despertar ese nudo del corazón donde se mezclan la culpa, la protección y el deseo.

–Con el cuento tuve la sensación de que me acusabas y me absolvías al mismo tiempo –le dije en una afirmación que era una pregunta.

–Esa era mi intención, pero en realidad yo no puedo acusarte ni absolverte, sólo tú puedes hacerlo. Una cosa y la otra son la misma. Sólo cuando lo cuentes quemarás de verdad la chaqueta.

–Y entonces lo perderé todo.

–Creí que ya lo habías perdido.

–Podría ir a la cárcel. Esa confesión que me pides sólo tendría sentido ante un juez.

–No. No pretendo que nadie vaya a la cárcel, ni acudir a la justicia ni poner una denuncia... Ya hace mucho tiempo y todo habrá prescrito. Nunca he hablado con un abogado ni pienso hacerlo. Lo que quiero es que se sepa, que se haga público. Hazlo como creas que debes hacerlo, pero hazlo. Te lo debes a ti mismo y me lo debes a mí, como yo se lo debo a mi hermano, a mi madre. ¿O es que no quieres delatar a tus amigos?

–No. Hace mucho que no lo son. La verdad es que los detesto. De sobra se lo merecen.

–Me alegra que digas eso. Tú no eres así, siempre lo he sabido. ¿Lo harás? ¿Estarás de mi lado? ¿Estarás contra ellos?

No podía negarme. No podía decirle que no mirándola a la cara y en aquel instante comprendí que tampoco deseaba hacerlo. No importaba cuántos problemas me trajera.

–Lo haré. Tendrás que darme tiempo, pero lo haré.

Acababa de sellar un pacto que no sabía si podría cumplir y vi destellar en sus ojos una expresión de triunfo.

–Es lo justo –dijo–, lo justo.

–No sé dónde leí que sólo es justo lo que conduce a algún bien. Esperemos que sea así. Oye, no sé si te has dado cuenta, pero estamos chorreando.

La lluvia me había empapado el pelo y me bajaba por la cara. A ella la protegía algo la boina, pero tenía el rostro, con las mejillas rojas por la excitación, como bañado en un caudal de lágrimas. Sin embargo, se echó a reír al reparar en nuestro aspecto y recordé que Arce decía que su risa era luminosa y tenía razón: yo también me eché a reír, contagiado por su repentina alegría.

–Ni me había dado cuenta de que llovía –dijo apartándose el agua de la frente sin dejar de reír. Después se aproximó, su cara estaba a un centímetro de la mía–. Si esto te sirve de algo, te perdono de todo corazón –y entonces, con sus labios mojados, besó mis labios.

8

Se fue tras darme aquel único beso, dejándome en la boca un sabor agridulce porque supe desde el primer momento que con aquel beso santificado por la lluvia me ligaba a su designio con más fuerza que un pacto de sangre. A pesar de que mi razón lo rechazaba, aquel sabor me acompañó el resto del día y se infiltró en mi sueño como un enemigo que toma un castillo por una puerta vendida. Mi voluntad inició entonces un combate contra el deseo en las que tenía todas las de perder, porque al apetito por su juventud se sumaba, y en mayor medida, el nudo emocional que nos ataba y que había condicionado decisivamente tanto su vida como la mía. Con ella compartía lo que jamás había compartido con nadie, éramos cómplices, en efecto, y con el cuento de la chaqueta había calado en lo más hondo de mi ser. ¿En qué ojos sino en los suyos podría mirarme para verme completo sin sentir vergüenza, con toda mi sucia y anhelante humanidad? Mirar y aceptar la verdad de otra persona como te miras y te aceptas tú mismo, ¿no es eso lo que deseamos, no es eso el amor? Ese amor sólo ella podía dármelo. No su perdón, su amor, sólo eso supondría una auténtica redención para mí. No podía renunciar a lo que me ofrecía en aquel beso, aunque traté de hacerlo, horrorizado ante la posibilidad de una relación con aquella víctima de mi cobardía a la que le llevaba más de veinte años y estaba tan fascinado al mismo tiempo que lo que más temía es que todo fuera una artimaña por su parte, una manera de obligarme a lo que me exigía más segura que cualquier coacción. ¿Por qué lo hacía? Tal vez a esa pregunta contestó mi vanidad.

No podía dejar de pensar en ella, de considerar sus motivos, de recordar nuestra conversación. Cerraba los ojos para sentir de nuevo el sabor de aquel beso. Trataba de ponerme en su lugar, de verla como ella se veía, más que una víctima, una beneficiaria de aquella tragedia, aun en contra de su voluntad. En todo momento esperaba una llamada que se demoró dos semanas, al límite de lo soportable. Ni siquiera en el trabajo, cuyos afanes habían sosegado tanto mi espíritu, lograba escapar a su influencia y hasta el

flemático Marcus notó mi despiste. Mucho más, claro, lo notaba Michelle, a quien esquivaba con pretextos tan poco convincentes para ella como para mí.

Me atormentaba también la promesa que había contraído, unida sin remedio a la que Ana María había dejado en mis labios. Dudaba si consultar primero a un abogado, si acudir a la policía o a la prensa, un momento me dominaba la tentación de darle largas al asunto dilatándolo a la española y al minuto me acometía la urgencia de resolverlo cuanto antes. Deseaba denunciar a mis antiguos amigos, cuya impunidad me resultaba repugnante, mucho más, claro, que la mía, y al tiempo me preguntaba si tenía derecho a hacerlo pasados tantos años, si no haría con una delación tan tardía más daño que justicia. Y además no me gustaba el papel de traidor, aunque estuviera más que justificado, y temía su respuesta, pues no ignoraba que habían seguido ascendiendo puestos en la política y la economía y que lanzarían un torrente de injurias y denuncias contra mí. Eso si no conseguían silenciarme presionando a los medios.

La primavera dejaba paso entre tanto al pálido verano británico, Michelle me abrazaba los pocos momentos que pasaba a mi lado temiendo perderme, percibía la sombra de otra mujer, decía que me habían hecho vudú. Tenía pocos años más que Ana María, eran bellezas muy distintas, Michelle era más carnal. Cualquiera hombre habría dado saltos de júbilo con una mujer así en la cama, pero yo no era cualquier hombre, nadie lo es. A veces lograba sacarme de mi murria, me arrastraba a bailar, me hacía reír, me hacía el amor, pero a la mañana siguiente encontraba a su lado un ser apático y desconocido.

La voz de Ana María al teléfono me sorprendió de nuevo, aunque llevaba dos semanas esperándola, como si supiera elegir el momento en que pillarme desprevenido. Quedamos de nuevo en el Phoenix, pero con el buen tiempo el pequeño jardín se había llenado de gente y nos sentamos en el césped del cercano St Giles in the Fields, bajo la mirada indiferente de unos vagabundos. Evitamos ambos referirnos a nuestro drama particular, por un acuerdo espontáneo y tácito que nos permitió hablar de otras cosas, de Londres, que a ella le gustaba tanto como a mí, de un libro, una «biografía» de la ciudad, escrita por Peter Ackroyd, de la que me servía a menudo para el blog y que ella estaba leyendo aquellos días. De otros libros, de la fatuidad y la necesidad del arte, de los gustos de cada uno, pero sin entrar en nada demasiado personal. Hablamos y caminamos desde St Giles hasta Covent Garden. Ella me abrazó y yo me atreví a buscar sus labios sin que

me los negara. Se me entregaba sin condiciones explícitas, pero a sabiendas de que aquel vínculo sería más poderoso que cualquier otro. Acabamos en mi casa entre susurros o con esas medias palabras incoherentes que pronuncias cuando te acucia el deseo. No permití que hiciera nada y ella me dejó hacer, tal vez intimidada y excitada, como yo mismo, por aquel extraño incesto entre verdugo y víctima en el que tan fácilmente se podían cambiar los papeles.

Su cuerpo delgado, frágil, de líneas imprecisas como si no estuviera acabado todavía, reaccionaba inexperto y trémulo a las caricias de mis dedos, de mis labios. Cuando entré en ella, exhaló un gemido que llevó al paroxismo mi ternura y se aferró a mí con las piernas, con los brazos, arañándome la espalda, mordiéndome el cuello.

Después, mientras reposaba en la cama, confundido y exhausto, se levantó para inspeccionar mis libros, en un acto tan íntimo como el que acabábamos de ejecutar porque ella no ignoraba que eran las páginas de mi alma las que abría en mi biblioteca. Desnuda, al contraluz de la tarde que se marchaba a otros cielos, leía en voz alta frases subrayadas y olvidadas hacía días, meses o años que sonaban en su voz ronca y fresca con una nueva vida, como si acabaran de nacer y sólo hubieran existido para ese momento. También revolvió mis cosas, como si todo lo que había allí y yo mismo fuéramos suyos. Dejé que hiciera lo que quisiera y me levanté para poner música y servir dos copas de vino, aunque ella prefería cerveza. Leyó la carta que había dejado por descuido abierta sobre la mesa de estudio.

La había recibido por la mañana. La carta era lo que me tenía distraído cuando ella me llamó. La editorial concretaba su oferta para publicar *Jardines de Londres*. Me abonarían un generoso anticipo, al menos para lo habitual en España, pero querían otro tipo de ilustración, no las fotografías del blog, condición muy razonable. Proponían dibujos que participaran del espíritu del texto, hechos también a vuelapluma, y añadían los nombres de varios ilustradores e indicaciones para consultar su obra en la web. A mí me gustaba la idea siempre que el ilustrador, fuera el que fuese, trabajara a partir de las fotografías o los textos sin necesidad de importunarme.

–Yo puedo hacerlo –dijo Ana María–. Dibujo bien y he leído todo lo que llevas publicado en el blog, he visitado todos los jardines que mencionas... bueno, quizá me falte alguno.

Sonrió y me hizo sonreír. Ya me había dicho que llevaba tiempo siguiendo mis pasos y sólo podía atribuirlo a una obsesión enfermiza, como la que yo también sentía por ella.

Había adquirido tal ascendiente sobre mí que me parecía normal que se tomara aquellas libertades. Recordé que Arce me había dicho que tenía un don y por algo le habrían dado la beca. Decidí ponerla a prueba y le pedí que dibujara un boceto del Phoenix. Se puso seria, me lanzó una mirada insondable, como esa mirada fija que te dirige un niño pequeño desde su carrito o en brazos de su madre, que no sabes de dónde viene, una mirada sin origen, como la de un alienígena. Después cogió un bolígrafo y un folio y se sentó en el suelo junto a la ventana para aprovechar el último rescoldo de luz.

Dibujó de memoria un detalle, el banco que, semioculto entre la yedra está consagrado a la memoria de Oscar Moore, que vivió de 1960 a 1996. Lo trazó en perspectiva, con la yedra oscura en primer plano, logrando dar la sensación de que alguien estaba allí sentado y acababa de irse o estaba a punto de llegar. Para el libro sería una ilustración excelente porque el texto aludía al banco y, de hecho, en él la memoria de Oscar Moore y el espíritu de aquel jardín iban unidos, se le adjudicaba incluso una inventada biografía. Lo importante es que su dibujo acertaba a evocar esa invitación al descanso, aceptada por tantos, que es la base de esa costumbre de dedicar bancos en jardines y plazas a la memoria de seres queridos, tanto más reconfortante y práctica que el descanso eterno de las lápidas. Si yo hubiera tenido que escoger un motivo para ilustrar el Phoenix, habría sido precisamente ese, por encima incluso del lugar donde solía sentarme, donde la había encontrado.

Miraba por la ventana mientras yo examinaba el dibujo, con una expresión soñadora, como si atisbara un horizonte que no estaba en este mundo. Si no me hubiese enamorado de ella antes, lo habría hecho en ese momento.

No quiso quedarse a dormir, tenía una cita, no me dijo con quién, quizá con otro hombre, alguien de su edad, pero me prometió que en unos días volveríamos a vernos y que me traería más dibujos, en buen papel, a lápiz, para que los llevara a la editorial. Antes de irse, mientras se vestía despreocupada de lo que había sucedido entre nosotros, me preguntó si había tomado una decisión. Le dije que sí, pero en realidad la tomé en ese mismo momento. Le prometí que viajaría a Sevilla para hablar con Arce y me sinceraría con él para que contara la historia en su periódico y le pusiera punto y final dando así respuesta a sus preguntas de entonces, ya hacía diez años. No me importaba a qué pudiera conducir aquello. Lo haría aunque me costara la cárcel. Me abrazó al oírme pronunciar esa promesa. «Hazlo como quieras, pero hazlo», me dijo, y después dejó

reposar un momento su cabeza en mi pecho. Se fue, dejando en ese mismo lugar un vacío que no pude llenar en los días siguientes.

Ni siquiera con Michelle, ni siquiera teniéndola en mis brazos, en mi cama, dos noches más tarde. No nos separamos de una manera abrupta, no hubo drama. Dejó de llamarme cuando constató que yo había dejado de llamarla, que nunca se mudaría conmigo y podría abandonar el diminuto apartamento que compartía con una amiga. El cuarteto que formábamos con Marly y Marcus se rompió, se fueron al garete nuestras salidas de los sábados y aquello acabó por indisponerme con mi socio. Aquel fue un proceso lento que no concluyó sino a mi vuelta de España, pasado el verano.

Ana volvió a los pocos días. Apareció en casa, sin necesidad de que quedáramos antes en alguna otra parte. Traía estampas de distintos jardines y todas eran magníficas, captaban con fidelidad el espíritu de cada texto, la atmósfera de cada lugar y, al mismo tiempo, añadían algo indefinible que no estaba antes pero que ya formaba parte indisoluble del conjunto. Me juré a mí mismo que el libro no se publicaría más que con aquellas ilustraciones.

Aquella noche sí se quedó a dormir y al día siguiente me acompañó a presentar sus bocetos a la editorial. Iba preparado para encontrar cierta resistencia, pero la calidad de los dibujos hizo su defensa innecesaria. Gustaron mucho y el diseñador del libro se interesó por los estudios de Ana María en el Saint Martins y le vaticinó un gran futuro. La directora de la editorial, una mujer madura que nos abrumó con esa cortesía británica fría y empalagosa como un merengue helado, fue de la misma opinión y avanzó que no tenían mucho presupuesto para ilustración, aliviada por lo que se ahorraría contratando a una artista desconocida. Las pupilas le brillaban cuando examinaba los bocetos. Confiaba tanto en la capacidad de ventas de *Jardines de Londres* que estaba impaciente por publicarlo y le agradó que Ana María asegurara que no tardaría ni dos meses en concluir todas las ilustraciones. Se dedicaría en cuerpo y alma, su máster podía esperar, pues de todos modos no era sino un pretexto para vivir en Londres, aunque fuera con lo mínimo. Tras su cortesía, la editora no dejó de observarnos con interés profesional y se mostró convencida de que el libro se beneficiaría de nuestra complicidad evidente. Al parecer, no podíamos disimular el vínculo que nos unía. Firmé el contrato en esa misma visita y Ana hizo lo propio con el suyo unos días más tarde. Le daban también un adelanto y el resto

a la entrega del material. No se trataba de gran cosa, pero aquel era el primer dinero que ganaba en su vida.

Ana estaba radiante y la llevaba de mi brazo orgulloso de su belleza y su juventud. Insensiblemente fue quedándose en casa y acabó instalándose de manera permanente, o casi, porque desaparecía los fines de semana, no quería perder el trabajo en aquel *pub* del que jamás me dio la dirección. Nunca me dijo adónde iba ni yo se lo pregunté. Estaba encantado con su presencia cotidiana en mi casa, con las horas que pasábamos hablando o los silencios en que simplemente la observaba trabajar, volcada sobre el bloc de dibujo. Además, aquello era lo más conveniente para el libro porque la ayudaba que visitáramos juntos los jardines: Postman's Park, Riverside, Bunhill Fields, Queen Square y tantos otros. Quería saber dónde me había sentado en cada uno de esos lugares, qué había hecho más allá de lo que contaba en el texto o que evocara de viva voz a la gente a la que había descrito en el papel. Luego prefería que la dejara sola, algo de agradecer porque así yo podía dedicar algún tiempo al trabajo. Tenía a nuestros clientes, en realidad más de Marcus que míos, cada día más descuidados. También tenía que preparar los textos para su publicación, aunque eso no era gran cosa, puesto que no pensaba modificar nada, ya que se publicaría solo en inglés a partir de las traducciones del blog.

Fueron días en que casi olvidé la razón por la que estábamos juntos. Sobre Londres se derramaba un sol mediterráneo y recorríamos la ciudad de jardín en jardín como en el juego de la oca. Aquellos eternos paseos duraron todo el mes de junio, hasta que una noche, el mismo día en que había entregado los textos definitivos a la editorial, cenando en casa, me preguntó que cuándo pensaba ir a Sevilla. Lo hizo bruscamente, sin andarse con rodeos, dando por hecho que de no ser por mi promesa de confesar lo que había ocurrido y delatar a mis cómplices, ella y yo no estaríamos allí cenando a la luz de las velas.

—¿Vendrás conmigo? —al instante me arrepentí de haberle hecho esa pregunta. No debía inmiscuirlo en aquello, no debía exponerla.

—No —me dijo tranquilamente—, no creo que convenga y, además, tengo que acabar los dibujos, ya sólo quedan veinte días para entregarlos. Y creo que si vas a hablar con Arce es mejor que yo no esté presente. Os conocéis desde hace mucho, debéis arreglarlo entre vosotros.

—¿De verdad que él no sabe nada?

–Por mí no –respondió–, pero después de haber hablado contigo en Sevilla me dijo que se le había pasado por la cabeza que podías estar implicado en el caso, lo dijo riéndose, como si fuera una tontería, porque todo encajaba, tus vacaciones en Zahara aquel verano y luego tu llegada de Londres al año siguiente, también lo del dinero, pero era para él algo impensable y lo atribuía sólo a coincidencias.

–¿Y no se lo contaste entonces?

–No. Ya estaba aquí, pero yo aún no te conocía y prefería hablar primero contigo. Te corresponde a ti contarle lo que hiciste.

Yo había visto germinar esa sospecha en la mente de Arce, aunque se negara a darle crédito. Seguro que cuando se lo contara, no se sorprendería demasiado.

–¿Sabe lo nuestro? –le pregunté. Eso me incomodaba tanto o más que confesar mi antiguo crimen. Sabía lo protector que era con ella y dudaba mucho de que aprobara aquella relación en la que sólo vería una canallada por mi parte.

–No. Hace un mes que no hablo con él. Le dije que te había conocido y que nos habíamos entendido muy bien. Nada más.

No sería un encuentro agradable, pero comprendí que debía afrontarlo cuanto antes, esa misma semana. De nada serviría postergarlo y algo me dijo en su actitud que ella no lo consentiría. No habría más aplazamientos, tenía que ir, cumplir con lo que había prometido y completar mi expiación, sólo así podría volver redimido a sus brazos.

Al día siguiente saqué un billete de avión, le dejé las llaves de casa para que completara allí el trabajo y el jueves ya estaba en Sevilla. El PSOE había ganado hacía año y medio las elecciones, aunque en Andalucía no había llegado a perderlas nunca. Si antes España iba bien, ahora parecía que iba aún mejor. El aeropuerto estaba lleno, pero no de extranjeros sino de sevillanos, porque eran muchos más los vuelos que salían que los que llegaban, cosa antes rara en un mes de vacaciones. Desde el taxi que me llevaba al deshabitado piso de mis padres, que mi hermana se obstinaba en vender por una fortuna sin que de momento hubiera encontrado comprador, la ciudad parecía pujante como nunca. Había obras de todas clases y por todas partes, parecía que a todo el mundo le había dado por restaurar y vender y comprar todas las casas al mismo tiempo. El taxista comentó lo que estaban subiendo los precios de la vivienda, pero no con pena sino con un indisimulado orgullo. Hacía poco había adquirido un apartamento en la playa y ya valía casi el doble de lo que había pagado por él.

9

La plaza del Salvador estaba a rebosar, el caluroso julio había empezado con una temperatura casi primaveral para Sevilla, treinta y tantos grados, y las velas levantadas para el Corpus sobre altos postes de madera daban una sombra benéfica a los centenares de bebedores de cerveza situados bajo palio. Era un mediodía de sábado y se notaba el relajo del fin de semana en la efervescencia de la muchedumbre. Todo igual que siempre, familiar y al mismo tiempo ajeno. Yo era ya un extraño. Antes habría saludado a no menos de veinte o treinta personas y habría ido de unos grupos a otros fumando pitillos y bebiendo cañas hasta coger un buen punto (o uno malo) e irme a dormir la siesta a las cuatro o las cinco de la tarde. Yo habría sido uno más de los que en aquel momento reían a carcajadas, planeaban irse a la playa, se convidaban a cerveza o manzanilla, se felicitaban, contaban chistes en los que brillaba entre aspavientos, como una bengala, el hiperbólico humor andaluz, pero tras once años de ausencia no conocía absolutamente a nadie y nadie parecía conocerme a mí. Esperé paciente mi turno entre la gente que se apelotonaba ante las minúsculas bodeguitas y pedí una manzanilla para saborearla anónimo y solitario entre tantos corros de amigos, como si su sabor frío y salado equivaliera a la magdalena de Proust y pudiese hacerme revivir todas las copas que había tomado en tardes felices pasadas en aquella misma plaza. Eché de menos un porro, de hachís, no de marihuana, que llevaba años sin probar, como la manzanilla, pero ya no era el tío que llevaba siempre una «postura» encima. Logré situarme al lado de un naranjo, frente a la iglesia de mayestática fachada rosa y ocre. La multitud estaba en continuo movimiento, idas y venidas al bar, gente que pasaba en fila india zigzagueando entre los corrillos, hombres y mujeres que buscaban a alguien y a cada momento se ponían de puntillas tratando de ver sobre las cabezas, todo con un ritmo muy ensayado de pacífica bulla.

Había quedado con Arce en media hora, pero no allí, donde con tanta gente habríamos

tardado en encontrarnos, sino en la taberna Entre Cárceles, al doblar la esquina. Pensaba invitarlo a comer para poner una distancia «civilizada» entre nosotros, dado lo que tenía que contarle. Quería hacerlo, no estaba nervioso ni especialmente avergonzado, deseaba que él fuera el cronista fiel de lo que había ocurrido, entregarle por fin la historia completa. Me detuve en la plaza del Salvador para hacer tiempo y porque llevaba dos días recorriendo la ciudad, a medias como un extranjero que la viera por primera vez, a medias como un anciano que regresara al lugar de su infancia, y aquella era una parada obligada. Saboreé a sorbos mi copa con la sensación agri dulce de no ser nadie en aquella feliz congregación, de no tener ya un papel en aquella comedia. Poco podía importarme lo que se dijera allí de mí, donde ni siquiera me quedaba ya familia, porque desde la muerte de mi padre, mi madre vivía con mi hermana en Algeciras. Aún me alojaba en mi cuarto de siempre, en el piso familiar, ahora vacío, pero ya estaba en venta. La próxima vez que volviera a Sevilla, tendría que quedarme en un hotel.

En los paseos que daba, echaba de menos la ciudad en la que había crecido a fines de los setenta, mucho más decadente, también más loca, con la Alameda llena de putas y viejos delincuentes mezclados con los yonquis, camellos en todas las esquinas, palacios abandonados, derruidos, como en Palermo, vendedores nocturnos de tabaco y condones, como la Chester, aquel travesti gordo y pintarrajeado que se instalaba con su puesto en un carrillo de mano durante toda la noche en pleno centro, en la plaza de la Campana, ángel de la guarda que también vendía papelillos. ¿Qué habrá sido de él? Ahora todo me parecía más convencional, menos auténtico, la ciudad era más próspera pero menos distinguida, más bonita y menos hermosa, completamente entregada al tópico de su perenne alegría, descartado ya cualquier asomo de melancolía becqueriana, aunque las golondrinas seguían llenando la tarde con sus chillidos como en ningún otro lugar. Ahora se disputaban a golpe de talonario con cifras exorbitantes las mismas casas que entonces nadie quería, abandonadas a los gatos, los chorizos y los poetas en ciernes, que solían ir juntos. Y, aunque no eran cosas para echar de menos, añoraba en la ciudad del siglo XXI aquellas ruinas elegíacas que eran las de mi juventud.

Volví en mí y apuré mi copa, aquellos pensamientos me habían recordado que tenía una misión. No me había convertido en un poeta, pero sí en un chorizo y había llegado la hora de decir la verdad. La hora de contar cómo jugando a ser canallas nos convertimos en canallas auténticos y nos fue bien...

Arce ya me esperaba y me saludó efusivo con un gran abrazo, completamente ajeno a la bomba que iba a soltarle. No me permitió que dijera nada, salvo que quería otra copa de manzanilla, tampoco que adoptara una actitud solemne que le hiciera comprender que aquella no era un cita común entre dos viejos amigos. Volvió al momento con dos copas y me hizo brindar por Ana María. Tras decirle que estaba en Sevilla y quedar con él, la había llamado y ella le había contado lo del libro y que estaba dibujando las ilustraciones. Estaba más contento por ella que si le hubieran dado a él algún premio periodístico o hubiese escrito una novela que se estuviera vendiendo como las de PérezReverte. No dejaba de repetir que era estupendo y de agradecérmelo y felicitar me por lo que a mí me tocaba.

–Ya me dijiste que escribías sobre jardines y, la verdad, me pareció que era una pamplina, pero ahora mira...

–Verás, Diego, yo...

–Pero cuéntame, cómo son los dibujos, los textos, estoy impaciente por verlos. He encontrado a Ana tan contenta, con lo que ha pasado esa chiquilla.

Esas palabras me emocionaron y me dieron ánimo. Eso era justo lo que quería, por esa felicidad estaba dispuesto a sacrificarme.

–Ya no es una chiquilla –pude meter baza al fin.

–No, claro que no.

–Oye, Diego –continué aprovechando que mi tono algo seco había logrado que se callara un momento y me dirigiese una mirada inquisitiva–, ¿por qué no nos vamos a comer a algún sitio tranquilo? Tengo que contarte una cosa.

Asintió poniéndose más serio y me lanzó una mirada sobrentendida que no supe interpretar. Pagó las copas y me llevó a un restaurante situado en el Arenal donde podíamos hablar sin que nos molestara nadie. Pedimos más manzanilla y Arce insistió en brindar de nuevo por *Jardines de Londres*, antes de mirarme expectante. Esa tercera copa, la fatal, como el tercer polvo en una relación, tras el que no puedes ya decir que sólo es sexo, límite tras el que sólo cabe la entrega a la borrachera y su correspondiente resaca, me había aturrido y titubeé con la mente en blanco, sin saber cómo comenzar.

–No es necesario que me des explicaciones, Andrés –dijo al notar mi indecisión. Lo miré perplejo, ¿de qué estaba hablando?

–No es necesario porque yo no soy quién –prosiguió ante mi mutismo– y, en cualquier caso, lo entiendo. No sé si me gusta, pero lo entiendo.

Comprendí que había adivinado justo aquello que pensaba ocultarle, que Ana María y yo estábamos liados.

–Ella... –balbucí.

–No, no me ha dicho nada, pero... de algún modo. Yo siempre la he mirado como la niña que conocí, pero tú la has conocido ya hecha una mujer y, aunque le llevas demasiados años, tú tienes diez menos que yo. En fin, ¿cómo no comprenderte?

Bajé la cabeza, agradecido y abochornado. Él, que la quería tanto o más que yo, era lo bastante generoso como para alegrarse por nosotros. Sería un trago aún más amargo de lo que suponía.

–Me alegro de oír eso, pero no es de lo que quiero hablarte.

Creo que me lo vio en la cara antes de oírmelo decir y en su rostro fue apareciendo la decepción paulatinamente, como un acíbar que tienes que tragar hasta la última gota.

–¿Recuerdas nuestra última conversación? –casi no tuve que decir más. Asintió moviendo la cabeza con una mueca triste, la que pone en la cara esa experiencia de la vida que se regodea siempre en contradecir nuestras ilusiones—. Acertaste –proseguí tras acabar la copa de un buen trago—. Aquel año alquilamos una casa en la ladera...

–Espera. ¿Por qué me cuentas esto ahora?

–Porque quiero que se sepa y porque se lo he prometido a ella.

–¿Ana María sabe...?

–Sí. Cuando la conocí, no pude ocultárselo... Quizá porque en el fondo no soy tan cínico –mentí.

No le dije que ella ya lo sabía antes. Le hice creer que mi confesión había salido de mí. En parte por cubrir a Ana María, que le había estado mintiendo durante tantos años, en parte por él, por ahorrarle esa decepción, y en parte por mí, por salir algo más favorecido.

–Lo sabe. Lo sabe y aun así...

Se está acostando contigo... No lo dijo, pero yo lo completé por él en mi pensamiento. Se había acostumbrado a verla como una niña, pero ella había dejado de serlo el mismo día en que murió su hermano.

–Nunca se acaba de conocer a una persona –dijo–, nunca. Y por más escéptico que uno se vuelva, siempre pasa algo que te hace ver lo ingenuo que eres. Perdona, voy a fumarme un cigarro a la puerta, necesito que me dé el aire.

Me quedé solo unos minutos, el camarero trajo una comida que apenas probaríamos y

le pedí la cuarta copa de manzanilla. Sentí la tentación de llamar a Ana, sólo por sentir su voz, pero lo reprimí, no quería que Arce sorprendiera nuestra conversación. Volvió al rato, ya no era el amigo de antes. Ahora tenía la expresión resuelta y ávida del cazador que ha olfateado la presa.

—Antes que nada tengo que decirte que publicaré lo que me cuentes aunque sea lo último que haga.

—Cuento con ello.

—Bien. ¿Has dicho que alquilasteis una casa? ¿Quiénes?

Casi silbó al escuchar los nombres. El de Teresa ya lo esperaba, pero los otros lo dejaron boquiabierto. Se lo conté todo sin que me interrumpiera en ningún momento, cómo nos llevamos el alijo, cómo supe del secuestro por el periódico, lo que hablamos, nuestro encuentro dos días más tarde, en compañía de Teresa, cuando le hicimos creer que yo tenía resaca, el dinero que nos dieron, el acuerdo al que llegamos de indemnizar a la familia, de considerarlo todo un accidente y cómo se negaron a cumplirlo un año después, sintiéndose ya a salvo. No me dejé nada en el tintero. La comida se me quedó fría en el plato, no tenía hambre. Él no tomó notas, no apuntó nada. Cuando acabé, se hizo entre los dos un silencio pesado como una losa.

—¿Cómo pudiste? —preguntó al fin—. Podríais haberlo salvado, podrías haberlo hecho tú, aunque fuera solo. Para vosotros no habría sido más que un contratiempo, seguramente ni siquiera hubierais ido a la cárcel. Y lo habrían soltado. No habría muerto.

—No puedo ofrecerte ninguna disculpa. Traté de convencerles de que nos entregáramos, eso es cierto, pero en realidad yo tampoco estaba dispuesto a hacerlo y fueron ellos los que me convencieron a mí. Me amparé en sus mentiras para no hacer nada. Y también me trastornó el dinero. Después, ya era tarde... ¿Recuerdas que decías que el periodismo casi siempre ofrece historias incompletas? Ahora al fin la tienes completa, es lo máximo que puedo hacer.

El rechazo fue sustituido en su rostro por una sonrisa estoica con la que parecía aceptar mi flaqueza, con la misma resignación con la que debía aceptar la suya, fuera cual fuese.

—Yo no soy quién para juzgarte. Sí, al fin la historia completa. Con lo que me he devanado los sesos con ella... Y es más o menos como la imaginé, salvo que no imaginé que pudiera participar alguien como tú. Si no te enfrentaste entonces a ellos, ¿por qué

vas a hacerlo ahora? Aunque la pregunta sobra, por ella, claro, Ana María ha sido muy lista.

—No es sólo por ella, también lo hago por mí. No tengo nada que perder. Mi reputación me importa bien poco y supongo que los delitos que cometiéramos entonces están ya prescritos. A mis cómplices de entonces no les tengo ni cariño ni respeto. Son unos grandes hipócritas y me alegraré de quitarles la máscara y que se les vea tal y como son.

—¿No has mantenido contacto con ellos?

—No, salvo en el funeral de mi padre, no los he visto en todos estos años.

—Son personas muy influyentes. Han prosperado mucho desde entonces. Desmentirán todo. Se querellarán contra ti, contra mí, contra el periódico, si es que el periódico lo publica. Tratarán de cubrirnos de mierda. Será una guerra sin cuartel.

Yo lo sabía y estaba dispuesto a afrontarlo, a dos mil kilómetros los problemas se ven con la suficiente distancia, pero me preocupaba que aquello pudiera perjudicar a Arce, un punto en el que ni siquiera había pensado. Sabía que a mis antiguos amigos les había ido bien desde entonces, pero no que ocuparan lugares tan relevantes en el entramado del poder. Teresa, según me informó Arce, era diputada autonómica y su nombre sonaba para ministra en Madrid tras la próxima remodelación del gobierno. Tenía un gran ascendiente en el partido y era una figura destacada de la generación que había llegado al poder con el nuevo presidente de gobierno. Federico tenía un gran estudio de arquitectura, salía a menudo en las fotos de la crónica social con su esposa, hija de uno de los mayores constructores de Andalucía, uno de los reyes Midas surgidos en los últimos años. Julián era uno de los principales productores de televisión de Canal Sur.

—No podemos tomarnos esto a la ligera. Tenemos que pensar bien en cómo hacerlo — Arce había pedido un whisky y lo removía con una expresión tensa en el rostro—. Tendré que contrastar tu testimonio y comprobar esa información. Procuraré averiguar todo lo que pueda de ellos. Y tú tendrás que ayudarme. Pero ¿qué clase de personas sois? — estalló sin levantar la voz, moviendo la cabeza—. ¿En qué monstruos os habéis convertido?

No dije nada, me limité a agachar la cabeza, la manzanilla me había hecho efecto y la tensión se diluía en un estupor alcohólico en el que podía soportarlo todo. Si hubiera estado más borracho, me habría echado a llorar o a reír, quién sabe, pero el alcohol me envolvía en una neblina protectora, anestesiándome.

–Creo que es mejor que ahora nos despedamos –dijo Arce levantándose de pronto–, tengo que pensar en todo esto. Doy por sentado que te quedarás aquí, que no saldrás huyendo a Londres.

Le aseguré que me quedaría todo el tiempo que fuera necesario y, la verdad, de todos modos, no podía volver, no podía presentarme ante Ana María sin haber resuelto nada.

–Ya te llamaré –me espetó antes de irse.

En lugar de pedir la cuenta pedí un whisky. Llamé a Ana a casa y al móvil, pero no contestó.

10

Seguí bebiendo y me levanté con una resaca soportable. Pensé en Ana, en lo que estaría haciendo en ese momento en mi casa, poniéndose un té, preparando su material de trabajo, vistiéndose para visitar alguno de los jardines del libro. Quizá recordarla, tenerla tan presente, me hizo desear ir a Zahara como el criminal que vuelve al lugar del crimen. Salvo esperar la llamada de Arce, nada tenía que hacer en Sevilla y podría responderla lo mismo en un lugar que en otro. El clima primaveral, una tregua de cuatro días traída por el viento de poniente, se había desvanecido en el calor bochornoso habitual del mes de julio. La conversación con Arce, aunque dolorosa, me había serenado. Había puesto en marcha algo que ya no podía controlar, al menos de momento me había quitado un gran peso de encima y no me importaba hasta dónde pudiera terminar hundiéndome. Ante nadie podía avergonzarme tanto como ante él y, en ese sentido, ya había tomado mi dosis de cicuta. Por fin había hecho lo correcto, en pocos días nuestro secreto sería público, la Banda de los Cuatro quedaría al descubierto y, si me convocaban ante un juez o ante la prensa, declarararía la verdad simple y llanamente. Ya había llevado bastante tiempo el peso de esa cruz, ahora que la llevaran ellos.

Me sentía aliviado, ligero. Quería bañarme en el mar, tomar el sol, algo que raramente había hecho en una década. Deseché la idea de ir a otro lugar de la costa. Ya era hora de dejar de huir de mis recuerdos para enterrarlos piadosamente allá donde nacieron.

Otra cosa que no había hecho en una década era conducir. No pensaba visitar ninguna tumba, ni el desolado paraje donde Francisco había muerto, ni hacer un recorrido siniestro por la sierra a la búsqueda de aquel escondrijo con un hombre de hace tres mil años grabado en la piedra. No necesitaba coche, me fui en autobús. La vieja estación del Prado continuaba increíblemente fiel a sí misma en una ciudad que había cambiado tanto, llena de gente de los pueblos de la provincia y de mochileros que iban o venían de las playas de Cádiz. Hacía treinta años había tomado esa misma línea para ir por primera

vez a Caños de Meca, por entonces era menor de edad y no tenía carné de conducir. Se tardaba muchísimo y el calor era insoportable, pero lo soportábamos estupendamente, hasta lo recordé con nostalgia ahora que el autobús era más cómodo y tenía aire acondicionado. Me senté junto a la ventanilla dispuesto a contemplar el paisaje, rezando por que ningún pelmazo o ninguna señora entrometida se sentara a mi lado. Abrí el periódico que acababa de comprar, en una señal clara de que no daría conversación, y pasaba las hojas sin leerlas cuando alguien se detuvo frente a mí. Me preguntó si estaba ocupado y levanté la vista con cara de pocos amigos. Se trataba de un tipo de mi edad, con gafas, vaqueros, camiseta y una chaqueta de lino que había conocido mejores tiempos. Me resultaba familiar y a él debía de pasarle lo mismo por cómo me miraba.

—Oye, pero ¿tú no ere el Andrés? Ay, mi madre. Quiyo, que soy el Matías.

El Matías, cómo no lo había reconocido. Habíamos estudiado juntos en el instituto hasta que él lo dejó para meterse a camello, vendía hachís por las plazas del centro de la ciudad y le compraba de cuando en cuando. Hacía mucho que habíamos perdido el contacto, antes de irme a Londres. Me alegró verlo después de tanto tiempo. Dejó su bolsa de viaje y se sentó a mi lado sin dejar de lanzar exclamaciones de asombro.

—Conque en Londres —me dijo, tras informarle sumariamente de mi vida, y silbó entre dientes—. Tú siempre fuiste un tipo listo. No como yo. No debería haber dejado los estudios y eso que no se me daban mal, ¿te acuerdas?

—Pero si tú eras el más espabilao —concedí, y era cierto.

—Ese fue el problema. Como era tan listo, tú sabes lo pronto que empecé a ganarme la vida. Con dinero en el bolsillo y to' el día vacilón, quién iba a pensar en estudiar.

—Ya.

—Oye, ¿y tú, no t'as casao ni na', no tienes niños?

—No, he estado emparejado y eso, pero niños, no. Qué va.

—Yo tengo cinco. Mira.

Me enseñó una foto en la que cinco mocosos de distintas edades se agrupaban alrededor de una mujer gruesa y guapa.

—Si no fuera por lo guapa que es tu mujer, diría que te has vuelto del Opus.

—Sí, sí que es guapa, y los niños, que salen todos a ella —y emitió un carraspeo de satisfacción mientras devolvía la foto a la cartera—. ¡Del Opus! Qué va, al revés, lo que soy es un proletario. ¿No era eso, los que no tienen otra cosa que su prole?

Asentí entre risas, Matías siempre había sido muy ocurrente y las gafas le daban un

aspecto filosófico que acentuaba su comicidad.

–Bueno, ¿y en qué te las buscas? –le pregunté.

–En lo mismo.

–¿Cómo que en lo mismo? ¿Todavía estás pasando manteca?

–Pues sí, a ver qué voy a hacer.

–Hombre, no sé. Vamos teniendo una edad...

–Ya, si no creas que no lo sé. De hecho, he tratao de remediarlo, pero no es fácil. Verás, hace dos años me dio un toque la policía, que en to' este tiempo no había llegao a molestarme, porque ellos me conocen y saben que lo que lucho es por la vida. Me tuvieron dos días en comisaría, en el calabozo, la cosa no llegó al juzgao, un aviso, como en los toros. Y decidí tomármelo en serio y retirarme. Como mi mujer guisa de escándalo y teníamos unos ahorrillos, montamos un bar: cerveza y buenas tapas básicamente. Pero la cosa no fue bien, los del barrio que sabían a lo que me dedicaba antes iban diciendo que aquello era un tugurio de drogas, y eso era mentira pues habíamos montado el bar para lo contrario, pero nos crearon mala fama y entraba poca gente, nos matábamos a trabajar por cuatro perras y ni siquiera nos podíamos quedar con ellas. Cuando no hacíamos nada, nos daban ayudas, pero desde el momento en que abrimos el negocio, todo fueron impuestos, que si el notario, la licencia, el proyecto, el perito, la contribución, lo de autónomo, la basura, la Cámara de Comercio y, además, inspecciones, multas, la luz, el agua, el seguro con todas sus responsabilidades a tanto cada una y no te digo si contratas a alguien y ochenta cosas más. Empezamos a discutir entre nosotros y hasta con los niños, se creó un mal rollo familiar que no veas. Y pasaban los meses y cada vez más trabajo y más encabronao. Nos habíamos gastado lo poco que teníamos y el resultado es que estábamos amargaos, como burros en una noria pa' que ganaran los cabrones de las Cajas, de la Junta, del Ayuntamiento, del Estado, con todas sus puñeteras leyes. Así que un día, como al año, nos miramos y nos dijimos: con lo bien que vivíamos antes.

Hizo una pausa para lanzarme una mirada estrábica, aumentada por el cristal de las gafas.

–Cerramos el negocio y nos declaramos insolventes –prosiguió–. Y ahora en vez de pagar impuestos nos dan subsidios y ayudas, como criaturitas que somos. Tenemos una vivienda social por la que hay que pagar mu poco al mes, pero no lo pago, no se vayan a pensar que tengo dinero. Vengo en autobús porque tengo la furgona en el taller, pero

normalmente aparco donde quiero, porque como soy insolvente, no pago las multas y, de todos modos, como soy un parao de larga duración, tengo una tarjeta gratuita en los transportes públicos y una ayudita porque no tengo desempleo, y otra mi mujer, y sigo con mi negocio de toda la vida, evitando a los bancos como a la peste. Me juego la libertad, pero cada dos semanas le compro a mis niños pa' la merienda una paletilla de pata negra y que le den por culo al mundo, ¿no te parece?

Me parecía, desde luego, ¿qué iba a decirle? Me eché a reír porque lo contaba con mucha gracia. Aquello además era una verdad que no aparecía en el periódico.

–Sí, tú riéte, pero eso es España hoy, Andrés, la de verdad de la calle. Al que quiere trabajar lo crujen y al que no quiere lo ayudan. Te lo digo pa' que te enteres, tú que estás allí tomando el té con la reina de Inglaterra.

No le contesté porque no podía parar de reírme. Llevaba tiempo sin hacerlo con tantas ganas y lo animé a seguir explicándome su concepción del mundo.

–Que no quisiera estudiar no quiere decir que haya dejado de pensar por mi cuenta, que conste. ¿Te acuerdas cuando chavalitos que éramos tan de izquierdas y nos manifestábamos contra Franco y el Fraga y to' esa partía de hijos de puta? Y luego el Felipe y el Guerra y to' aquello. Bueno, pos ya lleva treinta años gobernando la izquierda y hay más capitalismo que nunca. Dicen que ahora no hay pobres, o hay pocos, yo digo que hay muchas maneras de ser pobre y nos las estamos tragando todas. Los de izquierda son los chupópteros del capitalismo que, desde los poderes públicos con el pretexto de que van a repartir, no hacen más que engordar chupando sangre, y eso al dinero de verdad no le importa porque se lo tienen mu montao y hasta necesitan al parásito, eso... que decían...

–La simbiosis.

–Ahí está. No pueden vivir ya uno sin el otro, ¿no ves cómo me acuerdo? Pa' los ricos de verdad los impuestos son una venilla de na', hasta les convienen, pero pa' la gente que trabaja, p'al currante, el de cuenta propia, el de unos cuantos empleos, la vena que le pillan es la aorta como los vampiros. De esa gente es de lo que viven en unos despachos y en otros, en los de la riqueza y en los de la política, que en el fondo están de acuerdo en to', aunque hagan que se pelean. Y luego estamos los alegales, las putas, los camellos, los ladrones, los del chapú en las casas, tos' los fuera de la ley que formamos el colchón de la miseria. Y to' está mu' bonito, muchas carreteras, pero está podrío por dentro. Te lo digo yo que estoy en la calle, al raso, y veo venir los nubarrones.

Siguió despotricando contra lo divino y lo humano, a derecha e izquierda, durante todo el camino hasta que se bajó en Los Caños, donde pasaba buena parte del verano en pos de su clientela. Lo que contaba ocurría también en otras partes, al menos en Europa, incluso en Inglaterra, donde Elisa siempre estaba a la búsqueda de algún subsidio. Aquello era una muestra de que España y hasta Andalucía se había convertido en un país del primer mundo y podía derrochar en protección social. De todos modos, a Matías, aunque caminara por el filo de la navaja y tuviera una visión apocalíptica de las cosas, se le veía feliz con su mujer y sus cinco niños. Le deseé lo mejor mientras contemplaba el paisaje, ya a solas.

El autobús subía la antigua pista forestal que iba de Los Caños a Barbate cruzando La Breña, ahora asfaltada, pero no agrandada, para convertirla en carretera. Ya en lo alto un cartel indicaba el carril a San Ambrosio, donde había muerto Francisco, el hermano de Ana, tratando de huir de sus secuestradores. No sentí ningún escalofrío, allí no había ningún fantasma porque los fantasmas no están fuera de nosotros, en los lugares donde injustamente los situamos, sino en nuestro interior, por donde arrastran sus cadenas. El inmenso pinar se extendía a uno y otro lado, el día era claro y más allá del mar se veía África. Unas montañas pálidas en la azulada bruma del Estrecho, tan similares a las de este lado del mar que parecía haber un espejo. Tras cruzar el caótico Barbate seguimos hasta Zahara por la banda de costa virgen aún en poder del ejército. La estampa bucólica de los toros en la playa era la misma que hacía veinte años, pero al acercarnos al pueblo, advertí que las sombrillas iban creciendo hasta convertirse en un continuo entoldado. No tuve que bajarme en Zahara, el autobús seguía hasta el hotel Atlanterra, donde había reservado una habitación individual, pero eso bastó para darme cuenta de que el pueblo era como un traje al que le estallaban las costuras. Había coches y gente por todos lados, terrazas en todas las calles que yo recordaba vacías y tranquilas, nuevos hoteles al lado de la carretera. Lo cierto es que no me sorprendió, esperaba algo así y tampoco había cambiado tanto, todo lo que pude ver seguía más o menos igual y la avalancha se iría tras agosto.

Lo que sí me dejó boquiabierto fueron las urbanizaciones que se extendían al llegar a Atlanterra. Nada de eso estaba allí antes y me resultaba inimaginable, espantoso. Pisos y más pisos, unos con imaginería pseudoarábica, otros con aire ibicenco, amontonados en cuatro y cinco plantas, casitas adosadas, edificios con terrazas escalonadas y una altura considerable, todo un pueblo que debía de tener más viviendas que la propia Zahara y

eso a cuatro pasos del mar. Era increíble, me bajé atónito del autobús. ¡Cómo se había consentido una cosa así! Salvo el hotel Atlanterra, adaptado al terreno, casi invisible, y las mansiones de la ladera de la sierra, aquello había sido siempre una playa virgen. Sólo la carcasa de hormigón del viejo hotel construido a finales de los sesenta y que nunca había llegado a terminarse se erguía solitaria y fantasmal sobre la costa con sus grandes ventanas redondas, como recordatorio de un error que no debía repetirse. Capitaneados por Federico habíamos estado en manifestaciones para echarlo abajo. Si entonces nos parecía horrible, cuánto peor era sin embargo lo que estaba viendo. Finalmente lo habían derribado, pero sólo para sustituirlo por algo mucho más grande y mucho peor. Miles de segundas residencias para clase media.

Felizmente en el trozo de playa del hotel no había aglomeraciones y pude darme un buen baño en el agua fría del Atlántico, divirtiéndome con las olas que me zarandearon con más eficacia que el mejor masajista. Tomé el sol un rato y después, atraído por la curiosidad y la fascinación por lo grotesco, recorrí las nuevas urbanizaciones. Mucho césped con mucho gasto de agua, piscinas con niños gritando, adolescentes en pandilla, abuelas. El paraíso de los jipis con dinero se había convertido en una playa familiar. Aterraba pensar en el consumo y la basura de todos aquellos miles de personas que pululaban como una plaga bíblica.

En el lugar donde había estado el hotel abandonado aún quedaba un solar, pero ya estaba presidido por un gran cartel que anunciaba una nueva urbanización. La promotora presumía de haber hecho la mayor parte de aquellos horrores y ofrecía 53 viviendas más alrededor de una nueva piscina. El arquitecto al cargo de la obra era Federico. Sí, el arquitecto de los edificios que formarían parte de la naturaleza, sí, el arquitecto ambiental.

Para hacer algo así, él, tan inteligente, tan despectivo con la arquitectura convencional, tan consciente de los daños en el litoral de las aglomeraciones urbanas, debía de haberse corrompido hasta la médula. Aquello me impactó más que cualquier otra cosa desde mi vuelta. Hasta entonces había pensado que sacar aquel viejo crimen a la luz era un asunto de justicia para con la familia, pero en aquel momento empecé a comprender que era algo más, que no se trataba sólo del pasado, sino del presente, de la justicia del presente. Comprendí mejor el cuento de la chaqueta, lo que decía Ana: Fede, mi viejo amigo, seguía sacando dinero del bolsillo y las cantidades y el daño eran cada vez más grandes.

Volví a la playa, atardecía y me senté en la arena a esperar la caída del sol, desde los

chiringuitos sonaba algo que debía de ser *chill out*, la gente sonreía saludando el crepúsculo, tomaban fotografías, bebían mojitos y daiquiris, se pavoneaban con sus ridículos sombreritos, aplaudían como grandísimos bobos a la bola incandescente que se hundía en el horizonte por darles tan buen espectáculo. Me arrojé al mar para dejar de oírlos, nadé más allá del rompeolas y allí aguardé flotando hasta que las aguas turquesa se volvieron negras.

11

Al día siguiente volví a Sevilla. No quería quedarme en Zahara. Para mi sorpresa, no me expulsaban de allí los fantasmas del pasado sino los horrores del presente. Zahara era como una rosa infestada de hormigas. Detestaba el ambiente bullanguero y familiar, de neveras con tortillas y refrescos, propio de las playas más próximas a Sevilla, el ambiente del que huíamos cuando llegamos rebeldes y jóvenes a esta costa solitaria, aislada por la distancia, protegida por las tormentas de arena del levante. Además, Arce me había llamado por la noche, quería una declaración jurada, no se fiaba de mí, temía que pudiera echarme atrás y negar todo dejándolo con el culo al aire. Ignoraba si su desconfianza era genuina o sólo un modo de expresarme su decepción, pero de cualquier modo él insistía en considerarlo necesario para convencer al periódico de que se metiera en aquel avispero. También tendría que contrastar la información con los aludidos. Le aseguré que no habría ningún problema por mi parte, estaba más decidido que nunca a desenmascarar a mis tres cómplices: el hecho de que se hubieran vuelto tan poderosos, tan importantes, lejos de intimidarme era mi mayor acicate. Le comenté que había visto el nombre de Federico como arquitecto de una de las urbanizaciones de Zahara. No le sorprendió, la promotora que estaba colmatando aquella playa era propiedad de su suegro, hombre de apellido viejo y fortuna reciente, conseguida al amparo de su cercanía con el poder, una cercanía que su yerno facilitaba a través de Teresa. Arce estaba investigando las relaciones entre los tres y, por lo que había deducido hasta entonces, eran continuas. Pero de eso ya hablaríamos, me invitó a leer la agenda del periódico del día siguiente, sin precisar más.

En el autobús de vuelta me acordé de Matías, al que detendrían cualquier día para que se chupara algunos años de cárcel sin que le importara a nadie su lucha para sacar adelante a su familia, y lo comparé con Federico, instalado en la legalidad del privilegio,

amasando dinero a costa de lo que fuera, incluso a costa de sus propios gustos, ya que no de sus convicciones, de todo lo que antes había amado y prometido preservar. ¿Cuál de los dos era el delincuente?

El autobús iba lleno y a mi lado se sentó una muchacha que estudiaba enfermería en Sevilla y al tiempo aprendía inglés porque pensaba irse a trabajar a Inglaterra, donde necesitaban enfermeras, allí vería más mundo y tendría un sueldo mejor. Me recordó a Ana y hablamos un buen rato de los ingleses y sus manías. Después ella se ensimismó en un libro que llevaba, uno de estos de autoayuda, el de los hombres de Marte y las mujeres de Venus, y yo pude repasar el periódico. Se trataba del nuevo diario en el que trabajaba Arce, un diario que había roto el cuasi monopolio del que disfrutaba el sempiterno periódico conservador. Tenía cierta ambición de modernidad que sin duda Arce prefería a un periódico que solía abrirse por la página de las esquelas mortuorias. Las noticias apenas me interesaron, políticas en su mayor parte, o locales con alguna incursión cultural, pero me sirvieron para medir lo ajena que me resultaba la ciudad tras tantos años de ausencia.

Lo que sí me interesó fue uno de los anuncios de inmobiliarias de los muchos que había, el de la promoción en Zahara de Federico, o de su suegro, una página completa en la que se publicitaba con fotos retocadas un paraíso al alcance de todos (de todos los que tienen dinero, claro) y se hablaba sin rubor de respeto al medio ambiente. Sí, habíamos encontrado un paraíso, por emplear esa manida expresión, pero sólo para profanarlo y ahora, con voracidad de termitas, lo estaban destruyendo.

En la agenda del día había una foto de Teresa. Aquella misma tarde daba una conferencia en un club de la ciudad. Comprendí que era allí donde debía verme con Arce.

El club estaba en los alrededores del centro, un lugar espacioso con múltiples instalaciones deportivas y un salón de actos refrigerado en el que en esos momentos se congregaban unas trescientas personas. Había muchas chaquetas y corbatas a pesar del calor, las señoras tenían también un aire profesional, sin desmerecer la coquetería. Eran ejecutivos de la política, la élite administrativa de la capital autonómica, en la que se incluían financieros de las cajas de ahorro y empresarios de las empresas públicas. Aunque ese era el grupo más numeroso, no faltaban camisas floridas de artistas subvencionados, feministas militantes de pelo corto, sindicalistas desaliñados y algunos jóvenes con pinta de pertenecer a alguna ONG. La conferencia se titulaba «Una nueva

vía para la izquierda» y de algún modo el público parecía mostrar esa imagen renovada frente a la «vieja guardia» socialista, aunque sólo fuera por la relativa juventud de los asistentes, en su inmensa mayoría en los cuarenta o poco más, como Teresa, como yo, nacidos a principios de los sesenta, la primera generación posfranquista. A pesar de esa afinidad, me sentía allí un completo extraño, muchos rostros me resultaban familiares sin poder precisar por qué y lo mismo debía de ocurrirle a algunos que me miraban como preguntándose de qué me conocían. Sí que reconocí a algún profesor de la universidad famoso por sus excentricidades, a algún pintor, a algún poeta todavía bajo el síndrome de Alberti.

La gente se iba sentando y yo me disponía a hacerlo en una de las últimas filas cuando distinguí a Arce haciéndome señas para indicarme un sitio libre junto a él en una de las primeras. Era evidente que pretendía que me vieran. Nos saludamos con cierta reserva, ni él ni yo sabíamos cómo tratarnos, si aún como amigos o ya tan sólo como compañeros ocasionales en aquel desagradable trabajo.

—Hoy tu «amiga» se presenta como la abanderada en Andalucía de la nueva estrategia gubernamental. Es un paso importante en su carrera hacia la Moncloa. De hecho, por eso se celebra este acto en una fecha tan tardía, se rumorea que el presidente piensa componer un nuevo gobierno en verano para presentarlo en septiembre y al parecer anda por aquí uno de sus principales asesores.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Nada. Sólo quedarte aquí. Quiero observar su reacción cuando te vea, también la de ellos, que seguro que la acompañarán en una ocasión tan importante. Te dejo, no quiero que nos vean juntos por el momento. Nos encontramos a la salida.

Se levantó y fue a sentarse dos filas más atrás al tiempo que le hacía una seña a un fotógrafo del periódico señalándome con la mirada. El zorro de Arce quería una instantánea. En ese momento se abrió una puerta lateral y un nutrido grupo de enchaquetados salió para ocupar la primera fila reservada a las autoridades. Sólo reconocí al presidente de la Junta de Andalucía, un hombre alto, mediocre y calvo, que ya estaba en el cargo una década atrás, cuando me fui. Tras ellos apareció Teresa con el presidente del club y, mientras se dirigían al estrado, salieron varias personas más, entre las que se encontraban Julián y Federico, y se aposentaron en la segunda fila, reservada al parecer a colaboradores y amigos.

El más cambiado era Federico, lo recordaba delgado, alto, con un pelo muy rubio que

le gustaba dejarse largo a modo de media melena. Ahora estaba casi calvo, tan sólo en la parte posterior de la cabeza quedaban restos pajizos de aquella batalla perdida. Había ensanchado y tenía una barriga prominente como la de una embarazada. Siempre había sido coqueto, incluso afectado, supuse que había arrojado la coquetería a la basura junto con el resto de su estética. Era evidente que los años no lo habían tratado bien, tenía pinta de hombre que ya sólo disfruta comiendo. Julián parecía el de siempre, quizá algo más grueso y aún más compacto, pero lleno de energía, sonriendo y saludando aquí y allá embutido en su traje de alpaca, al contrario que Fede, que parecía mustio, cansado. Teresa se había engrandecido, no tanto material, unos cuantos kilos de más repartidos en su considerable anatomía, como figuradamente, por la conciencia de la propia importancia que reflejaba su porte. De virgen guerrera había pasado a matrona clásica sin perder su hermosura, pero ya no había en su actitud desenfado alguno sino solemnidad, como si estuviera hecha de mármol.

No sé por qué pensé en ese momento, cuando se disponía a empezar su discurso, en que sería muy distinta de haber tenido hijos y sentir el deseo de amar a alguien más que a sí misma, algo que no le había dado el amor porque ella no se lo había pedido. Lo que tenía era lo que quería, lo que siempre había ansiado, aunque hubiera tenido que dejar la humanidad por el camino. Justo en ese momento peroraba acerca de lo inhumanos que eran sus adversarios, de solidaridad, de ciudadanía, de estar al lado de los que sufren... y me parecía tan hipócrita como los curas que dictan normas sobre el amor que nunca han hecho. Encaramada a un pedestal de ideales huecos resueltos en utopías burocráticas (leyes, derechos, reglamentos), se situaba por encima de sus propios actos, como había hecho siempre, para que estos no pudieran mancharla. Denostaba la Transición, tras alabarla, porque afirmaba que se había cerrado en falso y exigía la necesidad de una memoria histórica que reparara los derechos de las víctimas, ya que los crímenes no prescriben nunca.

Ajeno a la política española, era la primera vez que oía eso de la memoria histórica, concepto que me dejó perplejo porque parecía un intento de suplantar a la Historia para así introducir una parcialidad incompatible con ella, pero sobre todo me indignó por el cinismo de quien lo proclamaba. Tal vez mi repugnancia emitió una de esas inaudibles vibraciones que alertan los sextos sentidos, porque Teresa, segura ya de haber cautivado a su auditorio, paseó su mirada por los rostros expectantes para terminar fijándola precisamente en el mío. Al reconocirme se quedó sin habla y el rostro se le descompuso

en una mueca de asombro y terror. Fue sólo un instante, el tiempo suficiente como para que la captara el fogonazo de un *flash*. Se repuso con una sonrisa, siempre había tenido sangre fría y a estas alturas, además, muchas tablas, pero de no haber llevado escrito el discurso creo que no habría sido capaz de retomar el hilo.

Fede y Julián habían vuelto la cara al momento y me miraban como si contemplaran a un aparecido. El discurso prosiguió tras ese cruce de miradas que Arce observó atentamente. De vez en cuando Julián se volvía a mirarme como si pudiera entrar en mi mente para averiguar mis intenciones.

En cuanto acabó la conferencia, cuando todavía sonaban los aplausos, se me acercó y me saludó esforzándose por ser amable pero preguntándome a las claras qué hacía allí.

Le sonreí con despreocupación sin dar importancia a su ansiedad.

–Estoy pasando unos días y me he acercado a oír la conferencia. Ha sido muy instructiva.

–¿Instructiva? –repetió la palabra con absoluto recelo.

–Sí, eso de la memoria histórica. Hasta ahora no lo había oído. Es un concepto muy interesante.

La ironía de mi tono le enfureció pero consiguió dominarse.

Me cogió del brazo y acercó su cara a la mía poniéndose de puntillas.

–Escucha, Andrés, no sé por qué estás aquí pero me gustaría recibirte como a un viejo amigo. Aunque hablas de un modo que no me lo pareces. Tengamos la fiesta en paz, ¿vale?

No le dije que había venido precisamente a aguarles la fiesta. Me bastaba con que lo sospechara y hablé de manera vaga acerca de asuntos familiares, esas cosas que se arrastran por años y que alguna vez hay que resolver. Me miró indeciso, sin saber a qué carta quedarse, y aproveché para despedirme diciéndole que aún estaría algún tiempo en Sevilla, que ya nos veríamos.

Le di la espalda y me dirigí a la salida. Teresa me miró de reojo mientras recibía las felicitaciones de sus correligionarios. Estaba seguro de haberle amargado el día y lo cierto es que eso me ponía de buen humor. Federico estaba aguardándome en la puerta. Su actitud no era defensiva como la de Julián, pero eso no me sorprendió, siempre había sido más frío y, de hecho, me miraba con más curiosidad que otra cosa. A pesar de que debía de estar forrado no tenía buen aspecto, parecía abrumado por algo, tal vez estuviera enfermo.

–Tenemos que hablar –y eso fue lo único que me dijo entregándome una tarjeta con su teléfono. Después volvió adentro. Arce me esperaba en la calle hablando con el fotógrafo, quien le enseñaba la instantánea del rostro de Teresa demudado en una mueca de espanto.

–Se me han acercado los del departamento de prensa para pedirme por Dios que no publique esa foto. No te jode –decía el fotógrafo.

–Puedes tranquilizarlos porque no la vamos a publicar de momento. Usa cualquiera de las otras para cubrir la conferencia y ésta la guardamos para más adelante.

El fotógrafo asintió y me echó una mirada de curiosidad antes de despedirse para volver al periódico.

–Está claro que les has dado un buen susto –me dijo Arce.

–¿Era eso lo que querías? ¿Darles un susto?

–Quería comprobar que lo que habías dicho era cierto. Quería observar su reacción, saber si se sentían culpables. Y el tema del discurso de la señora diputada, de la futura ministra, no podía ser más adecuado.

–Bien. Supongo que has quedado satisfecho –la verdad es que no sabía qué más decir–. Mañana iré a un notario para certificar mi declaración –afirmé antes de despedirme porque pensaba que no querría hablar más conmigo.

–No creo que sea necesario. Basta con que lo escribas de tu puño y letra y lo firmes. Y no tengas tanta prisa. Tomemos algo.

Acepté aliviado, la verdad es que me dolía perder su amistad y lo último que deseaba era irme a casa a rumiar solo todo aquello. Fuimos caminando sin rumbo fijo deteniéndonos a tomar una cerveza de cuando en cuando. Su tono, al menos, ya no era hiriente, lo que había visto le había convencido de mi determinación. Esa misma mañana había estado hablando con Ana. No me contó la conversación, pero de algún modo se había reconciliado con ella y conmigo por ende o al menos parecía más dispuesto a comprender mi situación.

–Lo he estado pensando y no sé lo que habría hecho de estar en tu lugar. Es fácil pensar que habría obrado de forma muy distinta, que me habría enfrentado a mis amigos, que no habría consentido de ninguna manera que otro pagara el pato. Sin embargo, ¿quién sabe? Quizá habría hecho lo mismo que tú, quizá sí. Débil al callar por miedo y débil después lamentándolo en vano, huyendo. ¿Quién sabe? No puedo

disculparte ni culparte tampoco. No es ese mi papel. Desde el principio quise contar esta historia y ese es mi único interés. Lo único que ahora importa.

Yo había hablado con Ana sólo en dos ocasiones en los días que llevaba en Sevilla, aunque la había llamado varias veces. Que con Arce no tuviera esos problemas de comunicación me dio una mezquina punzada de celos. La disculpaba por entender que a aquello debía enfrentarme solo, sin su acicate o su consuelo. Sólo así sería digno de ella. Le referí las amenazas de Julián y mi respuesta y nos felicitamos al suponer que esa noche ninguno de los tres dormiría tranquilo. Compartir la indignación ante su hipocresía nos acercaba y procuré convencerlo de que lo que había visto en Zahara, lo que había oído esa misma noche a Teresa, deseosa de arrojar luz sobre crímenes ajenos cometidos hacía setenta años al tiempo que ocultaba cuidadosamente el que ella había propiciado hacía diez, me habían hecho ver que lo importante era el presente, no el pasado, que desenmascararlos no era algo inútil, debido sólo a la memoria de Francisco y su madre, sino algo necesario para evitar que siguieran prosperando y haciendo aún más daño. No sé si me creyó del todo, seguramente siempre desconfiaría de mí. Arce los había estado investigando, sospechaba que meses después de la tragedia habían creado entre los tres una sociedad opaca para lavar e invertir el dinero y que aquella sociedad aún estaba operativa, invirtiendo en negocios como la urbanización de Zahara o intermediando en concursos de la Administración Pública. Tras tantos años aún seguían obteniendo beneficios de aquel botín, pero era difícil seguir su rastro en la maraña de sociedades de las que formaban parte. Le comenté la invitación a hablar de Federico, no sabía si llamarlo o no.

–Eso es cosa tuya –me dijo–. Y, de todos modos, van a enterarse tarde o temprano, pero yo que tú lo dejaría en la duda, sin decirle nada a ciencia cierta.

–¿Cuándo publicarás el artículo? –le pregunté.

–No sé y tampoco creo que pueda elegir el momento. Es la exclusiva de un gran escándalo, será decisión del director del periódico y es probable que se niegue a hacerlo en pleno verano. Si dependiera de mí, lo publicaría el mismo día de finales de agosto en que murió Francisco, en su aniversario. Un reportaje con todo lujo de detalles.

–¿Tan tarde?

–¿Ahora tienes prisa después de haber estado callado once años?

–No, bueno... sí. Creí que sería algo inmediato.

–Pues me temo que no. Tampoco tienes por qué quedarte, pero cuando se publique

tendrás que volver y dar la cara.

Le aseguré que así lo haría. Después nos despedimos. Estábamos en el mismo barco y teníamos que remar juntos, pero comprendí que era muy improbable que volviéramos a hablar de literatura.

Al día siguiente escribí dos folios con todo lo que había ocurrido en Zahara. Se trataba de una declaración formal, porque entendí que era lo que Arce quería. Empezaba con mi nombre, mi DNI, mi dirección en Londres y llevaba mi firma en el margen de cada folio y al final. La metí en un sobre y la llevé al periódico para que se la entregaran cuando llegara por la tarde. Podía haber tomado después un taxi hasta el aeropuerto y coger el primer avión que saliera de vuelta al hogar. Nada me retenía ya en Sevilla, al menos por el momento. Sin embargo...

Me gustaba estar de vacaciones en mi propia ciudad, la sensación de extrañeza y cercanía que sentía paseando por sus calles me inducía una risueña nostalgia, si es que eso es posible. Después de tantos años sin oírla, me divertía el habla de la gente en los bares, los mercados, al comprar el periódico, el pan. Mis oídos agradecían el tono vivo, chispeante, porque era la matriz de mi propio lenguaje y eso me rejuvenecía. Me sentía a gusto. El calor, tras tanto tiempo en un clima frío, no me molestaba, hasta me sentaba bien. Podía concederme unos días más. Después de evitarlo tanto tiempo, el trago no estaba resultando tan amargo como temía. Incluso creía encontrar en los recuerdos que se me ofrecían a cada paso, hasta en la masificada Zahara, al joven que había sido antes de aquel verano y que tal vez estaba más vivo dentro de mí de lo que pensaba. Y aún tenía que hablar con Federico, presentía que había algo más, algo que no podía dejar atrás otra vez, huyendo, como decía Arce. No me importaba encararme con los tres si era preciso. Incluso lo deseaba. Tal vez para demostrar que no era un cobarde. Al fin y al cabo, había vuelto para enfrentarme con ellos, para destruir la confianza y respetabilidad con la que vivían, y sentía una malsana curiosidad por lo que habían hecho todos estos años, por comprobar hasta qué punto se habían hundido en la abyección, como el que no puede evitar mirar su propia mierda en la insondable profundidad de la taza del váter.

Lo llamé y, para mi sorpresa, me respondió en un tono casi cordial, como de antiguos amigos que han tenido sus diferencias pero pueden aparcarlas para tomar una copa juntos. Le seguí la corriente, yo estaba dispuesto a ser tan cínico como él y más. Suponía que quería sonsacarme información como yo a él y pensaba darle lo mínimo, dejarlo en la duda como me había recomendado Arce. Quedamos en un lugar neutral, como espías,

en un kiosco con mucha terraza que hay bajo el puente de Triana, a última hora de la tarde. Cuando llegué, él ya estaba sentado en una de las mesas más alejadas, de cara al río. Su cabeza era desproporcionadamente pequeña en relación con el cuerpo, algo apreciable sólo ahora que había perdido el pelo. Alto y barrigón, daba la impresión de haberse desplomado sobre la silla. Miraba las aguas, en las que empezaban a reflejarse las primeras luces nocturnas, con una apariencia de infinita apatía. Eso que llaman la buena vida le estaba pasando una abultada factura, con lo orgulloso que había estado siempre de su delgadez... y de su pelo. Federico estaba tan profundamente aburrido que parecía esperarme más como una distracción que como una amenaza. Cuando percibió mi presencia, se revolvió solemne para levantarse y me tendió la mano. Se la estreché sin reparo, pero no correspondí a su sonrisa. No se dio por aludido y lamentó nuestra separación de tantos años con un aire de «ahora lo arreglamos» mientras se volvía a sentar y llamaba al camarero. Hablaba con un tono ligero, no buscaba una confrontación, no era su estilo. Pedí una cerveza y él su segundo *gin tonic*.

–Tú sí que supiste al poner tierra por medio –me espetó–. Aquí... ¡Bah! Esto es cada vez más provincia.

No me sorprendió su desdén por la ciudad, ya antaño cultivaba ese tono de hombre de mundo condenado a vivir en un lugar sin importancia, una afectación de lo más provinciana. Me envidiaba por vivir en una gran metrópoli, dando por hecho que vivir en Londres o en Nueva York tenía por fuerza que ser distinto que vivir en cualquier otra parte, y se sentía exiliado de los grandes acontecimientos artísticos, como si yo me pasara la vida en el Barbican o el Albert Hall. Las cosas que ponían en Sevilla no tenían nivel y del público mejor no hablar, sólo le gustaba el flamenqueo, la copla y las marchas procesionales. Lo oía pensando en que jamás fue capaz de levantar el vuelo porque nunca pudo ponerse a la altura de su supuesto talento. Ese era el veneno que lo destruía, convirtiéndolo en una ruina del hombre que había sido, mucho más que un remordimiento que seguramente no sentía. Por más que dijera, Federico era mucho más vulgar con su pretensión de estar a la última que aquellos a los que despreciaba por seguir como siempre.

–¿Y qué te ha impedido marcharte? –le pregunté con entonación inocente.

Me miró serio, dolido, como si de pronto pudiera tanto insultarme como responderme con sinceridad, pero sólo masculló evasivas. Daba la impresión de estar obligado a poner cara dulce a un sabor amargo. Me dijo que iba a Londres con frecuencia y que siempre

se acordaba de mí, añorando nuestras conversaciones, porque siempre habíamos hablado mucho, pero no me llamaba porque no tenía mi número y por lo distanciados que estábamos desde aquel triste asunto. Así fue como lo nombró. Pero tras esa alusión como de pasada, evitó ir más allá y me preguntó cómo me iba, si aún estaba con Elisa, cómo me mantenía en una ciudad tan cara. No tuve inconveniente en contarle que nos habíamos separado, sin más explicaciones, y referirle mi trabajo vendiendo los muebles que hacía Marcus.

–Pero con eso no creo que ganes mucho, ¿no?

–No creas. Más de lo que necesito para vivir. Con eso me basta.

–¿Ah, sí? Qué raro, a nadie le basta –me lanzó una mirada inquisitiva que no supe bien cómo interpretar–. Pero si te va bien me alegro. Londres es una ciudad muy cara.

–Cierto –le respondí–. Sin embargo viven allí varios millones de personas.

–Ya –por cómo lo dijo era evidente que le parecía mal que en Londres no sólo vivieran millonarios.

–¿Y a ti cómo te va? –le pregunté a mi vez–. ¿Qué tal la arquitectura ecológica?

Procuré que el sarcasmo no apareciera en mi voz y me miró sin saber si me estaba burlando de él o no. Su cara empezaba a ser de pocos amigos, pero me respondió como si mi pregunta fuera casual. Ya las cosas no eran como antes (yo no le dije que eso estaba claro...), no hacía cosas de poco fuste, sólo acometía grandes proyectos, pero, eso sí, adaptados perfectamente el entorno. Por poco se me escapa la risa al oírle mentir con tanta fatuidad.

–Yo trabajo con la realidad –prosiguió–, no con ficciones como tú, Andrés, y lo que hago beneficia a la gente. Y, por cierto, hace tiempo que no publicas nada, ¿verdad?

Ahora era él el que quería pincharme. Guardándome las ganas de contarle que en pocos meses publicaría un libro y que estaba en Sevilla gracias al adelanto que me habían dado por él, confirmé su sospecha de que literariamente era un fracasado. Eso le complació visiblemente y casi me dio dos palmadas en la espalda. Sin duda le habría resultado insoportable que además de vivir en Londres tuviera algo de éxito.

–Bueno, ¿y cuánto tiempo piensas quedarte? –en realidad quería preguntar «¿A qué coño has venido?»), pero debía de temer que le respondiera que no era de su incumbencia.

–No lo sé seguro. Quizá todo el verano –respondí displicente.

–¿Todo el verano? –parecía desilusionado–. ¿Aquí en Sevilla? –y también incrédulo.

–Bueno, iré por la playa alguna semana –no dije a qué playa pero debió de pensar que me refería a Zahara y pude notar que esa posibilidad no le gustaba. Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar como un pez que se hubiera tragado una burbuja de aire. Se hizo un silencio resbaladizo en el que podía estrellarse cualquier palabra que se pronunciara. Ambos volvimos la mirada al río, se había hecho ya de noche y una brisa anoréxica refrescaba mínimamente la atmósfera. Dos hombres solitarios que no podían hacerse compañía. Me acordé de Matías y su prole y le pregunté a Fede sin mirarlo si había tenido hijos.

–¿Qué? –masculló sorprendido–. ¿Hijos? No, no he tenido ninguno, que yo sepa. Pero mi mujer es todavía... –se calló de pronto, no quería darme ese tipo de información personal. No me pareció que su vida familiar fuera una fuente de satisfacciones por la mueca que apareció en su perfil. Tampoco me preguntó a su vez si yo había sido padre, no debía de importarle, claro, o ya conocía la respuesta. Decidió alejarse del terreno de las confidencias y abordar la inquietud que le había llevado a proponer nuestro encuentro.

–Fue una gran sorpresa verte aparecer el otro día. Ya ves, llegué a pensar que querías recuperar a tus antiguos amigos, ¿qué otra cosa podrías pretender si no, después de tanto tiempo? Sin embargo, presentarte tan de sopetón, en esa ocasión precisamente... No pareció un acto muy amistoso.

–¿Por qué? Ví en el periódico que Teresa daba una conferencia y me pasé a escucharla. Estuvo muy bien, de hecho en algunas cosas estoy bastante de acuerdo con ella. Me habría gustado saludarla, pero como la vi tan encumbrada no me pareció el mejor momento. Supongo que ya tendré ocasión.

–¿Por qué nos guardas rencor, Andrés? ¿Qué te hemos hecho? –fue un lamento sincero. Desde su punto de vista, mi actitud era incomprensible–. No vienes a nosotros como un amigo. Por el contrario, te presentas en el momento más inoportuno con aire de querer jodernos la vida. ¿Por qué? ¿Qué quieres? ¿Dinero?

De modo que eso era lo que pensaba. Ya me había hecho con la mirada esa misma pregunta, pero yo no había querido entenderlo. Temían que quisiera chantajearlos, algo que ni se me había pasado por la cabeza.

–No, no quiero dinero –le contesté–, puedes estar tranquilo a ese respecto.

No tenía sentido prolongar la conversación si quería ocultarle nuestros planes, así que me levanté sin darle una posibilidad de réplica.

–Ahora tengo que irme. Ya continuaremos en otro momento. Lo cierto, Fede, es que no puede uno ocultarse de sí mismo ni vivir impunemente. Piénsalo. Ya nos veremos.

Le di la espalda dejándolo con la palabra en la boca y, mientras me alejaba, tuve la sensación de que en cualquier momento podía arrojarse sobre mí.

Aquella noche pude hablar al fin con Ana. Llamé al teléfono fijo de casa y en esa ocasión se dignó contestar. Antes la había llamado al móvil en dos ocasiones, pero en ninguna me había devuelto la llamada. No se lo reproché. Ni ella se disculpó. No importaba, quería mantenerla al margen de aquello, como ella misma parecía desear. Estaba completamente concentrada en el trabajo, se mantenía en contacto con la editorial y ya les había entregado la mayor parte del material. El libro saldría en septiembre. Tras su voz sonaba música de fondo y me pareció oír otra voz, masculina. Le pregunté si estaba acompañada y en efecto lo estaba, había invitado a un amigo de la Escuela de Artes para enseñarle los bocetos. «Espero que no te importe», y lo dijo con tanta naturalidad que le contesté que no, claro que no me importaba, aunque en realidad no me hacía ninguna gracia. Me preguntó cómo me iba, pasando por alto el hecho de que estuviera en mi apartamento con otro tipo. Me tranquilicé pensando que era un compañero de la escuela y le hablé de Arce, de la declaración jurada que le había entregado y que no pensaba publicar hasta fin de agosto. Él ya se lo había contado, como que mis tres antiguos cómplices aún seguían haciendo negocios juntos y eran personas muy importantes en la ciudad. Le referí la conversación con Federico y que temían que quisiera chantajearlos.

–¿Por qué, te ofreció dinero? –me preguntó –No, más bien se negó a dármelo sin que yo se lo pidiera.

–Eso es porque los has puesto muy nerviosos. Me alegro. Quizá no venga mal ese papel de chantajista.

–Pues es un papel bastante feo, pero lo llevo bien. Te echo de menos. Mucho. Cualquiera día, mañana mismo tomo un avión y vuelvo a casa. Tengo que verte.

–Vaya. Yo pensaba hacer lo mismo pero en sentido contrario. Más vale que nos avisemos. Tendría gracia que nos cruzáramos en un pasillo aéreo.

–¿Vas a venir entonces? –pregunté con el tono esperanzado con que ladra un perro al que van a sacar de paseo. Me apetecía mucho más que ella viniera a volver yo a Londres.

–Bueno. Estoy acabando las ilustraciones, es cosa de pocos días y, en cuanto las entregue, iré para allá, sí.

El corazón me dio un vuelco de alegría y le dije que la esperaría impaciente. Además, ya había tomado la decisión de prolongar mi estancia en Sevilla al menos una semana y para entonces nos habríamos metido de lleno en el verano y podríamos irnos a la playa, no a Zahara, a donde ella quisiera, a Portugal. Ella insistió en lo contenta que estaba por la firmeza que demostraba al enfrentarme a ellos directamente. Se alegraba de que estuvieran preocupados. Ya me avisaría de su vuelta. Prometió que hasta entonces hablaríamos más a menudo.

Después colgó, sin darme tiempo a repetirle con qué ansia la esperaba.

Apenas dormí. Me quedé sentado en la mecedora en que mi madre cosía, al lado del balcón, mirando cómo la luna aparecía por los tejados y subía haciéndose más pequeña en el cielo. Fumando pitillo tras pitillo, pensando en lo que estaba haciendo allí y por qué o por quién lo hacía. Era fácil decirme y decir a Arce y a Ana que lo hacía por mí, pero no era cierto, lo hacía por ella, porque jamás habría revelado a nadie nuestro antiguo y podrido secreto si ella no hubiera aparecido. Vino a despertar mis remordimientos, a ponerme por delante el espejo de mi cobardía de modo que no pudiera mirar hacia otro lado, pero Ana había hecho algo más, había hecho que la amara. No me había seducido con ninguna artimaña, sólo por ser como era me había hecho amarla, más allá del sexo que compartíamos, como algo valioso que se admira y estima. Y así era como yo quería que ella también me amara: necesitaba que pudiera sentirse orgullosa de mí y por eso me había convertido en su caballero andante, dispuesto a reparar el agravio que le había infligido. Me gustaba el papel, pero no era el único que quería representar.

Desde que me había encontrado con Matías, tan feliz con sus niños, no había dejado de pensar en tener hijos. Antes jamás me lo había planteado excepto en una ocasión, con Elisa, pero ella no se veía de madre, menos mal. Tampoco Teresa los tenía, ni Fede ni Julián, al menos reconocidos. En esa voluntaria esterilidad encontraba otro síntoma del fracaso de unas vidas presididas por un feroz egoísmo. ¿Podría tener yo hijos con Ana? Yo lo deseaba, desde luego, con súbita intensidad, pero dudaba mucho de que pudiera siquiera plantárselo sin llevarme una decepción. Harían falta años, ella era aún joven, tenía mucho tiempo por delante. Imaginaba nuestra vida en común como una extensión de los días que habíamos disfrutado en Londres, despreocupados, haciendo lo que nos

gustaba. Con sus dibujos estaba seguro de que el libro sería un éxito y nos veía haciendo muchos más libros juntos, *Jardines* de Nueva York, de Tokio, de París... Pero en ese idílico panorama no aparecía entre setos y azaleas la sonrisa de ningún diablillo. Con Michelle, en cambio, estaba seguro de tenerlos, ella era otro tipo de mujer, con algunos años más y, sin duda, más maternal, pero la había dejado escapar. Dudé por primera vez si había hecho bien, si no me había embarcado en algo que al final acabaría conmigo, dejando por el camino una posibilidad auténtica de ser feliz.

Con la entrega a Arce de mi declaración, yo había hecho lo que debía y ya podía tomar un avión a Londres por la mañana y plantarme ante Michelle con un ramo de rosas. La imagen de unos niños café con leche como ella se me pasó por la cabeza, pero esos ensueños no eran más que otra impostura. Ya no podía dar la espalda a lo que había desencadenado, tampoco quería. Tal vez todo eso habría sucedido de no aparecer Ana en mi vida, pero ella me había arrastrado porque tenía el derecho y el poder para hacerlo.

No tendría hijos ante los que avergonzarme el día de mañana. Apuraría la copa hasta el final, hasta que se levantara el telón y aparecieran tal como eran en realidad, aunque yo tuviera que estar no ya desnudo sino desalmado entre ellos.

12

Me desperté ya pasado el mediodía. Mi móvil no paraba de sonar. Contesté sin mirar pensando en que sería Arce, pero sólo me respondió el silencio y al instante el pitido de haber cortado la llamada. Aproveché para levantarme y preparar el desayuno. El piso familiar, amplio, vacío, que los primeros días me había resultado angustioso, me parecía cómodo como un guante. Miré el móvil mientras esperaba que se tostara el pan, el número de la última llamada era «privado». El mío, por lo visto, no. Había llamado a Fede, así que tenían mi número y estaba pensando si habrían iniciado una campaña de acoso cuando el móvil volvió a sonar. Contesté con prevención. Reconocí su voz al instante.

–Hola, Andrés, ¿eres tú?

–¿Qué hay, Teresa?

–Hombre, menos mal que me has reconocido. Me habría llevado una desilusión...

–Recuerdo perfectamente tu voz. En realidad, no ha pasado tanto tiempo.

–¿Tú crees?

Dejó la pregunta colgando un instante en el inexistente espacio que compartíamos.

–Creo que deberíamos vernos, para hablar precisamente de eso, del tiempo que ha pasado. Me apetece mucho, aunque tú no lo creas, volver a verte.

–El otro día no me dio esa impresión.

–De eso también hablaremos. ¿Por qué no quedamos a cenar? Yo invito.

–¿A cenar? –pregunté incrédulo–. ¿Para hablar de los viejos tiempos?

–Sí, y de los actuales. ¿Por qué no?

Me repelía la idea de cenar juntos, como si nuestro encuentro fuera una cita y no un duelo, pero no tenía ningún motivo para rechazarla: ni la deseaba ni la temía. No me importaba que eligiera ella el campo de batalla. Me dio el nombre de un restaurante que no me sonaba de nada. Quedamos para esa misma noche. Había estado tan absorto en la

conversación que no me di cuenta de que se quemaban las tostadas. Las dejé por imposibles, bajé a desayunar a la calle y llamé a Arce.

Me vi con él por la tarde. Aún no le había contado nada del encuentro con Fede y quería saber lo que Teresa se traía entre manos antes de reunirme con ella unas horas más tarde, pero más allá de esas cuestiones «prácticas», por llamarlas de algún modo, deseaba su comprensión, su apoyo. El día era caluroso pero soportable y nos tomamos sendos cafés con hielo en una de las terrazas de los Jardines de Murillo.

—¿Así que Fede piensa que quieres hacerles chantaje? No está mal, como en una novela negra. ¿Le hablaste de mí?

—No, no le dije nada, tampoco lo amenacé expresamente, pero le di a entender de manera inequívoca que ese asunto seguía pendiente.

—Y ahora te llama ella. Al parecer los tienes en vilo.

—¿Lo has comentado ya con la dirección del periódico?

—No. Y no lo propondré hasta que no sea inmediato el momento de la publicación. El suegro de Fede, el constructor, es uno de los principales anunciantes del periódico, por no mencionar a la Junta y a todos sus organismos de gestión discrecional o los cuantiosos préstamos de la Caja de Ahorros, asociada a los negocios audiovisuales de Julián.

—¿Temes que no quieran publicarlo?

—No, en realidad no. Es demasiado goloso. Además, saben que si no lo publicamos nosotros, lo publicaría otro. Sin embargo, tendrán que soportar muchas presiones, cuanto menos tiempo tengan para pensarlo, mejor —asentí sin añadir nada—. ¿Por qué haces esto, Andrés? Me refiero a verlos, a enfrentarte directamente a ellos. Sí, sé que yo te di pie a ello. De repente no eras la persona que creía que eras. Quería cerciorarme de lo que me decías, comprobar si tendrías el valor de afrontarlo. En realidad estaba indignado contigo.

—¿Y ya no lo estás?

—¿Indignado? No. Decepcionado, sí. Pero eso forma parte de la decepción general por todas las cosas que no son lo suficiente buenas, por la vida, por esta continua merma de ilusiones por pequeñas que sean. Además, estoy tan indignado con esos tres canallas que no me queda indignación para ti.

Sonrió al decirlo y eso casi hizo que se me saltaran las lágrimas, pero me eché a reír, una risa nerviosa pero feliz.

—Podrías ahorrártelo e irte —continuó—. Con tu declaración ya tengo lo que necesito.

Otra cosa será lo que venga después.

–Podría, pero no quiero hacerlo... Me he dado cuenta al volver que dejé aquí abandonado algo que quiero recuperar. Mi estima. Durante todos estos años me han pasado cosas buenas y malas y hasta en alguna ocasión he sido feliz, pero nunca he dejado de sentirme un mierda. Debo demostrarme que no los temo. Y eso implica no rehuirlos, mirarlos a la cara. Y obligarlos a que sean conscientes de la monstruosidad que hicimos forma parte de la terapia para recuperar mi orgullo. Y sin eso, nada valdría la pena.

Me miró con cierta ironía y un destello de lo que no supe si era cariño o compasión.

–¿Te das cuenta de que esto acabará mal para ti en cualquier caso? Aunque Ana no presente denuncia, la fiscalía podría actuar de oficio y tú te habrás incriminado solo y además tendrás que responder al tiempo a la querrela por calumnias que te echarán encima. Podría darse el caso de que te condenaran por ambas cosas y ellos quedaran completamente libres.

–No lo había pensado, la verdad. Sería espantoso. Aun así...

–Bien, muy bien. He sabido algunas cosas de Teresa. Su pareja oficiosa es el senador con el que estuvo en el funeral de tu padre.

–Sí, por entonces ya eran amantes.

–Tiene ya setenta y tantos años y enfermó hace unos meses. Dio un buen bajón y por lo visto Teresa pasó de él en cuanto lo vio prácticamente inválido. Al parecer ha vuelto con su mujer, que debe de ser una santa. Este abandono no ha sido sólo sentimental sino también político. El senador pertenece a una vieja guardia que ha sido desalojada de los puestos clave. Teresa, por influencia suya o por decisión propia, estuvo en contra del presidente en el congreso en el que fue elegido, pero desde que ganó las elecciones, inició un acercamiento que ahora está dando sus frutos.

–¿Entonces es verdad que va para ministra?

–Sí. En un gabinete paritario. Y tú vas a impedírselo.

Tomé un buen trago de cerveza.

–Exacto. Y también tú. Y Ana. Vamos a impedírselo.

Brindamos haciendo chocar nuestros vasos.

–¿Qué vas a decirle?

–No lo sé, lo menos posible. Dejaré que hable ella.

–Tengo que irme –Arce se levantó y me entregó una cuartilla doblada–. Anoche,

leyendo, me encontré unos versos y me acordé de ti. Los he copiado. Es una traducción, supongo que preferirías leerlo en versión original. Son de Auden. Espero que aún estés a tiempo. Ya me contarás. Nos vemos.

Se fue sin decirme a tiempo de qué. Leí el poema y me hice la misma pregunta, aunque no ignoraba la respuesta. De todos modos me alegró que, a pesar de mis temores, Arce y yo seguiríamos hablando de literatura. Lo guardé en mi cartera, estaba escrito de su puño y letra.

Dios puede reducirte
el Día del Juicio Final
a lágrimas de vergüenza,
al recitar de memoria
los poemas que habrías
escrito si tu vida
hubiese sido buena.

¿Sería alguna vez mi vida lo suficientemente buena como para escribir esos poemas, novelas o lo que fuere y que Dios no tuviera que recitármelos para mi bochorno? El eco de esas palabras resonaba en mi mente cuando llegué al restaurante en que me había citado Teresa. Estaba en La Palmera, en uno de los antiguos palacetes de esa avenida, y era uno de los más caros de la ciudad y, según Arce, un lugar habitual de encuentro de la nomenclatura del Régimen. En cuanto entré por la puerta, en la antesala de un amplio salón con molduras moriscas, se me acercó un camarero con librea como antiguamente los lacayos y me condujo por un corredor anexo y una escalera hasta la puerta del reservado donde Teresa me esperaba. Por eso había querido que nos encontráramos allí, para que nadie pudiera vernos juntos. La habitación era coqueta como un *boudoir* y estaba presidida por una mesa puesta con esmero. Aquel era un escenario más propio de un encuentro erótico que del combate de boxeo que íbamos a mantener. Teresa se levantó al verme y avanzó resuelta para darme un abrazo. Pensé por un instante en rechazarla, pero el poema de Arce me inducía a mirarla con más compasión que inquina y le correspondí con tibieza porque lo que hacía ella no era literatura y era mucho más lo que Dios podría echarle en cara por todo lo bueno que había dejado de hacer. Me estrechó entre sus brazos como si quisiera demostrarme que aún tenía tetas, más por

cierto de lo que yo recordaba, no sabía si porque estaba más gruesa o porque se había operado.

–Siéntate, Andrés. Veo que te sienta bien Londres, estás muy guapo.

Sonreí ante el piropo, la primera tentación que como un hueso arrojaba a mi vanidad.

–Gracias. Tú también estás muy guapa –se lo devolví con una evidente falta de entusiasmo, no porque fuera falso sino porque su belleza no me inspiraba la menor emoción, era la de una máscara. La belleza que yo echaba de menos era la de la joven orgullosa y seria que conocí, que aprendió a reír conmigo. La belleza que nos faltaba era la de los ideales que ella había traicionado, la de las novelas que yo no había escrito, la de los edificios ecológicos que Fede no había proyectado, la de los documentales que Julián nunca llegó a filmar. Por mucho que nos consideráramos guapos, esa belleza la habíamos perdido y lo que quedaba eran dos caretas bajo las que se medían unos ojos recelosos. En ese momento entró el *maître* y ambos coincidimos en una comida ligera que dejamos a su elección, como el vino. Se marchó ceremonioso y Teresa reanudó la conversación.

–Me contó Fede que te ganas la vida en Londres vendiendo muebles que hace un carpintero jamaicano. Increíble.

Lo dijo de un modo que lo mismo podía ser un elogio que un desprecio.

–Son muebles para libros, estanterías, atriles, cosas así.

–Es muy interesante y, aunque sea sorprendente, te pega. Siempre te gustaron los libros. ¿Recuerdas cuando me leías a Cernuda, a Baudelaire...?

No recordaba haberle leído nunca a esos autores, pero otros sí, y los primeros y últimos versos que escribí, en un pasado muy remoto.

–De eso hace ya mucho.

–Sí –concedió–, pero es bonito recordarlo, ¿no te parece? –no, no me lo parecía, pero no se lo dije–. También me dijo Fede que ya no estás con... la inglesa, con...

Siempre había despreciado a mis novias y a las de los demás, no porque no fueran dignas de nosotros sino porque no eran dignas de ella.

–Elisa.

–Sí, eso. ¿Y tienes pareja, una relación? No te has casado ni nada de eso, ¿verdad?

Lo dijo riéndose, como si casarse fuera algo extravagante. Desde luego ella no estaba pensando en tener hijos, como yo. No me dio tiempo a responderle. Llamaron a la puerta

y entró una camarera con la comida. La sirvió y se retiró reverente con la advertencia por parte de Teresa de que no nos molestaran.

—No —repuse al fin—. Tampoco tengo pareja —le mentí—. ¿Y tu senador?

Se lo pregunté con mi sonrisa más cálida.

—Ya no estamos juntos. Ahora estoy sola, como tú.

La insinuación era evidente, pero ni ella misma se la creía. No pude evitar un gesto irónico que hizo que un rayo de rabia le pasara por los ojos, pero al instante hizo un mohín coqueto y se echó a reír.

—¡Bah!, para qué darle vueltas a eso. Tú me conoces de sobra, sabes que el amor o el sexo fue siempre algo secundario para mí. Lo principal siempre fue el servicio a los demás, mi carrera política, el partido.

—¿El servicio a los demás o a ti misma? —no pude contenerme—. Lo principal para ti siempre ha sido tu ambición.

—Y qué si soy ambiciosa. Alguien tiene que serlo, ¿no? ¿O el problema es que soy mujer? Me haces objeto de tu sarcasmo por aquello que pasó, pero eso no puede invalidar toda mi vida. Todo lo que he hecho, lo que estamos consiguiendo y lo que podemos conseguir.

—¿Conseguir? ¿Quiénes?

—Todos. La sociedad. Las cosas han cambiado mucho y para mejor y aún cambiarán más porque tenemos un nuevo impulso.

Yo dudaba mucho que la grosería de nuevo rico que era perceptible en toda España y desde luego en Sevilla fuera un cambio a mejor. En cuanto al nuevo impulso de gente como ella... daba miedo pensarlo, porque detrás de su ambición lo que había era una ignorancia de tomo y lomo. Tenía razón Matías, estaban eufóricos con que el capitalismo funcionara tan bien, así podían chuparle la sangre.

—¿Te acuerdas de que cuando te aburrías de que te leyera a Cernuda y a Baudelaire me arengabas con un montón de tópicos sobre las maldades del capitalismo, ese sistema inmundo que había que destruir? Parece que te has adaptado muy bien a él.

—¿Tú no? ¿No has llevado durante años una vida de rico en Londres?

—Yo nunca fui «revolucionario» como tú. Me consideraba sólo una buena persona y ni a eso llegué. Y, además, de rico nada, a mí nuestro botín nunca me dio para tanto.

—Nuestro botín. Estás obsesionado, es ridículo. Ya me lo dijo Fede, pero no podía creerlo. Eso es la prehistoria, pasó hace un siglo. Nos beneficiamos, sí, tú también. Me

acusas de ser una hipócrita, pero tú lo eres mucho más. Nadie podría haber previsto el rumbo que tomaron las cosas. Todo transcurrió por accidente y eso es lo que fue. Y vienes ahora con tu moralina a dártelas de santo.

Se había sofocado, casi se mordía de rabia los labios y se tomó de un trago la copa de vino que tenía delante. Apenas habíamos mordisqueado la comida.

–Un accidente. Sí, eso fue lo que dijiste también entonces, que debíamos considerarlo un accidente y pagar una indemnización.

–¿Y tú a qué vienes, a cobrarla?

–Podría, podría porque la pagué por vosotros.

–¿La pagaste? ¿Qué estás diciendo?

Me dejé arrastrar por el calor de la conversación y ya no podía detenerme.

–¿Recuerdas lo que acordamos, recuerdas que volví al año y que os negasteis? Al día siguiente fui a Zahara y dejé en la puerta de aquella familia, una mujer viuda, una niña de dieciséis años, una bolsa con diez millones de pesetas.

–¿Y ahora vienes, diez años después, a contarnos esa trola y a pedirnos el dinero? Eres el colmo.

–Aquella niña me vio cuando dejaba la bolsa. La madre no soportó la pena por la muerte de su hijo y murió al poco, la niña se costeó una carrera universitaria con ese dinero producto de la muerte de su hermano. Me reconoció en una fotografía de la solapa de uno de mis libros. Ahora es una mujer de veinticinco y se ha puesto en contacto conmigo.

–¡Eres gilipollas! ¡Siempre, siempre has sido un gilipollas!

Le salió del alma. Ahora sabía que había otra persona, que ya no era algo sólo entre nosotros. Desde el principio Teresa había temido que acabara delatándome y a ellos conmigo y, aunque tarde, acababa de confirmar sus peores sospechas. Se sirvió la última copa de vino. Se había bebido ella sola la botella. Bebió, suspiró y me miró con una expresión de no tengo palabras para decirte lo tonto que eres. La coquetería del principio se había desvanecido, ya no me veía tan guapo.

–¿Qué le has contado?

Había obrado por impulso al hablarle de Ana, pero no me arrepentía de haberlo hecho. Quería que fuera plenamente consciente de que no era algo de un tiempo ya pasado, que nuestros actos habían tenido consecuencias que no podíamos evitar. Las cartas estaban

sobre la mesa, pero no era prudente levantarlas todas. No era la de Ana sino la de Arce la que me tenía que guardar.

–La verdad. ¿Qué iba a contarle?

–¡Hijo de puta! ¡Mi nombre! ¿Le has mencionado mi nombre?

–Naturalmente. Se lo conté todo con pelos y señales. En el fondo, estaba deseando hacerlo.

Si las miradas asesinaran, en ese momento habría muerto sobre la mesa. Después, se abismó en sus pensamientos como si estuviera haciendo el cálculo de los daños que aquello podría causar a su irresistible ascensión.

–¿Qué quiere?

Su voz era aséptica y dura como la de un general negociando una tregua.

–Lo mismo que tú predicas –le respondí–. No pretende denunciarnos, pero exige que se haga público. Como eso de la memoria histórica: no se trata de enjuiciar a los criminales pero sí de esclarecer los crímenes.

–Ahórrate los sarcasmos. Eso es una comparación ridícula, ofensiva, pero ¿no te das cuenta de la gravedad de lo que dices? Ah, claro, tú no tienes una reputación que defender, no eres nadie, sólo otro escritor fracasado y lleno de rencor, por eso no te importa. Negaremos todo, no lo dudes. Y sobre nosotros no habrá sospechas. Y de lo que no habrá ninguna duda es de tu culpabilidad. Que no denunciará, eso dice ahora, para no asustarte, pero después... Y de cualquier modo el fiscal actuará de oficio. Si lo haces público, acabarás en la cárcel, no lo dudes.

–Ya veremos.

–Por supuesto que lo veremos. No podrás demostrar ninguna de tus acusaciones, ya nos ocuparemos de que lo único que se entienda de tu actitud sea la envidia y las ganas de llamar la atención. Te enterraremos en mierda, te lo juro.

–Bien. Entonces no tienes ninguna razón por la que estar preocupada. Dicen que vas a ser ministra, no sé cómo quedará este muerto en tu armario.

Un párpado le tembló mientras en sus pupilas ardía una llamarada de angustia. Si aquello se hacía público, por más cortinas de humo que arrojara, Teresa podía despedirse del cargo.

–Si sale a la luz, será dañino para todos, pero sobre todo para ti –insistió en sus amenazas–. Al final, el que pagará el pato de esto serás tú, eres así de cretino.

–Bien, tengo que irme. No creo que tenga sentido prolongar la conversación.

–Piénsatelo, Andrés, piénsatelo. A ti y a esa chica, tan joven, que está empezando en la vida, os convendría mucho más nuestra ayuda que nuestra enemistad.

–¿Vuestra ayuda?

–Sí, y no deberías despreciarla. La has conocido, ¿verdad?, a esa chica, lo haces por ella. Te conozco, por ti mismo eres incapaz de hacer nada, nunca lo has hecho, pero no has dejado de quejarte porque eres un quejica. Pues bien, ya que lo haces por ella, piensa en ella de verdad, en qué es lo que le conviene.

Me levanté. Ya no la soportaba ni un minuto más.

–Lo pensaré.

No me molesté en despedirme.

13

Aún me duraba el mal sabor de boca de esa conversación cuando se la conté al día siguiente a Arce. No sabía si había hecho bien hablándole a Teresa de Ana. Arce respondió con cierta sorna que igual había adquirido la costumbre de decir la verdad. No le sorprendió que me ofreciera «ayuda» y no sólo para mí.

–Os ofrecerán dinero, Andrés, y puede que mucho, porque es mucho lo que pueden perder.

Había en su tono una resignada sospecha.

–Y tú temes que acepte.

–Ya lo has hecho una vez, a pesar de todas tus renuencias, pero no, no es eso. No pensaba en ti.

–¿Entonces en quién, en Ana?

–Sí, en Ana. Más bien en lo que sería más conveniente para ella.

–Tienes mi declaración, ya no puedo echarme atrás. En cuanto a Ana, jamás aceptaría un trato con esa gente.

–¿Por qué estás tan seguro? Contigo lo ha aceptado.

–Sí, pero sólo a cambio de decir la verdad. Y eso es para ella lo más conveniente.

–Ya, bueno. El otro día Teresa abordó a mi jefe en una reunión de esas que tienen los capitostes. Le confirmó confidencialmente que va para ministra pero que sabe que hay una operación en marcha contra ella, un montón de falsedades sin base alguna ni otro motivo que la envidia. No quiso decir en qué consistía esa operación, pero sí dejó caer los beneficios que podían esperar la ciudad y el periódico si ocupara un ministerio en Madrid. Según ella, los periódicos deben publicar información contrastada y no calumnias y nuestro editor, periodista y hombre de negocios al mismo tiempo, le aseguró que si llegaba algo así a la redacción, ella sería la primera en saberlo. A continuación, corrió la voz para que estuviéramos al loro. La olla se está calentando.

La ciudad también se calentaba, la gente no salía sino de noche y dormía en las azoteas. Yo estaba agotado por el calor africano y la tensión nerviosa de los últimos días. Le dije a Arce que me iría a la playa. Estuvo de acuerdo en que lo mejor era que me quitara de en medio unos días.

Esta vez sí alquilé un coche, no quería ir a Zahara de nuevo, ni a ningún sitio en el que hubiera mucha gente. Pensaba recorrer la costa hasta Bolonia, pero me detuve en el Capi, un hotel entre El Palmar y Los Caños, aquí en Zahora, donde ahora escribo, que me trajo viejos recuerdos. Había estado sólo una vez, en la prehistoria de mi vida, con la vocalista de un conjunto con la que estaba enrollado y que me cantaba desnuda en la playa sus canciones. Tuve suerte, tenían una habitación. Al atardecer, un dédalo de carriles me llevó a la playa. La marea estaba baja y había dejado a la vista una amplia extensión de roca, un jardín de piedra en el que a contraluz unos niños buscaban cangrejos. El faro de Trafalgar, al otro extremo, lanzaba ya su luz apenas apreciable, como la luna pálida que había aparecido en el cielo. Había nudistas, como entonces, desparramados felizmente en la cálida arena. Yo también me bañé desnudo y me tumbé contento de estar allí, con una despreocupación absoluta, mirando a unos muchachos volar unas cometas.

Todo estaba más o menos como lo recordaba, había más casas, pero ningún bloque a la vista, ninguna «urbanización»: Federico no había logrado aún meter sus zarpas. Al contrario que Zahara, Zahora no era un pueblo de marineros, ni siquiera era un pueblo sino un núcleo rural del que todavía quedaban algunas huertas. Durante siglos los barcos de vela habían tomado agua en Los Caños, unas cascadas de agua que caen en varias calas desde el acantilado, más allá del faro, y se habían provisto de verduras y fruta en Zahora por compra o por saqueo. Ya no caían las cortinas de agua y las huertas se habían convertido en parcelas y las parcelas en casas, todas ilegales, porque los terrenos seguían siendo rústicos, en una de estas inconsecuencias tan comunes en la vida española. Sin embargo, aquella apropiación caótica, al estar basada en un minifundio, no había dejado bolsas de suelo para los suegros de ningún Federico ni para sus urbanizaciones moriscas debidamente legalizadas, de modo que el anárquico resultado era más natural, menos prefabricado y menos masivo.

Muchas de esas casas eran de antiguos jipis, más o menos de mi edad, que habían llegado aquí por la misma época y se habían instalado. Encontré entre ellos algunos viejos amigos; formaban una comunidad de expatriados de Sevilla, vivían allí todo el año,

también en invierno, muy bronco y frío en estos pagos. Me dijeron que Matías aún andaba por allí, pero no llegué a encontrarme con él. Uno de estos amigos, Javi, dueño en aquellos tiempos de un legendario bar de copas en la ciudad y promotor de no menos legendarios conciertos de rock, era un damnificado de Julián, según él uno entre muchos. Me abordó con cierto reparo porque creía que aún éramos amigos y se alegró de saber que no era así. Al parecer Julián copaba la producción de Canal Sur a través de dos productoras, la propia y otra que controlaba bajo cuerda, pero ese no era sino uno de sus negocios, también tenía una empresa de alquiler de equipo para eventos musicales en la que fijaba precios abusivos, pero que los promotores tenían que aceptar porque era frecuente que no obtuvieran los permisos de los ayuntamientos si no era así. A Javi había acabado echándolo del negocio y ahora llevaba una vida de bajo coste con unos ahorrillos que tenía y se dedicaba a la pesca submarina surtiendo a los restaurantes de la zona.

Pasé unos días de auténtica paz, sin hacer otra cosa que leer, pasear y bañarme, procurando pensar lo menos posible. Sólo recibí una llamada, de Ana. Me alegró que fuera ella la que llamara, yo me había resistido a hacerlo. Había terminado el trabajo, todos los bocetos estaban entregados y en la editorial se trabajaba a toda máquina porque allí la temporada comenzaba antes. Seguramente coincidirían la publicación del artículo de Arce y el lanzamiento de nuestro libro. Un doble motivo de celebración, al menos para ella. Me preguntó cómo estaba, con ternura, pero no dijo que me echara de menos. Le hablé de Zahora, de lo a gusto que me encontraba, con la misma placidez descuidada que en el Phoenix Garden, y de lo mucho que me gustaría que estuviera conmigo. Llegaría en unos dos días, me dijo, tenía que resolver algunos asuntos, asuntos que yo ignoraba.

De todos modos, no podríamos estar juntos como en Londres, eso no nos convenía. Enturbiaría nuestro propósito proporcionando a nuestros enemigos una munición escabrosa. Se quedaría en casa de Arce. Desde luego, Ana tenía razón, por eso había querido mantenerla al margen mientras me había sido posible, pero me dolía que me lo dijera con tanta indiferencia. Le conté la conversación con Teresa, su ofrecimiento de «ayuda». No le sorprendió, supuse que habría hablado con Arce y recordé sus dudas acerca de lo que Ana podría considerar más conveniente.

—¿Aceptarías si la cantidad fuera suficiente? —le pregunté—. ¿O ni siquiera lo considerarías?

–No se ha dado el caso, así que para qué pensar en ello. Quiero que paguen por lo que hicieron y cuanto más alto sea el precio, mejor.

No era nada concluyente pero ya no dijo nada más. Nos veríamos en breve. Traería copias de los bocetos. Colgué bastante confuso con respecto a sus intenciones.

Volví a Sevilla ya a fines de julio sin muchas ganas, al menos el calor había remitido un poco. Las noches eran deliciosas, aunque habían perdido parte de su encanto al desaparecer los cines de verano, con sus jazmines y damas de noche y su «selecta nevería». Paseaba por las calles estrechas y solitarias del centro, evitando la zona turística y las plazas con veladores llenas de gente tomando cerveza. Raramente encontraba algún antiguo amigo o algún conocido, en parte por los años que llevaba fuera, en parte porque todo el que podía se había marchado ya de vacaciones. No llamé a Arce ni él a mí, lo suponía en contacto con Ana, esperándola de un día para otro. Me intrigaba cómo abordaría la historia, desde qué perspectiva, ¿la de ella quizá, tal vez la mía, o se limitaría a transcribir mi declaración y ampliar su reportaje de entonces, contestando por fin a la pregunta de quién mató a Francisco Parra? Pero ¿qué contaría de lo ocurrido después, del dinero que dejé en casa de Ana o de su propia participación en el asunto? ¿Hasta qué punto sería sincero o cauto? Ellos aprovecharían cualquier resquicio para tratar de echarnos mierda encima.

Por las mañanas salía con la fresca y no volvía hasta que me ahuyentaba el calor. Pasaba en casa las horas muertas de la tarde, leyendo la antigua colección de Reader's Digest en español de mi padre, que se había quedado allí junto con sus libros de Derecho y los muebles que no se había llevado mi hermana, esperando la almoneda cuando se encontrara para la casa un comprador. Yo esperaba la llamada de Julián: él se había encargado siempre de resolver las cosas, siempre tuvo la última palabra porque no le importaba encargarse del trabajo sucio. Llamó el último día del mes. Quería que habláramos. Me citó en su oficina, a última hora de la tarde, allí estaríamos más cómodos, lo estaría él, claro, y era más adecuado para hablar de un asunto tan delicado como este. Le advertí que si lo que pretendía era amenazarme, podía ahorrarse la molestia y yo la visita. Además, yo no podría negociar nada porque era algo que ya no estaba en mis manos. Me aseguró que no habría ningún problema, sólo quería que escuchara su propuesta. Le aseguré que acudiría y, como con Teresa, me importaba

poco el lugar que eligiera. De todos modos, llamé a Arce para que supiera adónde iba, por si desaparecía o me daban una paliza y me dejaban tirado en cualquier parte.

La productora de Julián ocupaba uno de los pabellones de la Expo. Incluía un plató, almacenes y oficinas. Habitualmente trabajaban allí más de un centenar de personas. Me proporcionó esta descripción que yo no había pedido la joven bastante guapa que me aguardaba en recepción, enunciando con orgullo los programas que se grababan allí mientras me conducía por un pasillo lleno de fotografías de famosos con firma incluida. En Londres no veía la televisión porque no me interesaba lo suficiente y por no pagar la tasa, pero en los días que llevaba en Sevilla la ponía de vez en cuando, quizá porque la tenía más presente al estar en casa de mis padres, con la diferencia de que la televisión que yo veía de niño me parecía mucho mejor. En concreto, la televisión autonómica era algo superior a mis fuerzas: de hecho, nunca habría imaginado una caricatura más cruel de la sociedad andaluza que la que mostraban esos programas con los que tan feliz se sentía aquella belleza de las relaciones públicas. Subimos en un ascensor hasta el último piso, reservado a quienes poseían una llavecita que la chica llevaba colgando de una pulsera. Yo di por hecho que era la asistente personal de Julián y que esa dedicación incluía todo tipo de servicios. Ella no entró, ni siquiera para anunciarme, y se despidió tras dejarme paso con un gesto a un despacho tan amplio como una *suite*.

Aquello parecía una vivienda sin tabiques: primero, el despacho propiamente dicho, en torno a una mesa de trabajo con dos ordenadores y una pantalla al lado que transmitía sin voz lo que estaba sucediendo en el plató; en otro lugar, una mesa de reuniones que parecía de comedor para unas ocho personas (no dudaba que allí se celebraban importantes comidas de trabajo), y en el centro estaba dispuesta una especie de sala de estar, con cómodos sillones en torno a una mesita baja, para hablar de negocios con un whisky en la mano. Seguro que tras las puertas cerradas había cocina y gimnasio. El frente era completamente de cristal y ofrecía una hermosa vista crepuscular sobre la ciudad al otro lado del río. Julián hablaba o más bien escuchaba por teléfono, ya con una copa en la mano. Me dirigió una mirada medida, ni falsamente cordial ni abiertamente hostil, invitándome a sentarme en uno de los sillones mientras concluía su muda conversación en la que no profería más que monosílabos. El sol se desangraba en el cielo, una muerte plácida que arrancaba a la ciudad un suspiro de alivio tras el largo día.

Me imaginaba allí mismo a los tres, seguramente habían estado hacía unos días, sentados en esos mismos sillones, tensos, discutiendo a gritos, calculando los daños,

disputando por la estrategia que debían seguir, por cuánto ofrecer, por lo que tendría que poner cada uno. Tal vez echando cuentas de los negocios comunes, de los beneficios que a cada uno había aportado su asociación. Recelando de que cada cual tuviera más que perder que el otro.

–Disculpa, tenía que atender esa llamada. ¿Te pongo algo?

La voz de Julián me sustrajo de aquella visión. Le dije que bastaría un vaso de agua.

–¡Bah!, no seas tan puritano. Si tienes sed, tómate una cerveza.

Me la sirvió sin esperar respuesta, después se sentó e indicó con un gesto amplio la panorámica que se nos ofrecía.

–Maravilloso, ¿no te parece?

Asentí con gesto de no estar allí para hablar con él de estética y mi cara de fastidio aumentó cuando se puso a hablarme de los nuevos proyectos que había en la ciudad, muerta desde la Expo pero que estaba despegando como un cohete hacia la modernidad, fuera eso lo que fuese. No me cabía duda de que debía de estar a partir un piñón con el alcalde. Y, por supuesto, los carcas boicoteaban todo, actuaban como perros rabiosos esperando una oportunidad para morder. Supuse que yo era una de esas oportunidades, cosa que me importaba poquísimo. No me molesté en decírselo, era patente en mi actitud.

–Pero bien, esto no te interesa. Ya sabemos que tú sólo te preocupas por ti mismo.

Se me escapó una risa.

–Sí, no soy un altruista como tú.

Él se rió también con desenvoltura.

–Siempre fuiste muy irónico, pero en este caso lo eres sin fundamento. Tú vives a tu bola en el extranjero sin hacer nada de provecho. En cambio, yo me he quedado aquí matándome a trabajar para crear riqueza, empleo. Son muchas las familias que dependen de mí.

Sí, la riqueza de las televisiones públicas y las adjudicaciones municipales, pero no había ido allí a enzarzarme en una discusión como esa y me limité a un lacónico «Ya».

–Veo que no te afecta el desprecio. No te preocupes, a mí tampoco. Así que podemos ahorrárnoslo.

Alargó la mano hasta una caja de madera sobre la mesa y sacó un puro, no me ofreció ni me preguntó si me molestaba que fumara. Lo encendió con parsimonia y me miró moviendo la cabeza como ante un niño díscolo que se obstina en lo que no le conviene.

–¿Has pensado en lo que te echas encima, Andrés? Ya no somos jóvenes, confesar algo así es un suicidio. ¿Has pedido asesoramiento legal? No lo creo, tú eres una de esas personas sensibles y simples que viven confiadas en que al final alguien resolverá sus problemas. Quizá creas que todo ha prescrito y que se trata de arruinar nuestras reputaciones, sin consecuencias para ti, por no tener ninguna, pero te equivocas...

–Basta, esa música me suena conocida –aquello era lo mismo que me habían dicho Teresa y Arce, lo que me decía todo el mundo menos Ana.

–Como quieras.

Se levantó y fue hasta la mesa de despacho. Desde allí leyó una nota en voz alta.

–Ana María Parra, de veinticinco años, natural de Zahara de los Atunes, licenciada en Bellas Artes con muy buenas notas. Una joven seria, con talento, que disfruta de una beca en una prestigiosa escuela de arte, en Londres.

Ignoraba cómo había conseguido aquella información, debían de tener un contacto en la universidad, debían de tener contactos en todas partes.

–No está mal para una chica de pueblo... –prosiguió mientras volvía y se sentaba con aire de «aquí yo soy el amo». Me entraron ganas de partirle la caja de puros en la jeta–, nada mal. Se ve que cundió el dinero que le diste. Cuando me lo contó Teresa, no me extrañó: eres de las personas que hacen eso pero dejan sólo la mitad, creyendo así lavar su conciencia.

–Supongo que no tenerla es mejor, más descansado.

Dio un resoplido de desprecio.

–Si se tratara sólo de ti, me limitaría a aplastarte como a una cucaracha o ni siquiera eso, porque tú solo jamás tendrías huevos, pero... esa muchacha. Sí que es cierto que estamos en deuda con ella.

Era ella a quien temían, una joven de origen humilde, huérfana, con su único hermano muerto, señalándolos con el dedo. Ella era lo que los aterraba. Y por eso hablaba de deuda. Permanecí callado, a la espera de que dijese la cifra con la que pensaba comprar nuestro silencio. Deseaba irme, salir al aire fresco, lejos del humo de su inmundo puro y de su obscena prepotencia.

–Trescientos mil euros –dijo al fin–, ni uno más. Esa es nuestra única y última oferta.

–No aceptará.

–¿Por qué no? Ya lo ha hecho antes. Cuando aceptó tu mitad.

Su aire cínico era desesperante.

–Hizo justo lo que tenía que hacer entonces y lo que hará ahora será muy distinto, te lo aseguro.

–¿Y por qué? ¿Por venganza? ¿Y qué ganará con eso?

–Justicia. Eso es lo que quiere y lo que obtendrá. Que se os vea tal como sois en realidad, unos desalmados que corrompen todo lo que tocan.

–¿Y tú? ¿En qué eres distinto a nosotros?

–Soy débil, ¿recuerdas? ¿No era eso lo que me reprochabas hace un momento? No soy despiadado como vosotros y no he seguido lucrándome después sobre ese dinero ensangrentado.

–Claro, tú crees que gastándolo pecas menos que nosotros invirtiéndolo. No, la diferencia que hay entre nosotros, en cuanto a ella, es que tú pagaste tu mitad. Y eso es lo que le ofrecemos ahora.

No sólo era un trato sino un trato además mezquino, tasado por algo que él mismo despreciaba, pero a Julián le cegaba la soberbia y no advertía lo elemental.

–Te equivocas. Hay una diferencia. Además de eso yo estoy dispuesto a decir la verdad, pero vosotros no.

–La verdad –lo dijo con un desprecio rotundo–. ¿Y qué es la verdad después de tantos años? ¿En qué se basa, en los recuerdos? La tuya no es igual que la mía. La verdad es algo que se establece en los juzgados, un sitio donde todo el mundo acude a mentir. Y allí la verdad será nuestra, no lo dudes, porque lo que defendemos es muy superior a un error de hace once años.

–¿Lo que defendéis? ¿Y qué defendéis que no sea una mentira en vuestros labios, la memoria histórica, la ecología, la Andalucía que sale en tus concursos y tus *realities*?

–Es muy fácil decir eso cuando no se ha hecho nada, como tú, dedicado a novelas que ni siquiera tienes el talento de escribir, cuando nunca se han metido las manos en el barro de la vida. Para hacer cosas, tienes que mancharte, eso tú nunca lo has entendido. Y el resultado está a la vista a pesar de todos tus lloriqueos. No digo aquí, en este despacho, sino en la ciudad, en esa Andalucía de la que te burlas, porque estamos avanzando y llegaremos mucho más lejos, a pesar de los inútiles llenos de rencor como tú.

–Creo que ya me has dicho todo lo que tenías que decirme.

–Sólo una cosa más. Entiendo que ella pueda tenernos inquina, pero ¿y tú?, ¿por qué nos odias tú? Es patológico.

–Porque sé quiénes sois.

–Te hará un gran favor si acepta, porque si no, diremos que fuiste tú, tú solo, y que cuando la chica te reconoció pasados los años, la engañaste involucrándonos a nosotros para descargar tu responsabilidad. Nos pondremos de su parte y lo haremos de tal modo que hasta ella acabará creyéndolo.

–Lo dudo. Todo eso no son más que bravatas. Por el contrario, todo el mundo creará que sois culpables desde el primer momento y tú lo sabes. La carrera política de Teresa se irá al traste y con ella vuestro asidero principal al poder. En otro caso, tú jamás ofrecerías ni un solo céntimo pero, descuida, que por más que no sirva de nada sí transmitiré tu mensaje.

–Ya veremos. Si esa chica es tan lista como parece, comprenderá que nosotros, al ofrecerle una compensación, la tratamos mejor que tú, que pretendes arrastrarla a una guerra inútil de la que todos saldremos perdiendo.

–No. Perderemos nosotros, yo también, pero ella saldrá ganando, como toda la gente que merece saber quiénes son los que los gobiernan y cómo adquirieron su poder o su fortuna. Los que creen sinceramente en todo lo que vosotros ensuciáis con vuestras mentiras.

No sabía por qué me molestaba en zaherirlo salvo para desahogarme, porque todo lo que pudiera decirle le resbalaba ostensiblemente. Julián debía de haberse comido mierdas más grandes.

–Te quieres presentar como un héroe ante ella, ante el mundo, pero todos te verán como un ser despreciable. Que robó droga y se dio a la fuga con el botín sin reparar en las consecuencias y que tras gastarse el dinero durante años en el extranjero ahora vuelve embaucando a su antigua víctima para extorsionar a unos ciudadanos decentes que se ven en la picota por mantenerse firmes y no ceder al chantaje. Tendremos problemas una temporada, los tendrá Teresa, que es la que menos se merece la cochinada que quieres hacerle, pero al final ganaremos y ella saldrá reforzada y tú te pudrirás en la cárcel.

Su cinismo era absoluto. Me chantajeaba y me amenazaba con acusarme de chantajista. Me fui y lo dejé a solas con su puro y su poder. Su asistente personal me esperaba al pie del ascensor y me acompañó a la salida. Seguro que después subió a aliviar las frustraciones de su jefe. El aire libre me pareció una bendición. El río traía una brisa nocturna, fresca, que me besó la frente.

La primera semana de agosto, el viento cambió a levante y empezó a hacer calor de verdad: la ciudad parecía un horno, las paredes ardían y ni siquiera las noches, que me pasaba al fresco en la azotea, traían un poco de descanso. Mi ánimo estaba también bajo una losa tan pesada como la temperatura. De pronto tenía dudas acerca de Ana, sobre su actitud y sus intenciones, de su amor. Ni me había llamado para anunciar su llegada ni contestaba a mis llamadas. Tenía miedo a las consecuencias de todo aquello, a afrontarlas en solitario, años quizá enfrascado en querellas y molestias judiciales. Me preocupaba el trabajo abandonado en Londres, junto con Marcus y Michelle, la vida placentera y práctica que había dejado allí y que ahora me parecía tan lejana. Todo eso se sumaba capa tras capa como estratos de una depresión atmosférica. Apenas salía, salvo a dar largos paseos nocturnos en los que ya no brillaba la emoción del reencuentro con la ciudad, agotada a los pocos días caminando por ella.

Me alegró que me llamara Arce invitándome a cenar en su casa. Tras la reunión con Julián habíamos hablado pero no nos habíamos visto. Me preguntaba si Ana ya habría llegado sin molestarse en avisarme, sin desear que fuera a esperarla al aeropuerto como me habría gustado. Tras la disputa con Julián, era más consciente de la necesidad de ocultar la relación que manteníamos, pues eso daría credibilidad a la pantalla de humo de que los tres eran víctimas de una conspiración urdida por mí. Y aun así, cuánto habría agradecido una llamada, una muestra de interés.

Arce vivía en la calle Joaquín Costa, junto a la Alameda de Hércules. El reformador aragonés llevaba un siglo dando nombre a la calle con la prostitución más arraigada de la ciudad. En los últimos años, la zona había cambiado, pero aún quedaban algunas «casas» abiertas, donde ejercían señoras entradas en años y en carnes que no tenían otro lugar a donde ir. Esa merecida mala fama había hecho que allí los precios de las

viviendas estuvieran muy bajos y que Arce dispusiera de un cómodo ático con una espaciosa terraza por un precio increíble para la época.

Como ya había sospechado, Ana estaba allí y fue ella quien abrió la puerta abrazándome afectuosa para besarme en las mejillas, no en los labios. Le dirigí una mirada dolida que ella ignoró, hundiéndome un poco más en la miseria. Aun así, la atraje hacia mí, pero ella se deshizo de mi abrazo, musitando que ahora no, que no debíamos, que no podía... Arce estaba poniendo la mesa en la terraza sin prestarnos atención. Ana parecía haberse apoderado de su casa como había hecho con la mía. Le reproché que no me hubiera llamado, que no me hubiera advertido al menos del día de su llegada. No se molestó en presentar ninguna excusa.

–Llegué ayer mismo –dijo como si eso explicara su actitud– y, además, te he traído una sorpresa. Ya lo verás. Anda, pasa.

Entré en un salón con una amplia biblioteca presidido por un gran televisor y recordé que Arce era futbolero. Me saludó desde la terraza y salí a estrecharle la mano.

–¿Cómo estás? –me preguntó.

–Deseando que esto acabe y con la sensación de que durará años.

–Es posible, muy posible.

Pareció que iba a añadir algo más, pero no lo hizo y me sirvió una copa de vino blanco que había puesto a enfriar en una cubitera. Ana había hecho la cena y a él le tocaba el resto. Yo era un invitado. Pensé en aquella armonía doméstica y en si habría dos dormitorios en aquel apartamento. Lo cierto es que con respecto a Ana ya no era capaz de asegurar nada. Ella volvió en ese momento con una carpeta. En su interior, en hojas sueltas, estaba la maqueta del libro.

–Siéntate y échale un vistazo. Yo voy a vigilar la pasta para que esté *al dente*.

Se la veía contenta y tenía motivos para estarlo. Y yo también.

–Es un trabajo magnífico –dijo Arce, que se había quedado de pie a mi lado mirándome pasar las páginas impresas por una sola cara–. El de los dos, tus textos me los ha traducido Ana –los diez años que me llevaba Arce marcaban la frontera entre la mínima enseñanza de francés que se daba en España a la mínima enseñanza de inglés–. Me gustan mucho. Y yo que te creía perdido para la literatura. Me alegro de comprobar que no. Y en inglés nada menos.

Los dibujos eran maravillosos y ahora que los veía encajados en el texto en una composición primorosa, bien a página completa, bien con pequeños detalles al margen o

en las esquinas, me gustaban todavía más. El cenotafio de la iglesia de Saint Botolph, la ardilla que escapaba entre las tumbas de Bunhill Fields, el muro de papel de Soho Square, lleno de firmas, frases y símbolos, la estatua a la maternidad de Queen Square, imágenes que había descrito, sobre las que había construido mis ensoñaciones y que, plasmadas por el lápiz de Ana, atesoraban el sentimiento irónico, melancólico o festivo de cada paisaje. No dudé de que con aquellas ilustraciones, misteriosas y limpias a la vez, el libro sería un éxito. Le interesaría hasta a aquellos que ya lo hubieran leído en el blog. Frente a mis dudas, allí había una realidad palpable, en nuestros *Jardines*, porque eran ya de ambos, estaríamos siempre juntos, unidos por una aspiración de belleza sosegada y libre que nada tenía que ver con la cadena de crimen y dinero que nos ataba y nos separaba a un tiempo, creando una brecha que sólo el amor podía salvar. Aquellas páginas me decían que eso era posible, que tendríamos una vida en común cuando todo aquello pasara y que debía atribuir el desvío que notaba en ella al dolor causado al revivir la pérdida de su hermano. Tenía que ser paciente: cuando estuviéramos lejos, cuando todo hubiera pasado, sería distinto. Mi pesadumbre desapareció, que me pusieran todos los pleitos que les diera la gana, que arrastraran mi nombre por el fango. Poco me importaba, al final la verdad se impondría y yo conquistaría el amor de Ana, sin reservas y, quién sabe, más adelante... hasta tendríamos hijos.

Levanté sonriente la cara para comprobar que la comida ya estaba en la mesa. Arce le estaba ofreciendo una copa a Ana y brindamos por *Jardines de Londres*, nos merecíamos ese momento de felicidad. Nos sentamos con buen ánimo a dar cuenta de la cena de estudiante, macarrones y ensalada, que Ana había preparado. Estaba muy hermosa, a veces me apretaba la mano con cariño, pero también se la apretaba a Arce, un gesto de amiga, en todo caso, no de amante. Hablamos del libro y de Londres para satisfacer la curiosidad de Arce, también de lo que estábamos leyendo, de cualquier cosa que nos permitiera una conversación distendida. Sólo después, ya retirada la mesa, tras servirnos unas copas y sentarnos bajo el cielo color añil, abordamos lo que en realidad nos reunía aquella noche, como tres conspiradores. Arce ya le había comentado a Ana mi encuentro con Julián, pero ella quiso que le detallara la conversación, incluida la cantidad que ofrecían. Así lo hice y le dije que había aceptado transmitirle aquella propuesta de «compensación» a sabiendas de que ella no aceptaría, pero no reaccionó como yo esperaba. No se indignó ni se echó a reír, no dijo «de ninguna manera». No se

negó en redondo. Tan sólo aludió a lo mezquino que resultaba que ahora dijeran que querían poner su parte, aquella limosna que no fueron capaces de dar entonces.

–No, diles que no aceptaré, no a ese precio.

–¿No a ese precio? ¿Qué quieres decir, que aceptarías a otro más alto?

Le pregunté estupefacto, sin poderme creer lo que estaba insinuando. Había dudado que me quisiera, había sospechado que me utilizaba, pero para obligarme a decir la verdad, no para volver a ocultarla por dinero. Arce nos observaba callado e inescrutable, paladeando el ron a pequeños sorbos. Ana había fruncido el ceño y bajado los ojos. Era palpable la lucha en su interior. Por fin levantó la cabeza desafiante.

–Tendría que pensarlo. Si me ofrecieran más, tendría que pensarlo.

Su mirada era dura, decidida. Sin duda llevaba pensándolo mucho tiempo, quizá desde el principio. Esa sospecha me mordió el corazón, me dejó sin habla.

–Mi hermano... –continuó– y mi madre murieron a causa del dinero con que estos miserables hicieron su fortuna. Me pertenece, me lo deben y me lo pagarán de una manera o de otra, pero tendrá que ser por lo menos el doble...

Apartó su mirada de la mía al fijar su precio. Razonaba casi más para sí misma que para nosotros. Miré a Arce buscando una ayuda que no encontré. Refugiado tras su copa, reaccionó como si aquello fuera algo que no le concernía, que debíamos arreglar nosotros.

–Pero no puedes hacer eso –insistí con Ana–. Entonces ganarán, porque por más dinero que te den, siempre será menos de lo que ellos pueden perder. Se saldrán con la suya.

–¿Crees que de todos modos no se saldrán con la suya o no lo harán otros en su nombre? ¿Crees que sólo son ellos los que están podridos?

–¿Por qué me has empujado a esto entonces? ¿Por dinero, para que te ofrecieran un chantaje?

Se quedó callada por un momento ante esa pregunta dejándome en la duda de si iba a hablarme sinceramente o iba a mentirme.

–No. No lo había previsto –dijo al fin, ya sin asomo de desafío, con un tono convincente y sereno–. Cuando me contaste lo que sucedió, sólo pensé en desenmascararlos, en que se enfrentaran a la monstruosidad que habían cometido, pero al saber que insinuaban una «indemnización», comencé a pensarlo... Sí, aunque me avergonzaba de mí misma como si tuviese pensamientos impuros, no he hecho otra cosa

que darle vueltas en todos estos días. Yo sé lo que es la pobreza, lo sé en una medida en que vosotros ignoráis. ¿Cómo no iba a pensarlo? No tengo casa a la que volver cuando se acabe mi beca, no tengo nada. Nada queda ya del dinero que dejaste, aunque no me gasté ni un céntimo en tonterías. Sí, me gustaría verlos hundidos en la mierda, pero siento mucho menos odio por ellos que amor por mí misma. Ni siquiera los conozco ni quiero conocerlos. Por importantes que se crean, no son más que esclavos de una ambición que los devorará con o sin nuestra ayuda, pero si quieren poner en la balanza dinero en lugar de su vergüenza y su ruina, tendrá que ser por el total más los intereses.

Tenía razón en todo menos en lo fundamental: aun comprendiendo sus motivos, yo temía que estuviera a punto de cometer un trágico error, porque lo que vendía era algo más que la necesidad de hacer justicia, esa justicia de las leyes mucho más tuerta que ciega, pues al aceptar aquel soborno también entregaba una parte de su espíritu. Recordé el poema que me había pasado Arce, quien la escuchaba sin manifestar sorpresa alguna, como si no fuera la primera vez que habían hablado de todo aquello.

—¿Y tú, Diego, no tienes nada que decir? —le espeté tratando de sacarlo de su mutismo—. ¿Qué opinas? ¿Ya no recuerdas el poema que me dejaste? ¿Por qué no se lo recitas? Seguro que te lo sabes de memoria.

—No es más que un poema —contestó con una mirada resignada—, un conjunto de palabras destinado a provocar una emoción. ¿Qué opino de todo esto? No lo sé. No sé qué haría yo. Quizá habiendo perdido a mis seres queridos quisiera no ya justicia sino venganza al mayor coste. Pero ¿es eso lo más inteligente? ¿Es mejor una reparación moral que una económica? El dinero es algo tangible, el dinero resuelve toda una vida, y, a cambio, sólo obtendremos una batalla incierta en la que podemos vernos como acusados y no como acusadores. ¿Cómo demostraremos que lo que dices es cierto? Los fastidiaremos, desde luego, les haremos perder negocios, frustraremos maniobras que ni siquiera sospechamos, pero al coste de fastidiarte tú, Andrés, y dejar a Ana en la miseria, sin un porvenir.

¿Por qué no iba a tener un porvenir si tenía juventud y talento? Ni me molesté en decirlo por lo obvio que resultaba. Al no encontrar el apoyo que esperaba, me volví hacia ella, más blanca aún de lo que era ya de por sí.

—¿No comprendes que si permites que te compren harás lo mismo que hice yo? Creí que pensabas que había cosas más importantes que el dinero, que era más importante la

verdad. Eso es lo que viniste a recordarme. Creí que estabas en deuda con tu hermano, con tu madre...

–¿Qué crees que me diría mi madre si pudiera aconsejarme? –me cortó.

Sí, no había duda de lo que le diría cualquier madre, que cogiera el dinero. Mi rostro asintió por mí.

–Exacto –prosiguió–. Y yo no hago lo mismo que hiciste tú, yo no estoy permitiendo que muera un inocente. Yo soy la única que vive de vuestras tres víctimas y tengo todo el derecho a obrar como mejor me parezca. Cualquier tribunal me concedería una indemnización en un juicio justo, pero eso es una ilusión después del tiempo transcurrido, hasta podrían condenarte sólo a ti y no a ellos. No es mi conciencia lo que está en venta, sólo mi silencio y siempre que paguen lo suficiente.

–¿Estás segura de que sólo vendes eso? ¿Y crees que te lo entregarán sin más, que no regatearán? Dilatarán todo, pedirán garantías. Nunca te pagarán tanto como pides.

–Si no pagan de un modo, pagarán de otro, sin dilaciones ni garantías. Ellos decidirán qué prefieren.

–Y tendrán que hacerlo pronto –intervino Arce–: los días pasan y no puedo demorar mucho más el hablar con mi jefe e informarle de este asunto. Tenemos una fecha, un aniversario que celebrar, si puede decirse así. Sólo esperaré una semana y después echaré a rodar la bola y ya nada podrá detenerla.

Todo quedaba en puntos suspensivos. Tenía una sensación extraña, igual que las atónitas estrellas, estaba flotando en el vacío. Nos quedamos en silencio, ensimismado cada uno en sus propios pensamientos, ya no tenía fuerzas para seguir insistiendo. Me sentía engañado, estafado. Arce se levantó a poner música y a rellenar las copas. Aproveché para decirle a Ana que teníamos que vernos a solas. No era un ruego sino una exigencia. Asintió con ternura, tal vez la ternura de un adiós, o eso me pareció ver en su mirada, pero no precisó cuándo y después se retiró. Podía llevarme la maqueta. Me quedé un rato bebiendo con Arce en la terraza.

–Tú puedes hacerlo por tu cuenta –le dije–, tienes mi declaración. No nos necesitas. Hasta podría pensarse que es tu obligación como periodista.

Se le escapó un bufido sarcástico.

–Como ciudadano, quizá. Como periodista, te aseguro que no: el periodismo y el chantaje han ido siempre de la mano.

–No hablas en serio. Tú estás comprometido con esta historia, es importante para ti. No hace ni dos días me reprochabas mi silencio.

–El tuyo, cierto, pero no el de ella. No puedo pedirle en conciencia que haga algo que la perjudique en lugar de algo que la beneficie. Sí, me entran ganas de contar todo y lo haré con mucho gusto si llega la hora, pero no lo haré si voy en contra de sus deseos, de su futuro. Ana es para mí más importante que cualquier abstracción, como una justicia de la que no espero nada. ¿De verdad no piensas que para ella es mejor coger el dinero y vivir libre haciendo lo que le parezca?

–¿Y el poema? ¿Sólo era un conjunto de palabras sin relación con la vida?

–Tenía relación contigo, no con ella. Tu vida no era buena porque te sabías culpable y ese no es su caso. Creo que hace bien aprovechando una oportunidad como no volverá a tener nunca. Y es su decisión, no la mía, ni la tuya. Sobre todo tú estás obligado con ella –tomó un sorbo de ron. Prácticamente nos habíamos bebido la botella–. Y también hay que tenerte en cuenta a ti, Andrés, no hay necesidad de que pases por esa prueba de fuego que te acabará quemando, te lo aseguro. En cuanto a ellos, ¿por qué pensar que serán mejores los que ocupen su lugar y sólo en caso de que lográramos derribarlos de sus pedestales, cosa que no está clara?

–Pues ellos no lo dudan: si no, no ofrecerían tanto dinero.

–Sólo una semana. Tal vez se equivoquen y no quieran subir la apuesta.

–Lo dudo. Pagarán. Al fin y al cabo son doscientos mil euros cada uno. Seguramente menos de lo que se llevaron entonces.

–Tanto mejor para Ana si es así.

Para ella sí, lo había dejado claro, pero ¿y para mí? Si lograba lo que se proponía, ¿yo entraría en sus planes? Hacía un momento pensaba en los libros que haríamos juntos, en los hijos que podríamos tener. Ahora ya no estaba seguro de nada. Si me había engañado haciéndome creer que no quería otra cosa que justicia, ¿por qué no iba a haberme engañado en lo demás? Julián tenía razón en su cínica consideración de la vida y eso me sublevaba.

–Caerán por su propio peso –respondió Arce a mi enésimo intento por convencerlo–. Los arrastrará la soberbia de sentirse todopoderosos, por encima de leyes o límites. Y todo lo que hoy tienen seguro que se derrumbará por sus podridos cimientos. Ni ellos pueden impedirlo, nosotros tampoco. Lo máximo que conseguiríamos sería apartarlos de la vida pública y en la sombra continuarían con sus trajines, sustituidos quizá por

hombres de paja. Despreocúpate, Andrés, piensa en que te libras de un problema muy gordo y deja que sea el tiempo el que haga justicia, aunque sea poética.

Yo de eso no estaba nada seguro. Tampoco podía atender a razones. Estaba dolido y medio borracho.

–Te engañó, ¿sabes? –le dije–. Te engañó durante todos estos años. Ella me vio cuando fui a su casa a dejar la bolsa con los diez millones. A través de ti, cuando le regalaste mi libro, supo quién era yo y ni entonces te dijo nada.

Quería que la viera con la misma sospecha con la que yo la estaba contemplando. Que estuviera tan dolido con ella como yo. Aquello fue una mezquindad por mi parte. Se quedó en silencio, digiriendo esa nueva decepción.

–Entonces tampoco salió de ti contárselo todo como me dijiste. También me mentiste tú, de nuevo. Si ella no hubiera sabido quién eras, tú te habrías callado la boca para siempre, ¿o no?

Y fue el golpe definitivo. Ya no quisimos hablar más ninguno de los dos. Conforme avanzaba la noche, hacía más calor. Volví a casa arrastrando los pies para refugiarme en el aire acondicionado.

Al día siguiente, la idea de aquella transacción aún me resultaba repugnante. Sencillamente no podía creérmelo. Me había convencido hasta tal punto de que decir la verdad era lo que había que hacer que no conseguía mirarlo desde otra perspectiva, ya fuera la «egoísta» de Ana o la «razonable» de Arce. Mi papel de caballero andante había quedado reducido al de mero chantajista. Ellos, Julián sobre todo, lo habían previsto así desde el primer momento y habían acertado, aunque no por mí sino a mi pesar. Nunca conseguía llevar el paso de los demás, tampoco imponer el mío. Entonces, hace diez años, aun sabiendo que era un crimen, acabé haciendo lo que ellos querían. Ahora también sabía que actuábamos mal, pero también haría lo que Ana esperaba de mí. No tendría la fuerza para destapar el asunto yo solo, sin ella o contra ella. No tendría la fuerza ni el motivo. Arce tenía razón: debía respirar aliviado por librarme de querellas, jueces y periodistas, de la cárcel incluso, pero no sentía alivio ninguno. Me había preparado para esa pelea en la que cifraba la recuperación de mi estima y de pronto me vi dando patéticos golpes en el vacío.

Pensé en irme, pensé en salir corriendo, pero debía acabar lo que había empezado y aún guardaba un rescaldo de esperanza con respecto a Ana y a mí. Me había prometido ser paciente y, al fin y al cabo, aceptar el chantaje era una manera de acabar con todo aquello. Un principio. Le entregaría el dinero en bandeja, junto con mi cabeza, y que dispusiera de lo uno y lo otro como le viniera en gana.

Les envié a los tres el mismo mensaje. No incluí una sola palabra, sólo dos fechas, el 30 de agosto de hacía once años y el 30 de agosto de este mismo año. Después sólo quedaba esperar. Julián llamó unas horas más tarde. Debían de haber estado conferenciando juntos, quizá en ese momento estaban a su lado. Se le notaba la tensión, el miedo en la voz.

—¿Qué significa esto?

–Tú lo sabes. Es un aniversario. Ese día murió Francisco Parra y ese día nuestro secreto se hará público.

Durante más de un minuto sólo le oí resoplar como un niño encorajinado al que le falta la respiración. Parecía incapaz de articular palabra.

–No –dijo al fin–, eso no puede pasar. Precisamente ahora no –era un tono suplicante que nunca había oído en su voz y no dije nada, esperaba que él lo dijera por mí y lo hizo.

–Seiscientos mil euros, es mi última oferta, todo lo que podemos dar. Es mucho dinero, mucho. Y si no, será la guerra.

Sabía lo tacaño que era y cuánto le costaba doblar la cifra que había previsto inicialmente. Eso me reconfortaba y tuve la tentación de pedirle más, parecía dispuesto a cualquier cosa, pero me asqueaba aquel infame regateo y sabía que la cuerda podía romperse si la tensaba en exceso. Interpretó correctamente que mi silencio era aquiescencia.

–En una cuenta en la isla de Jersey, territorio de vuestra querida Inglaterra. A cambio quiero la garantía de que esto no volverá a ocurrir, de que ese secreto nunca saldrá a la luz.

¿Garantía? Sabía que la pediría, pero qué garantía podía ofrecerle.

–Sólo puedo decirte que jamás volveréis a saber de mí y que yo espero no saber tampoco nunca de vosotros. Y lo mismo vale para ella. Esa es la única garantía que puedo darte. Si no te basta, espera hasta final de mes y afronta la situación.

Un silencio dubitativo acogió mis palabras, pero no tenía otra opción y, aunque se resistió a lo inevitable farfullando amenazas, al fin descendió a los detalles prácticos. Todo se haría a través de un bufete inglés, desde donde se pondrían en contacto con Ana. En cuestión de días todo estaría arreglado. Seguro que ellos también tenían cuentas opacas en la isla de Jersey, al amparo del fisco. Se quedó esperando una reacción que no se produjo.

–Todo irá a nombre de ella –insistió, al parecer creía que yo también quería una parte.

–Es lo justo. Si piensas que quiero algo para mí, te equivocas.

–Lo planeaste desde el principio, ¿verdad? Cuando te viste sin un duro buscaste a esa muchacha y resulta que la tenías a mano. A saber lo que le habrás contado, que te obligamos, que tú no querías, cuando fuiste el más entusiasta aquella noche. Seguro que

hasta te la estás follando, pero puede que ella no sea tan tonta como crees y ahora te la dé con queso. Eso espero de todo corazón.

Julián seguía a rajatabla ese refrán de «piensa mal y acertarás» y era muy posible que estuviera acertando con Ana también en eso.

–Puedes pensar de mí lo que quieras, no será peor de lo que yo pienso de ti –le contesté–. No deberías quejarte tanto, después de todo te sales con la tuya. Podréis seguir sin trabas con vuestros «asuntos», con completa impunidad.

–Y también tú. Te estás librando de un gran problema a nuestra costa. También estamos pagando por ti.

–No me digas, pues entonces me alegro. ¿Algo más?

–¡Hijo de puta! Si me vuelvo a topar contigo, te mato, lo juro, te mato con mis propias manos.

–No te mando a la mierda porque ya estás en ella, Julián, que os vaya bien.

Colgué sin esperar respuesta y me lo imaginé tirando el móvil en un gesto de rabia y eso me gustó.

Ana María estaba en Zahara cuando la llamé. Había ido sola, a despedirse, según me dijo, porque de un modo u otro no pensaba volver por allí. Le anuncié que en adelante podría ir al lugar del mundo que quisiera y le referí la conversación, pero me abstuve de felicitarla. Volvió dos días más tarde.

16

–Yo vivía ahí, en esa calle, cuando estaba en la facultad en un piso que compartía con dos amigas.

Ana María señalaba una de las callejas que desembocan en la plaza del Pumarejo. Dos días después de mi charla con Julián, me había citado allí y nos habíamos sentado en la terraza de uno de los bares, más bien una taberna: parroquianos con toda la pinta de pasarse allí las horas, mesas de tablas pintadas de rojo y sillas plegables de madera.

–Cuando nos salían bien los exámenes, veníamos aquí, a este sitio, a celebrarlo.

Llevaba un sencillo vestido de tirantes y el pelo suelto. Ana María estaba contenta, había logrado lo que quería. Esa misma mañana la había llamado un abogado londinense. A pesar del mes corto que habíamos pasado juntos, constaté que apenas la conocía, pues más allá de sus gustos literarios o artísticos, ella me había mantenido cuidadosamente alejado de su vida. Arce, al que había decepcionado sin dejar por eso de ayudarla, la conocía mucho mejor que yo, pero Ana María me comprendía mejor que nadie, por eso había podido utilizarme. ¡Y yo que había querido ser un héroe para ella, sacrificarme por ella! ¡Qué bien me había calado! Me había marcado el camino de la redención sin advertirme que acababa en el chantaje. Por más que me dijera que lo que hacía era lo mejor también para mí, por más que sintiera alivio incluso, no podía dejar de repugnarme que hubiera aceptado el dinero.

–Ahora eres tú la que saca dinero de la chaqueta –lo mencioné sin acritud, con más sorpresa que otra cosa.

–Yo no tengo la chaqueta, la tienen ellos. Cojo una parte de lo que ellos sacan, la que se me debe. Todos lo hacen, ya te lo dije, de un modo o de otro, sin remedio, cada vez que se va al cajero. Nadie puede evitarlo. Si estuvieras en mi lugar, ¿tú qué harías, Andrés? Piénsalo.

–Haría lo mismo que tú, seguramente, pero creí que tú harías lo contrario, creí que

eras mejor que yo. Que habías aparecido en mi vida para enseñarme precisamente eso. Ya veo que no. La tuya es otra enseñanza, una lección desoladora. No cometes ningún crimen, eso es cierto. Te hicimos daño y te lo cobras, a ellos de una manera, a mí de otra, pero tu egoísmo es de la misma naturaleza que el nuestro. Eso es lo mejor para ti, claro, pero ¿es lo mejor, eso es lo que se debe hacer? Tú sabes que no. Ellos seguirán medrando, corrompiendo, sacando billetes de la chaqueta, y tú nunca sabrás lo que ese dinero te quita, lo que habrías podido hacer por ti misma, desde la verdad. Con tu silencio vivirás bien, lo malo es que pierdas la voz.

No se inmutó. Me miraba con dulzura, como a un niño que no sabe lo que dice, como si ya hubiera sostenido consigo misma ese combate y lo hubiese saldado con una alegre victoria.

—Mi arte es mudo, Andrés, para mí no es nada perder la voz. A los escritores os va bien ser tristes y pobres, pero a los artistas no. En lo que pienso es en todo lo que podré hacer y aprender y crear sin preocupaciones económicas. Yo no he perdido nada, he ganado un futuro, y sí, eso es lo único que me importa. ¿Crees que no me da coraje que el mundo no sepa lo que hicieron, lo que hicisteis, que sigan viviendo tan tranquilos, como vivirás tú también después de todo esto? Pero su daño de qué me serviría, ¿crees que dentro de uno, dos, tres años, trabajando de camarera o como ilustradora a destajo, no lamentaría haber dejado pasar esta oportunidad? ¿Me consolaría entonces la satisfacción de haberlos jodido, el orgullo de haber prestado un servicio a la sociedad? No, no lo creo, ni tú tampoco.

A mí sí me había jodido, desde todos los puntos de vista. La miraba argumentar, inteligente, apasionada, y sabía que si de pronto me besaba los labios, todos mis escrúpulos desaparecerían, porque en realidad mi reacción no era sino una manera de defenderme. Bastaba su actitud afectuosa y distante para decirme sin una palabra que yo no entraba en sus planes. A los ojos de los que pudieran mirarnos en aquella plaza, con los vasos de cerveza ya vacíos ante nosotros, ¿qué pareceríamos, una pareja de novios o un padre y una hija discutiendo? Le llevaba más de veinte años. En aquellos dos días se me había caído la venda de los ojos. Con ella no tenía ningún futuro, ni libros, ni niños, nada. Ahora me parecía increíble haber sido tan ingenuo, tan ridículo.

—¿Por qué te enrollaste conmigo? —le pregunté: eso era lo único que le pedía, una explicación—. No era necesario.

—¿Seguro? ¿Habrías confesado, habrías inculpado a esa gente tan poderosa de no

hacerlo... por mí?

Callé porque conocía la respuesta tan bien como ella.

–No, tu arrepentimiento no habría bastado. Lo habrías lamentado, te habrías disculpado un millón de veces, hasta habrías llorado sinceras lágrimas, pero nada más. Eres demasiado... –buscó una palabra que no fuera hiriente– indeciso... –pero la desechó–, demasiado cobarde –habría preferido un bofetón a esa palabra–. No te lo tomes a mal, las mujeres podemos ser cobardes y hasta presumir de ello, esa es una de nuestras pocas ventajas. No es raro además en un hombre que vive por y para la imaginación. Sin embargo has sido valiente por mí, porque me deseabas o me amabas y sabías que ese era mi precio.

–Un precio, sí, como una puta. Yo lo sabía, aunque no quería verlo de ese modo, creí que ese precio era el de mi redención, que así podría merecerte y mira para qué me ha servido. Eres muy lista. Y muy puta. Lo que has hecho conmigo es el sentido exacto del verbo putear.

Me miró con un destello de sorna en los ojos y una sonrisa agria en la boca, diciendo sin necesidad de palabras que aquello era justo lo que me merecía. Después apartó la mirada como si la volviera hacia sí misma. Levantó el vaso vacío e hizo una seña al camarero para que trajera dos más. Era evidente que después de lo dicho no volveríamos a vernos, salvo por casualidad. Bebimos los dos un largo trago. Empezó a hablar sin mirarme, con la vista hundida en su pasado.

–Aquel año, tras la muerte de mi hermano, fue el peor de mi vida, tenía sólo dieciséis años, me pasaba el tiempo leyendo todo lo que caía en mis manos y dibujando a solas para romper los dibujos después, era tan tímida como las ovejas que se mueren de miedo al oír al lobo, todo me avergonzaba, mi cuerpo, nuestra pobreza, nuestra desgracia, los murmullos al pasar. Con el llanto de mi madre y la ausencia de Francisco, la vida se convirtió en un infierno. Quería matarme y lo habría hecho, pero apareciste tú. Y me salvaste. Guardé tu rostro, visto sólo una vez, como un tesoro. En aquellos años, antes de empezar la universidad, cuando soñaba «cosas cochinas» –en ese momento levantó sonriente y triste la cara–, eras tú quien aparecía en el sueño. Después, cuando comprendí más cabalmente que mi hermano había muerto por tu culpa, llegué a odiarte pero al mismo tiempo una parte de mí seguía deseándote. Leí tus libros, supe quién eras, en parte quería herirte, en parte te disculpaba sin saber hasta dónde llegaba tu culpa.

Quería comprenderte. Acostarme contigo no me costó ningún trabajo, fue un gusto que le di a aquella niña insegura, mi manera de agradecerte que la salvaras. Y no estuvo mal. Esos dibujos son lo mejor que he hecho hasta ahora. No todo fue cálculo, no soy tan puta, la que es puta es la vida, que hace las cosas así. Ni tú tan cobarde, te has enfrentado a ellos por mí, pero también por tu propio orgullo. Has cambiado, para mejor.

–He cambiado pero no lo suficiente, ¿verdad?

–Lo suficiente ¿para qué?

–Para que nos demos un beso, para volver juntos a Londres.

Asintió porque no ignoraba que ese era mi deseo, pero de sus labios salió una negativa.

–No, nunca podrías cambiar tanto.

No debía haberlo preguntado, pero no pude evitarlo. Los vasos volvían a estar vacíos, ya nos lo habíamos dicho todo, o casi todo, la plaza estaba tan quieta como un lagarto a la sombra.

–Hay alguien, ¿verdad?

–Tengo novio –lo dijo con completa inocencia, no un amigo u otro amante sino novio–. Lo conocí al poco de llegar a Londres, es músico, estudia en el conservatorio.

Me imaginé un joven rubio, serio, con gafas, arrastrando un chelo o un trombón. Reí por no llorar, pero acabé riendo con ganas.

–No pensé que fuera a hacerte gracia.

–Bueno, me alegro por ti. Ya lloraré después.

–Te agradezco lo que has hecho, ¿sabes?

–De eso no me cabe la menor duda, pero ¿compartirías el dinero conmigo?

Se lo preguntaba como el que no quiere la cosa, pero en realidad creía merecer una parte, sólo que no me sentía con fuerza para exigirla. Todo lo había hecho por ella y ella se llevaba todo.

–No. Ni un céntimo.

–Lo suponía. Has jugado bien tus cartas. Espero de corazón que no te hayas equivocado, porque es verdad que la vida es muy puta.

Ahora sí estaba todo dicho. Volvimos sin prisa por calles solitarias a la Alameda. La acompañé a casa de Arce y en la puerta me besó por última vez y me pidió que nos despidiéramos sin rencores porque al fin ya estábamos en paz.

Me quedé en Sevilla unos días más, el tiempo necesario para despedirme de Arce y de

la ciudad. La venta de la casa de mis padres estaba prevista para septiembre, ya nunca volvería salvo como un extraño, a un hotel, sería definitivamente un expatriado. Arce de pronto me pareció más viejo, aunque quizá sólo veía en él mi propio reflejo. Caminamos juntos por la Alameda, hasta el río, en la indecisión del atardecer. En la orilla corría una suave brisa.

–Habría preferido no saber nada de esto –Arce tenía en la mano mi declaración–. Eso es lo que pasa con las historias reales, ¿recuerdas que lo hablamos cuando yo ignoraba quién eras, bueno, quién eras en realidad? Al contrario que las inventadas, casi nunca llegas a conocer el hilo escondido que todos ocultan cuidadosamente y, cuando al fin das con él, siempre conduce a un callejón sin salida. Esto no debía acabar así, tapando todo con dinero, pero así es como suelen acabar las cosas, salvo en las novelas.

–Aún puedes publicarlo. Nada te lo impide.

–¿Y para qué? Os haría daño a Ana y a ti, a sabiendas de que ellos no son peores que otros que tienen enfrente o al lado, no son peores en realidad que la mayoría, aprovechan sus oportunidades sin tener en cuenta a los demás, como todo el mundo. Quizá tengan menos escrúpulos, pero los escrúpulos son poca cosa, no marcan una gran diferencia. No, no serviría de nada. De alguna manera la vida siempre ajusta sus cuentas, ¿no te parece? Contigo lo ha hecho, también lo hará con ellos –rompió la declaración en pedazos y la arrojó a una papelera–. Ya todo terminó. Ya nadie removerá esa tumba olvidada en Zahara. Ahora estás libre, Andrés. Libre de tu culpa, incluso de tu arrepentimiento –se había detenido y me miraba tras el cristal de sus gafas de intelectual de entreguerras, con ojos fatigados y una mueca escéptica ya permanente en la comisura de los labios.

–Olvidalo todo o, mejor, recuérdalo ya sin temor alguno. Cuéntalo como si fuera una mentira, sólo así se puede decir la verdad.

Ya se había hecho de noche cuando volvimos a la Alameda. Nos despedimos como si ninguno pensara en volvernos a encontrar.

Volé a Londres, regresé a mi apartamento luminoso y vacío. Ana me había dejado los originales de todas las ilustraciones. A gran formato. Eran estampas magníficas, siempre podría venderlas en caso de necesidad. Marcus había cerrado el taller por vacaciones, al parecer estaba en su isla tomando el sol. No encontré a Michelle, se había mudado sin dejar su nueva dirección y había dado de baja su número de móvil. El libro salió a la venta el primer día de septiembre, una época de mucho turismo en la ciudad. Tuvo un

éxito inmediato. También se multiplicaron las visitas al blog. Una risueña Grace me dijo que había contratado publicidad y que repartiríamos los beneficios. También me ofreció trabajo en su tienda si finalmente no seguía con Marcus. Le dije que me lo pensaría, no estaba mal pasarse las horas rodeado de flores. Tenía que reanudar mi vida, pero estaba inquieto, como si hubiera dejado algo atrás, y no hacía más que volver la cabeza sin saber bien qué era. Hace dos semanas tomé un avión a Jerez, no a Sevilla, alquilé un coche y me vine aquí, a Zahora, para seguir el consejo de Arce y escribir esta historia con un final infeliz, triste como un *blues*.

Una historia de venganza que no se consuma, de justicia comprada por el dinero, de oportunidades que el mundo sólo ofrece si te desgarras el alma, de víctimas que no son buenas por ser víctimas, que cuenta una redención que no sirve para nada. El relato de un chantaje en el que nadie lleva su auténtico nombre pero sí su auténtico rostro. Una historia que, a pesar de todo ello, había que contar. Por los huesos que reposan despojados de memoria, por el castigo que los culpables no sufrirán para que al menos haya quien a sus espaldas los señale con el dedo, por decir una verdad que sólo resulta veraz narrada como un cuento.

Septiembre termina y ha cambiado el viento, virando a un poniente frío que trae ya el otoño. El levante me ha acompañado con su furia durante todos estos días de soledad en los que me he vaciado el alma como si hubiera tomado una purga. Ahora que se ha ido, yo también debo irme. He acabado mi tarea. No puedo dar por bueno pero sí por pasado todo lo que me trajo aquí y me alegro de haber llegado y poder marcharme reconciliado conmigo mismo. Volveré a este lugar, encontraré en Londres a una Michelle que me quiera y a la que yo pueda querer, traeré a mis hijos, les contaré historias de piratas y tesoros, mucho más truculentas y felices que esta. O quizá nada de eso pase y no tenga hijos ni vuelva nunca.

En estos últimos días, con esta narración ya concluida, pendiente solo del punto y final, doy largos paseos al faro, a La Breña, a El Palmar, me detengo a coger conchas, piedras con forma de corazón erosionado, a bañarme en esta agua fría, ya oceánica, deliciosa para combatir el calor. Por las noches me reúno en el bar de las dunas con viejos amigos, exiliados en Los Caños de Meca, restos como yo mismo del naufragio de la vida. Pienso en lo pequeño y lo grande que es el mundo. Sé que este mazo de folios se publicará y que llegará a las manos más insospechadas en forma de ficción, como una novela. Como quería Ana María, no he ocultado nada, ni mi propia vergüenza ni mi

mezquindad, tampoco la suya. Esta fábula sin moraleja no cambiará nada, pero me ha cambiado a mí. Me ha devuelto la voz, clara, libre, después de tantos años de pensar, hablar y escribir en sordina, en susurros, temeroso de escucharme.

Todo lo que he contado es cierto tal como yo lo viví y por eso quizá es falso también. Seguro que cada uno lo contaría de distinto modo. Al cabo, un novelista ha de escribir novelas.

El faro guiña seguro en la noche en calma. El aire ya es fresco y hay que echarse algo por encima. Hay algunas luces en el mar y las estrellas se amontonan en el cielo unas sobre otras. He visto ponerse el sol y ponerse la luna sobre el mismo risco enfrentado a las olas. Mañana me iré y lo que fui, lo que hice, quedará enterrado en estas páginas al arbitrio del mundo. Nadie me espera, pero ya de nada huyo.

Sólo queda una pregunta. ¿Qué habrías hecho tú, que has llegado hasta el final de esta historia, qué habrías hecho en mi lugar, en el de Ana María, en el de Teresa o los otros?

Seguro que ya te lo has preguntado porque esa es la cuestión, eso es lo que importa.

Edición en formato digital: Febrero de 2012

© José Luis Rodríguez del Corral, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-795-1

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2011	4
Blues de Trafalgar	6
Dedicatoria	7
1	8
2	21
3	33
4	38
5	45
6	54
7	61
8	69
9	77
10	84
11	91
12	105
13	114
14	124
15	132
16	135
Créditos	142